

**JOSÉ INGENIEROS
Y LAS ESCRITURAS DE LA VIDA**

Del caso clínico a la biografía ejemplar

Cristina Beatriz Fernández



Fernández, Cristina Beatriz

José Ingenieros y las reescrituras de la vida: del caso clínico a la biografía
ejemplar / Cristina Beatriz Fernández. - 1a ed. - Mar del Plata: EUDEM,
2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-4440-94-5

1. Medicina. 2. Biografías. I. Título.

CDD 610.92

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual.
Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio o método, sin
autorización previa de los autores.

Primera edición digital: septiembre 2020

Este libro fue evaluado por la Dra. Graciela Salto

ISBN 978-987-4440-94-5

© 2020 **Cristina Beatriz Fernández**

© 2020, **EUDEM**

Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata

Formosa 3485 / Mar del Plata / Argentina

Arte y Diagramación: Luciano Alem

Imagen de tapa: Pilar Guirado. “Paisaje sureño” (2002). Óleo sobre madera
entelada. Técnica mixta (espátula y pincel). 67 x 57 cm.



Libro
Universitario
Argentino

ÍNDICE

Breve nota sobre el origen de este libro	7
Índice de abreviaturas utilizadas para hacer referencia a las obras de José Ingenieros	9
I. El espacio biográfico en la clínica y en la sociología	13
II. Biología y cultura: vidas simuladas	37
III. Vidas ejemplares	57
IV. Ministros del espíritu para una era secular	79
V. La biografía de un héroe... inaceptable	95
VI. Autofiguras	111
Bibliografía citada	137

Breve nota sobre el origen de este libro

Hace ya unos años, presenté una tesis de doctorado en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), sobre las relaciones entre literatura y ciencia en José Ingenieros.¹ Una de las secciones de esa tesis, más precisamente, la segunda parte, versaba sobre las formas de lo biográfico que, en distintas modalidades, estaban dispersas en la obra producida por José Ingenieros, desde sus libros de psiquiatría o sociología hasta la *Revista de Filosofía*. Pasado algún tiempo, mi proyecto de investigación actual en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) me puso en contacto nuevamente con la modalidad de lo biográfico en autores

1 La tesis en cuestión fue defendida en la Facultad de Lenguas de la UNC en 2008. La dirigió la Dra. Mónica Scarano y fueron sus jurados el Dr. Marcelo Casarín, la Dra. Cristina Elgue y la Dra. Graciela Salto. A todos ellos les agradezco profundamente la lectura atenta del escrito presentado en esa época. Agrego, entre mis orientadores intelectuales, al Dr. Alberto de la Torre, codirector durante muchos años de mi trabajo en el CONICET y asesor en materia científica de mi investigación doctoral. La primera parte de ese trabajo de tesis, también reescrita, fue publicada bajo el título *José Ingenieros y los saberes modernos* por el Centro de Estudios Avanzados de la UNC y la editorial Alción, de Córdoba, Argentina. Respecto del libro que presento ahora, versiones preliminares de algunas de sus secciones fueron leídas como ponencias en congresos o publicadas como artículos académicos, todos los cuales se listan en la bibliografía.

latinoamericanos y fue así que regresé a ese viejo trabajo de tesis, para releerlo e, inevitablemente, reescribirlo.

Mi reflexión sobre el objeto, por cierto, ha variado respecto de aquel entonces, no sólo por haber transitado otros autores que ampliaron mi mirada sobre la cuestión sino también por haber incorporado otras inquietudes a mis estudios sobre el período, muchas de ellas surgidas del diálogo entre investigadores que tuvo lugar en algunos ámbitos académicos específicos, entre los cuales destaco el grupo de investigación que integro en la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP), liderado por la Dra. Mónica Scarano. En particular, investigaciones posteriores sobre las crónicas de viaje de Ingenieros, que había abordado escasamente en la tesis doctoral, me permitieron reformular y completar hipótesis sobre la escritura del autor. Hoy por hoy, no puedo desoír esos nuevos interrogantes cuando vuelvo a pensar estos temas, y por eso las páginas que siguen ya son parcialmente infieles a las líneas de mi trabajo de tesis.

No quisiera terminar estos párrafos sin expresar mi agradecimiento a las instituciones que hicieron posibles las horas de estudio que están en el origen de este libro: la UNMDP, mi *alma mater* y lugar de trabajo; la UNC, en cuyas aulas cursé con verdadera alegría estudiantil el programa de doctorado; la Fundación Antorchas y el Fondo Nacional de las Artes, que financiaron parte de la investigación inicial mediante sus sistemas de becas, y el CONICET, que desde 1998 me ha dado la oportunidad de dedicarme al siempre grato trabajo de investigación.

Mar del Plata, junio de 2014.

Índice de abreviaturas utilizadas para hacer referencia a las obras de José Ingenieros o a las revistas que dirigió

<i>Anales</i>	<i>Anales de Psicología</i>
<i>Archivos</i>	<i>Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía</i>
<i>C</i>	<i>Criminología</i>
<i>DA</i>	<i>Las doctrinas de Ameghino</i>
<i>FM</i>	<i>Las fuerzas morales</i>
<i>HM</i>	<i>El hombre mediocre</i>
<i>HS</i>	<i>Histeria y sugestión</i>
<i>LA</i>	<i>La locura en la Argentina</i>
<i>RF</i>	<i>Revista de Filosofía</i>
<i>SA</i>	<i>Sociología argentina</i>
<i>SL</i>	<i>Simulación de la locura</i>
<i>SLV</i>	<i>La simulación en la lucha por la vida</i>

La explicación de ciertos acontecimientos históricos debe buscarse, en muchas ocasiones, dentro del cráneo de algún rey hipocondríaco, o de algún mandatario enardecido por las vibraciones enfermizas de su encéfalo.

José María Ramos Mejía, *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina.*

...la lucha por la vida es ley inseparable de la existencia, y por lo mismo, de la humanidad; pero que, siendo siempre ley inmanente y continua, va transformándose en su contenido y atenuándose en sus formas.

Enrico Ferri, *Socialismo y ciencia positiva (Darwin – Spencer – Marx).*

...¡Cómo nos indemniza un gran hombre de la muchedumbre de pigmeos!

Ralph Waldo Emerson, *Hombres representativos.*

Genio es fiebre interior...

...que atrayendo el alma

le comunica fe, potencia y germen,

para, en perpetuo ardor, crear grandezas.

Rubén Darío, “A Juan Montalvo”.

...creadores y educadores –sembradores del porvenir–, os invisto de una nueva nobleza...

Friedrich Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra. Un libro para todos y para nadie.*

I

El espacio biográfico en la clínica y la sociología

José Ingenieros (Palermo, Italia, 1877 – Buenos Aires, Argentina, 1925), se encontraba en viaje de regreso de su segunda estadía en Europa cuando murió José María Ramos Mejía, en 1914. Se enteró del fallecimiento al llegar al Río de la Plata y, poco tiempo después, dictó una conferencia en el Ateneo de Estudiantes Universitarios de Buenos Aires para honrar la memoria de su maestro y amigo. En esa conferencia, publicada prontamente en la *Revista de Filosofía*, Ingenieros destacaba, entre los muchos méritos de Ramos Mejía, el que hubiese creado dos *géneros*, en la ciencia y la escritura:

Vida ejemplar por sus virtudes, carácter firme, vocación inquebrantable por el estudio, talento preclaro, curiosidad vasta, fidelidad a las ciencias y las letras, amor ferviente a la nacionalidad, culto de la juventud y del porvenir, simpatía nunca desmentida hacia todo lo que implica un progreso en las ideas o una innovación en las instituciones: tal fue el médico ilustre y pensador alado que creó en la Argentina dos géneros científicos – la psiquiatría y la sociología – y que un hado venturoso me dio por amigo, consejero y maestro.²

² José Ingenieros, “La personalidad intelectual de José María Ramos Mejía (1849 – 1914)”, *Revista de Filosofía*, II, 4 (1915): 103.

La psiquiatría y la sociología serán, para Ingenieros, las dos grandes contribuciones de Ramos Mejía al campo científico argentino, dos “géneros científicos”, que no podemos menos que entender, simultáneamente, como dos saberes asociados a sendas formaciones discursivas. Esta última es una expresión de Michel Foucault, para quien la asociación entre formas lingüísticas y áreas del conocimiento está en el centro de lo que denomina “formaciones discursivas” y que, sin corresponderse estrictamente con las disciplinas o los saberes socialmente instituidos, coinciden, *grosso modo*, con ellos. Foucault se refiere, en efecto, a “esas grandes familias de enunciados que se imponen a nuestro hábito [...] como *la medicina*, o *la economía*, o *la gramática*”, aunque nos advierte que “no se puede establecer relación biunívoca entre las disciplinas instituidas y las formaciones discursivas” (Foucault, 1991, 61 y 299).³ En ambas “formaciones discursivas”, la psiquiatría y la sociología, Ramos Mejía sería exitosamente secundado por Ingenieros.

Un rasgo que tienen en común los escritos de Ingenieros que podrían clasificarse en cualquiera de estos dos “géneros científicos”, la psiquiatría o la sociología, es la presencia de núcleos narrativos que responden a una matriz biográfica, en el sentido amplio, etimológico, del término: la escritura de una vida. Es decir, que podríamos enlazar distintas zonas de la producción de Ingenieros siguiendo el hilo de lo que Leonor Arfuch denomina “el espacio biográfico”, un espacio discursivo que excede la tipificación genérica para convertirse en un “horizonte de inteligibilidad” que articula la constitución de la ima-

3 Esto se relaciona, a su vez, con lo que señala Gillian Beer respecto de cómo, en el seno de una misma cultura, conviven distintos “knowledge – dialects”, de los cuales nos apropiamos en forma variable, dependiendo de cuál sea en cada caso el lugar de enunciación adoptado. Para Beer, no sólo puede producirse un encuentro cultural entre personas de diferentes orígenes étnicos, sino también entre tradiciones, géneros, grupos profesionales o especializaciones de cualquier índole en una sociedad. Es por ello que la opción por uno u otro de esos “knowledge-dialects”, que depende de las necesidades de comunicación en cada caso, es una operación equivalente a la del multilingüismo, pero interior a una misma lengua natural (Beer, 1999, 1).

gen de un sujeto y del espacio público, así como permite una lectura transversal, simultáneamente simbólica, cultural y política (Arfuch, 2002, 18). Tanto en las historias de los sujetos que son objeto de las preocupaciones sociológicas de Ingenieros, como en las que nutren la prosa de sus escritos sobre criminología y psiquiatría, podemos apreciar el potencial explicativo asignado a la dimensión de lo biográfico que, de modos diversos, se convierte en material de análisis e interpretación para la mirada *científica*.

Es bien sabido que en el discurso literario argentino finisecular tuvo un lugar preeminente la utilización de casos clínicos como dispositivos narrativos para construir un verosímil realista y *científicamente* autorizado. Este diálogo entre las estrategias narrativas de la literatura y la ciencia –los saberes médicos, en particular– fue posible en el marco de ese “ambiente espiritual del 900”, fuertemente signado por el pensamiento positivista (Real de Azúa, 1987). Cabe aclarar que cuando hablamos del *positivismo de 1900*, nos referimos a un complejo de corrientes ideológicas que tenían como punto en común el entronizamiento de la ciencia como garantía de sus propios discursos, sostenidos en una retórica científicista. Como señala Carlos Real de Azúa, el positivismo novecentista fue equivalente a lo que en su momento significó el enciclopedismo francés o, dicho de otro modo, constituyó un movimiento ideológico que concentró en un momento histórico, en forma coherente y prestigiosa, ciertas *tendencias de larga duración* del pensamiento moderno occidental, sostenidas en conceptos como *razón, individuo, progreso, libertad y naturaleza*, a partir de los cuales se formó un verdadero sistema de pensamiento. En este marco conceptual, adquirió un lugar relevante el darwinismo, entendido no sólo como la teoría puntual propuesta por Darwin para explicar la transformación de las especies naturales sino también como “un sistema cognoscitivo, o sea, un conjunto de ideas relacionadas, que –como todo sistema cognoscitivo– está provisto de tal dinamismo y maleabilidad que le permita cambiar en el tiempo y el espacio” (Glick, 1992, 320).

Desde esta perspectiva amplia de la historia de la cultura, se puede decir que el positivismo fue, en cierto sentido,

heredero del movimiento romántico del siglo XIX pues, aunque no lograrse ofrecer fundamento a los valores morales y religiosos, su condición de ser, ante todo, “la exaltación romántica de la ciencia”, llegó a transformarlo en una suerte de auténtica religión laica y, en consecuencia, único fundamento posible de la vida individual y social. Cabe tener en cuenta, además, que el positivismo fue, en Europa, simultáneo al nacimiento de la organización técnico-industrial de la sociedad, fundada sobre bases científicas, y por ello vehiculizó “las esperanzas, los ideales y la exaltación optimista, que han provocado y acompañado esta fase de la sociedad moderna” (Abbagnano, 1964, 117).⁴ No es de extrañar entonces que la moral, la religión, la política y todas las manifestaciones de la existencia humana quedasen subsumidas en la ciencia, entendida como garantía del destino humano, sin que esto significase, necesariamente, una reducción al materialismo.

Uno de los campos de aplicación más notorios de ese positivismo finisecular fue el Derecho Penal que, en la línea de la escuela criminológica italiana –entre cuyas figuras se destacaban Cesare Lombroso, Enrico Ferri y Raffaele Garófalo– derivó en explicaciones mesológicas y antropológicas del delito, afirmando la preeminencia de los factores económicos, biológicos y sociales. Desde esta óptica, el delincuente se

4 Como es sabido, la “filosofía positiva” de Auguste Comte comprendía una doctrina acerca de la ciencia pero también sobre la sociedad y las normas necesarias para reformarla hasta conducirla a su etapa “positiva”. El cientificismo fue consustancial al positivismo desde sus orígenes, pues el mismo término de *positivismo*, inventado por el utópico Saint-Simon, hacía referencia a la extrapolación del método científico a la filosofía. Esta extensión metodológica fue ampliada por Auguste Comte y Herbert Spencer, quienes vieron en el positivismo el pináculo de la Revolución Científica y buscaron convertirlo en un sistema general, que incluyera la acción social y política. Su irrupción en el Río de la Plata fue paulatina: aun antes de 1880, en autores como Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento, José V. Lastarria o Juan B. Alberdi, podían verse tendencias críticas cercanas al positivismo, en parte por influencia de la filosofía de la naturaleza que había sido introducida por el enciclopedismo y que convivió con el idealismo romántico (Terán, 1983 y 1987; “Positivismo” en Ferrater Mora, 1980, 2640).

transformaba en una víctima de las condiciones sociales o incluso un enfermo, lo cual ponía en entredicho no sólo la existencia de la responsabilidad individual sino la misma posibilidad de la libertad ética. Como es fácil observar, esta perspectiva antropológico-jurídica entraba en diálogo con los presupuestos de la poética naturalista, porque fue Émile Zola, precisamente, quien dio desarrollo literario a la tesis del carácter hereditario de los crímenes, los vicios, las enfermedades y pasiones, sobre la base de teorías médicas coetáneas (Barthes, 1996, 122). Incluso se ha afirmado que su manifiesto *La novela experimental* es, en esencia, una paráfrasis del tratado fisiológico del médico Claude Bernard, *Introducción al estudio de la medicina experimental* (1865), al punto de que el primero está en gran parte compuesto por citas en las que la palabra “doctor” ha sido sustituida por “novelista” (Levin, 1974, 376). Ya hacia 1900, autores como Max Nordau agregaban a la herencia, factor clave para explicar la génesis de la *degeneración*, los impactos de la urbanización: en efecto, Nordau sostenía que, paralelamente al crecimiento de las grandes ciudades, se estaba incrementando el número de *degenerados* de todas clases, y señalaba, además, el grado de insanidad que esos sujetos introducían en el arte y la literatura (Nordau, 1993, 36).

El correlato de esta situación en el contexto argentino fue la preocupación de ciertos cuadros estatales por la salud urbana, amenazada por la explosión demográfica y la diversificación causada por la inmigración. Eso dio lugar a un operativo que, entre 1890 y 1910, asoció a coroneles y cirujanos del ejército –como Ramón Falcón y Francisco de Veyga– y a psiquiatras y criminólogos civiles –como José María Ramos Mejía y José Ingenieros– en la empresa de modernizar la policía de la ciudad de Buenos Aires y el ejército nacional (Salessi, 1995, 127). De este modo, Ingenieros quedó vinculado a esa corriente que se ha denominado *liberal reformista*, caracterizada por haber atravesado sectores políticos tanto del oficialismo como de la oposición y haber capitalizado experiencias reformistas de diverso sesgo ideológico, como el reformismo de matriz socialista, que era el que Ingenieros suscribía. Se procuraba, en

síntesis, introducir modificaciones en las instituciones vigentes sin llegar al cambio revolucionario-radical que proponían los anarquistas y otros sectores afines. Entre los rasgos que distinguieron el accionar de estos sectores reformistas se destacaban la conjugación de su actividad profesional con la vida académico-intelectual y la vocación de intervención política, la ideología de sesgo progresista –muy frecuentemente, anticlerical–, la preocupación por resolver las cuestiones sociales en el marco de la *legalidad* y el afán de insertar a la Argentina en el contexto moderno internacional. Asimismo, el recurso al *cientificismo* para orientar las políticas sociales convirtió al *biologicismo* en un lenguaje común para las propuestas de diverso signo ideológico que buscaban legitimación intelectual (Zimmermann, 1995, 15 - ss).

Es en el marco de esta actividad estatal-reformista que encontramos a Ingenieros cumpliendo la función de jefe de clínica del Servicio de Observación de Alienados de la Policía Federal, desde 1900 hasta 1903. En ese ámbito, su labor clínica se vio orientada por razones de orden social, como la prevención del crimen y la evaluación de la culpabilidad de los delincuentes, con todos los efectos legales y penales que esto podía conllevar. Pues, para la legislación entonces vigente, determinar que un criminal padecía locura era razón suficiente para excarcelarlo, ya que no cumplía con el requisito de intencionalidad que la ley penal exigía para declararlo culpable. Esta era la clase de conflictos que Ingenieros denunciaba cuando decía que las “ciencias nuevas” estaban siendo usadas para sacar ventaja de los intersticios de las “leyes viejas” por los abogados defensores de los delincuentes. Su propuesta, como la de varios otros, era que la determinación de irresponsabilidad del delincuente, basada en el peritaje psiquiátrico, aunque suficiente para eximirlo de la pena de prisión, implicara, al menos, la reclusión manicomial.⁵ En torno de problemas de este

5 La literatura representó esta conflictiva situación en textos como la novela *Irresponsable* del médico Manuel Podestá, publicada en 1889. En la misma línea, en una charla dictada en el Colegio Nacional, el 27/6/1888, luego

tipo fue escrita su *Criminología*, un libro publicado en 1916, pero que reúne trabajos editados en forma independiente a partir de 1900. En él, Ingenieros ejemplifica con casos clínicos que ponen en evidencia el maridaje entre servicios psiquiátricos y policíacos. Por ejemplo, expone sus opiniones sobre la base de analogías entre el orden natural y social, analogías que ayudan a extremar sus argumentos con el fin de connotar los peligros que han invadido el seno de la vida urbana y moderna:

...¿se le ocurriría a alguien sin hacer pensar en el absurdo, que si apareciera una víbora en nuestra casa debiéramos conservarla, porque al morder y envenenar no obraba con discernimiento, sino que seguía impulsos derivados de su naturaleza? Creo que ni aun a los más exagerados protectores de animales se les ha ocurrido nunca semejante peregrina teoría.

Sin embargo, bastaría hacer una simple consideración de analogía para llegar a la conclusión de que es semejante la defensa que la sociedad debe oponer al criminal, al animal dañino y a las fuerzas naturales que tiendan a destruirnos.⁶

Esa clase de absurdos parecían concretarse en casos como el siguiente, con el que Ingenieros pretende poner de manifiesto la peligrosidad social de sujetos alienados y, por lo tanto, eximidos de los castigos de las leyes entonces vigentes:

N.N., español, soltero, de treinta y un años de edad, jornalero, hace varios años inmigró al Brasil. Hará tres años, más o menos, comenzó a sentirse enfermo, con dolores de cabeza y debilidad nerviosa,

convertida en el libro *Los hombres de presa*, Luis M. Drago lamentaba las decisiones judiciales que “consagran la impunidad para los más peligrosos malhechores y los más ocasionados a reincidir, los que proceden por fatalidad de un desorden patológico” (Drago, 1921, 30).

⁶ José Ingenieros, *Criminología* en Ingenieros, 1962, tomo II, 435. De aquí en más, haremos referencia al texto como *C* e indicaremos la página de la cita entre paréntesis.

sin conocer la causa de su malestar. Una intensa introspección y el caviloso estudio del medio en que vivía, lleváronle a creer que era objeto de persecuciones; día por día le era posible descubrir nuevos signos de ello. Llegó un momento en que las persecuciones le parecieron terribles, siéndole imposible vivir tranquilo.

Estando así las cosas, N.N., resolvió defenderse, librando una batalla campal en la vía pública, contra transeúntes y policianos que le eran desconocidos y que consideró sus perseguidores. Mató a uno e hirió a seis o siete. En la refriega N.N., recibió diez heridas incisas y lácerococtusas, cuyas cicatrices conserva en varias partes de su cuerpo.

Reducido a prisión fue pasado a la cárcel. El sumario duró veinte meses. *De la cárcel fue puesto en libertad, en lugar de ser encerrado en un manicomio. Es evidente que se tuvo en cuenta su estado de alienación mental para declararlo irresponsable e impune, suprimiendo toda defensa social contra un sujeto que de tan siniestra manera acababa de probar su temibilidad.* (C, 430-431. Nuestra bastardilla)

Ya es sabido que en la Argentina de fines del siglo XIX, géneros científicos como las historias clínicas y los informes médico-legales adoptaron recursos propios de la ficción. Eso fue posible gracias al *cientificismo* dominante en los textos de la cultura letrada argentina, que establecía vínculos entre el discurso científico, el discurso histórico, el discurso realista y el discurso fantástico, a partir de una unidad narrativa simple: el *caso*. El predominio de esta estrategia narrativa se vinculó estrechamente con el desplazamiento del saber médico desde temas propios de la salud individual hacia el orden social, con la consiguiente expansión de los alcances y compromisos de la profesión de la medicina, que excedió así el perfil de la figura del clínico para configurar la de un *intelectual científico*. El avance, entonces, de los médicos y científicos sobre otras esferas de la cultura y la sociedad fue de la mano de la ampliación de su inserción institucional y del prestigio, también ampliado, de estrategias discursivas que rebasaron el campo de

acción disciplinario original (Salto, 2002, 191 – ss.). Respecto del caso clínico, nos resulta productiva la definición elaborada por Graciela Salto, quien sostiene que se trata de

...un tipo de narración que sigue un modelo establecido desde el nacimiento de la clínica. El paciente es identificado por alguna abreviatura, se consigna su edad, origen y, de acuerdo con las teorías frenopáticas del siglo XIX, su temperamento. Inmediatamente después se informa la historia de la enfermedad actual, la historia clínica anterior, los exámenes y estudios realizados, sus resultados y, por último, el tratamiento prescripto. Se evita la primera persona testimonial del médico que intervino en el tratamiento y se adopta, en cambio, una tercera persona narrativa que sustenta la autoridad de la narración construida (Salto, 1989, 259, nota 2).⁷

Ahora bien, lo que nos interesa destacar aquí es el parentesco entre la forma narrativa de los casos clínicos y el modelo biográfico, tan propio de la historiografía positivista decimonónica, que en gran medida se basaba en la figura de los héroes y el rol jugado por las vidas de los grandes personajes en el drama histórico (Aguirre Rojas, 2000, 11). Como parte de la mencionada expansión de roles, los médicos ya habían incursionado en la investigación historiográfica, realizada, en consecuencia, desde una perspectiva clínica, lo que había producido esa asociación entre el caso clínico y la biografía, como lo muestra claramente el proyecto esbozado por Ramos

⁷ Graciela Salto advierte también que la historia clínica que surge de la entrevista entre el médico y el paciente, más que la historia de vida del segundo, podría verse como la historia de la relación del médico con los síntomas del paciente, puesto que tras el primer acto narrativo –la narración oral del paciente– se produce un segundo acto consistente en la apropiación y alteración del discurso del otro, generalmente en forma escrita. Por otro lado, si la historia clínica responde a una demanda institucional, el *caso* se conforma como tal debido al impulso o necesidad de divulgar una anécdota ejemplar (Salto, 2004, 119 – 120).

Mejía en *Las neurosis de los hombres célebres de la historia argentina* (1878).

En cuanto a la biografía, la entendemos como un tipo discursivo o género que consiste en

...el intento de *reconstruir y explicar las modalidades específicas que ha adoptado, y luego la significación y el impacto que ha tenido, la curva integral de la vida de un personaje determinado o de un individuo elegido, personaje o individuo que se encuentra necesariamente inserto dentro de un contexto múltiple también específico.* (Aguirre Rojas 2000, 15. Bastardilla del autor)

Lo que tienen en común los casos o historias clínicas y las biografías es, entonces, la estructura básica de ser historias de vida. A su vez, es indudable que en la época que nos ocupa, el modelo clínico de la psiquiatría había permeado la concepción dominante de individuo y la representación discursiva de su identidad. A partir de la identificación de la patología o peculiaridad de un sujeto, los *casos* narrativizaban la historia de una vida, privilegiando aquellos puntos de contacto con la historia de una patología, pero asignando un orden coherente a los hechos y signos patológicos que requerían la visión normalizadora del médico-escritor (Salto, 1989, 259). No eran historias de vida cualesquiera sino propias de sujetos cuya singularidad merecía ser contada y atendida. Hugo Vezzetti insinúa esta analogía entre los casos clínicos y las biografías de hombres destacados al decir que “[e]l caso, anónimo en cuanto a su portador social, es sin embargo heredero del *hombre superior* en cuanto recibe una idéntica voluntad de hacer *pública* su faz *privada*” (Vezzetti, 1985, 101). Por ello, además de su clásica función histórico – edificante, hay otro aspecto de la escritura biográfica que nos interesa rescatar, y es la interacción de las formas de lo biográfico con las nuevas modalidades de exploración psiquiátrica, precisamente en ese período del entresiglos XIX – XX (Garraty, 1964, 109-110).

A su vez, en la tradición del realismo y del naturalismo, ya mencionados, la configuración de los personajes, tanto en la biografía como en el caso clínico, se nutrió de recursos tomados de la novela contemporánea, en una relación de circularidad que hace difícil esclarecer cuánto le debe la ficción naturalista a los estudios de medicina mental y cuánto le debe esta última disciplina al diseño de personajes prototípicos propios de la poética inaugurada por Zola. Baste un ejemplo para ilustrarlo: los personajes históricos analizados en el texto ya mencionado de Ramos Mejía comportan una locura cuyos parámetros ellos mismos ayudan a definir. Por esta razón, “los personajes parecen preceder y guiar a la nosografía” y tendríamos aquí uno de esos casos en que la novela ejerció su “influencia transformadora”, dando lugar a ese proceso que Mijail Bajtín llama la “novelización” de otros géneros (Bajtín, 1999, 333). Según Hugo Vezzetti,

...toda una zona de la producción clínica psiquiátrica, considerada bajo los cánones del naturalismo, no sólo merece ocupar un lugar en el espacio de la literatura, sino que es propiamente un resultado elaborado sobre la materialidad de ciertas zonas de la novela del siglo XIX. (Vezzetti, 1985, 186)

Proceso eminentemente circular, si se tiene en cuenta, a su vez, lo que Susana Zanetti denomina “el auge de la *medicalización novelesca*, que hace de la enfermedad y del médico personajes casi infaltables, si no protagónicos, en la novela latinoamericana de entresiglos [...]” (Zanetti, 2002, 287). Esta fusión de escrituras provenientes de diferentes archivos culturales y disciplinarios es evidente en las fuentes heterogéneas que cita Ingenieros. Por ejemplo, en *La locura en la Argentina* – “monografía” que, con intenciones de colaborar con la historia de la psiquiatría nacional, decidió publicar en 1919⁸–, el

8 José Ingenieros, *La locura en la Argentina* en Ingenieros, 1962, tomo II, 169. En adelante, haremos referencia a este texto como *LA*.

capítulo “Locos y brujos en las razas indígenas” se nutre de datos provenientes de fuentes tan diversas como las *Supersticiones y Leyendas* de Ambrosetti, *Una excursión a los indios ranqueles* de Mansilla, el “*Ollanta* [sic], drama pseudo-incásico” en el que “el protagonista da muestras de delirio o locuras”, estudios de folklore comparado, procesos inquisitoriales, textos de Nina Rodrigues y Fernando Ortiz, entre otros (*LA*, 174).

La identificación entre biografías de sujetos históricos, personajes típicos y casos clínicos es tal que autoriza a Ingenieros a decir, evaluando *Nuestra América* de Carlos Octavio Bunge, que el libro quinto consiste en “tres semblanzas de caciques hispano-americanos” –Rosas, García Moreno y Porfirio Díaz–, para hacer de inmediato una valoración de estilo: “se lee con interés sostenido, sin decaer un solo momento” y justifica la elección de personajes hecha por Bunge en estos términos: “Los tipos –como si dijéramos los *casos clínicos*– están elegidos con felicidad: los Monagas, los Santa Ana, los Guzmán Blanco, los Piérola, tienen una personalidad menos característica”.⁹ Sigue en ese punto la interpretación que les da el mismo Bunge, cuando habla de los “casos clínicos” que va a analizar en el libro (Bunge, 1918, 49).

Esto último entra en colisión con el requisito de anonimato del caso clínico estándar. Efectivamente, al extrapolar la forma analítico-narrativa del caso clínico para hacer referencia a personajes célebres de la historia o a criminales famosos, el anonimato se perdía. Así había ocurrido con el famoso *caso Castruccio*, denominado así por un célebre envenenador a quien se pudo descubrir porque sistemáticamente cobraba seguros de vida que había sacado sobre sus víctimas y cuya historia tuvo un éxito muy sonado en la prensa finisecular argentina. Sobre Castruccio ya había escrito Luis María Drago en *Los hombres de presa* e Ingenieros, quien conoció al asesino cuando este último se encontraba encarcelado, lo define como

9 José Ingenieros, “Introducción” a Bunge, 1918, 26.

un “espíritu en que parecían alternarse personajes de tragedia griega y de sainete picaresco” (C, 337) e incluye su caso en *Criminología*, al par de otros menos famosos, en los que preserva el nombre de los pacientes. El caso Castruccio es un buen ejemplo de la incursión de elementos novelescos en la retórica de las narraciones clínicas. Escribe Ingenieros:

...La descripción fidedigna de sus tentativas de cloroformización es una página de psicología criminal *digna de tentar la pluma de un novelista*. Castruccio, protegido por la obscuridad de la noche, se acercaba a la cama de su víctima cuando ésta ya dormía, aproximaba lentamente a su boca un trapo humedecido en cloroformo y la dejaba respirar un momento: en seguida, embebía más el trapo y volvía a aproximarlo, cuidando evitar todo contacto que pudiera despertar a la víctima, cuya expresión fisonómica adivinaba, más que veía, con curiosidad siniestra. Poco a poco aumentaba la dosis del anestésico: Constantin se agitaba un poco y despertaba; entonces Castruccio se agazapaba en las tinieblas, conteniendo el aliento para que no se sospechara su presencia. Luego, cuando el rumor de la respiración profunda le avisaba que Constantin dormía de nuevo, recomenzaba la tarea protegido por la sombra: con la perseverancia de *un artista* que modela el barro indócil hasta arrancarle una forma que traduzca fielmente la concepción de su ingenio. (C, 337. Nuestra bastardilla)

Tentado como el novelista mencionado al principio de la frase, Ingenieros se demora en una narración casi policíaca, graduando el tiempo del relato para generar el suspenso al estilo de una novela de detectives. Así narra, con morosidad, el momento en que Castruccio va a sufrir la pena de muerte, suspendida merced a un indulto presidencial conseguido a último momento por su defensa:

...Pasaron los últimos minutos... el indulto [presidencial] no llegaba... lo pusieron en marcha hacia el banquillo en medio del pavoroso aparato que suele

rodear a esta clase de espectáculos. El piquete de ejecutores estaba en su sitio; los presos asomados tras los barrotes de sus celdas; un grupo lúgubre de curiosos callaba; en torno suyo un silencio de catacumba; sólo interrumpido por las oraciones del sacerdote que marchaba a su lado...

[...]

En ese momento llegó el indulto y Castruccio volvió a su celda, murmurando que lo ocurrido le parecía *el cuento del muerto resucitado*. (C, 339)

Curiosamente, es el propio Castruccio quien compara lo acontecido con un relato ficcional. Pero más significativo es que Ingenieros, en el primer fragmento citado, equipare al criminal con “un artista”, poniéndolo en paridad intelectual con este médico que, al fin y al cabo, es también un poco novelista. En otro pasaje, eleva el enfrentamiento entre médicos y criminales a instancias más sutiles al relatar un duelo entre dos orgullos: el que el criminal-artista siente por su creatividad asesina y el del médico, por su sagaz investigación. Un duelo entre ingenios y vanidades *profesionales* que concluye con la victoria del médico, tras obtener la confesión de Castruccio:

El examen químico de las vísceras reveló que se trataba de un envenenamiento por el arsénico; pero Castruccio se mantenía firme en negar su participación en el delito. Sin embargo toda su conducta defensiva falló *por no contener una frase que halagaba su vanidad teatral* y que surgió espontánea de sus labios al ser sorprendido por una observación perspicaz del doctor Agustín J. Drago; éste le manifestó su seguridad de que, no obstante la intoxicación, Bouchot había fallecido por asfixia debido a la oclusión de la boca y de la nariz. El criminal, que hasta allí había negado con obstinación, rompió improvisamente su reserva, como felicitando al médico por su intuición: ‘Es verdad –dijo, con voz tranquila y fisonomía sonriente–, lo maté como Oteló a Desdémona’. (C, 338. Nuestra bastardilla)

Si las historias de vida en que consisten estos casos clínicos se acercan al modelo biográfico, es porque el examen del alienista necesita exceder ciertos límites del análisis clínico normal, al ir más allá del cuerpo, hacia las conciencias e, incluso, el contexto social. Así se establece otra clase de relación con la temporalidad, que supera la relación causa-efecto para llegar a vislumbrar la conformación de una personalidad. Desde el trabajo psiquiátrico, el cuerpo cede lugar a la evolución de una biografía y, con ella, al tiempo de la historia: “El límite del cuerpo estalla y ese ejercicio inquisitorial metódico podrá abrirse a la vida familiar y social, al medio histórico y al campo de los valores [...] y no debe extrañar que tantos *médicos del espíritu* se hayan extendido hacia la filosofía y la literatura” (Vezetti, 1985, 82).

Se podrá argumentar, teniendo en cuenta nuestra referencia inicial a la criminología italiana, que el lombrosianismo apuntaba, justamente, a buscar una equivalencia entre la semiosis corporal y los atributos mentales y morales, pero alienistas como Ingenieros no estaban de acuerdo con esta traducción simplista de los rasgos de la mente al orden corporal. El dato físico no era para él un correlato de la psiquis, de ahí la necesidad de indagar en la historia y el lenguaje. El mismo Ingenieros nos informa que, en ocasión de participar como delegado argentino al V Congreso Internacional de Psicología que tuvo lugar en Roma en 1905, presentó una propuesta para una nueva clasificación de los delincuentes basada en el análisis de sus caracteres psicopatológicos, en desmedro de los caracteres físicos, que eran los privilegiados por la escuela lombrosiana. Nuestro autor opinaba que el estudio de los caracteres físicos “en los degenerados y particularmente en los delincuentes debería considerarse secundario, siendo los caracteres psíquicos los más importantes en su estudio y para su diferenciación”. En parte, trataba de explicar por qué no todos los “degenerados” que compartían ciertos atributos físicos caían en la delincuencia (Ingenieros, 2009, 44). En la misma línea, su amigo Florencio Sánchez había tenido que luchar contra los prejuicios instalados por el lombrosianismo al caracterizar al caudillo de Rio Grande do

Sul, Joao Francisco Pereyra de Souza, en un artículo, publicado en mayo de 1903 en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*,¹⁰ que luego integraría el libro *El caudillaje criminal en Sud América*:

Lo habréis imaginado, sin duda, un indio alto, empacado, cerduno, con la cara llena de tajos, viruelas y costurones, y si no bizco, tuerto. Sus mentas, su trágica reputación tantas veces encarecida, parece no admitir otra fisonomía ni otra encarnadura que la consagrada en las mentes por las vulgarizaciones del lombrosianismo, y tal es nuestra certidumbre de que se ha acendrado este juicio en el público, que tememos, al concluir el retrato del gran vándalo riograndense, se nos grite: ¡Mentira! ¡Falsedad!

Se dirá: ¡No puede ser joven, ni buen mozo, ni fino, ni elegante, ni culto, ni amable, ni espiritual, semejante bellaco! Empero, no tenemos más remedio que resignarnos a conceder a Joao Francisco Pereyra de Souza, la atenuante de ciertos adornos físicos y morales. (Sánchez, 1966, 24)

10 Esta revista fue fundada por Francisco de Veyga y la dirigió José Ingenieros. Como bien explica Alejandra Mailhe, las sucesivas modificaciones de su título tienen interpretaciones epistemológico – políticas: “Los cambios de nombre que sufre la revista, a lo largo de sus doce años, evidencian la tensión entre dos disciplinas (la psiquiatría y la criminología) en proceso de consolidación y en competencia. En efecto, la revista se inaugura en 1902 bajo el título *Archivos de criminalología, psiquiatría y medicina legal*; ese año se modifica la acepción italiana de “criminalología” por “criminología”. En 1903 se transforma en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*, explicitando la centralidad mayor de la psiquiatría (que somete el delito al estudio psicopatológico) y la apertura hacia nuevos campos. En 1904 se agrega una especificación más concreta al contenido de las “ciencias afines”, al incluirse el subtítulo “Medicina Legal – Sociología – Derecho – Psicología – Pedagogía”. Por fin, desde 1908 y hasta el final en 1913, pasa a llamarse simplemente *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines*. La idea de una aplicación a las ciencias afines pone en evidencia el avance hegemónico de las dos disciplinas rectoras sobre otros campos del saber social” (Mailhe, 2013, 3, nota 1). Para simplificar, en adelante haremos referencia a esta publicación como *Archivos*.

Asentado más en la historia de vida que en la caracterización física, Ingenieros hace explícita la equivalencia entre sus casos clínicos y la dimensión biográfica, lo cual permite, a su vez, leer las biografías de personajes históricos como evidencias clínicas. Por ejemplo, al referirse a los estigmas y otras marcas físicas ostensibles en el cuerpo de algunos santos, sostiene que

Tales hechos, así como los sudores de sangre y ciertas equimosis espontáneas, lejos de ser negados por la ciencia, recibieron de ella su más indiscutible consagración. Con esta diferencia: ya no son atribuidos a intervenciones diabólicas o divinas, carecen de carácter extraordinario o sobrenatural, y están libres del significado místico que les atribuyen los *biógrafos* religiosos. Son simples fenómenos de patología nerviosa y mental; pueden observarse y repetirse experimentalmente en las clínicas, donde su determinismo y su patogenia son estudiados como los de otros accidentes tróficos de la histeria.

[...] *Leyendo la vida* [de Francisco de Asís] es forzoso admitir la neurosis histérica del santo personaje; *es una larga historia clínica*, como se redactan a menudo en los hospitales y manicomios. [...] ¹¹

En la misma línea, habla de una obra literaria como el Quijote, describiéndola como la “maravillosa historia clínica de un alienado”.¹² Al ser igualados a biografías, los casos clínicos narrados por Ingenieros exhiben algunas marcas peculiares: en primer lugar, gracias a ese lenguaje biologicista, es notable la extrapolación de los caracteres del individuo a la raza, con todo

¹¹ José Ingenieros, *Histeria y sugestión* en Ingenieros, 1962, tomo II, 101. Nuestra bastardilla. La primera edición de esta obra –modificada posteriormente– tuvo lugar en 1904, bajo el título de *Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas*. De aquí en más, haremos referencia al libro como *HS*.

¹² *Simulación de la locura* en Ingenieros, 1962, tomo I, 167.

el determinismo que esta clase de operaciones implica.¹³ Cabe explicar aquí que la *raza* era, en esa época, una confusa noción que oscilaba desde lo histórico-cultural hasta lo biológico, una idea que había sido prestigiada por el romanticismo, el positivismo, la sociología evolucionista y la mayor parte de las corrientes de pensamiento de la época (Real de Azúa, 1987, 164). También en este terreno, a partir del siglo XIX, el lenguaje médico desplazó significativamente al lenguaje jurídico para pensar las relaciones políticas y sociales. Desde el pensamiento histórico-político inglés y francés de los siglos XVII y XVIII, existía un discurso que había entendido la guerra de razas como el sustrato de las relaciones sociales. Dicho discurso fue paulatinamente capitalizado por los biólogos racistas y eugenistas de fines del siglo XIX, dando lugar al nacimiento de una biopolítica. Eso implicó una modificación en el concepto de *raza*, que originalmente se acercaba semánticamente al de *nación*, puesto que denotaba diferencias étnicas, de idioma y religión altamente relacionadas con el lugar de procedencia de un grupo social. El siglo XIX llegaría a reformular el enfrentamiento social entre las distintas *razas* o *naciones* –en el sentido originario de ambas expresiones– en los términos biológicos y posevolucionistas de la *lucha por la vida* e incluso, a la sombra del pensamiento marxista, como lucha de clases económicas en una sociedad.¹⁴ Así cobraría fuerza la idea de que la raza que perjudica a una sociedad no es necesariamente una invasora visible sino que se infiltra permanente y discretamente en el tejido social, *degenerándolo*. Institucionalizada como *racismo de Estado*, la lucha de razas autorizaría distintos dispositivos de normalización social

13 Conviene tener en cuenta que en el racismo, “cuya importancia en el siglo XIX es difícil exagerar, la biología fue fundamental para la ideología burguesa teóricamente igualitaria, ya que pasó de la sociedad a la *naturaleza* la responsabilidad de las evidentes desigualdades humanas” (Hobsbawm, 1998, 261).

14 El antisemitismo propio del socialismo anterior al caso Dreyfus, fundado en la identificación de los judíos con la clase capitalista, sería un buen ejemplo de lo antedicho.

vinculados al discurso biológico-racista sobre la degeneración –como el control del trabajo y la producción o la importancia concedida por la medicina a la higiene pública –cuyo máximo exponente llegaría a ser el nazismo. Según Michel Foucault, el mismo socialismo del siglo XIX habría sido un *racismo*, dado que no sólo no criticaba el biopoder sino que le asignaba al Estado la función de gestionar la vida (Foucault, 1996).

De acuerdo con esto, no sorprenderá que encontremos en varios autores, incluso aquellos de ideología progresista, el presupuesto de la desigualdad humana, justificado muchas veces, seudocientíficamente, por argumentos de tipo racial. En palabras de Enrique Ferri:

...el socialismo científico (es decir, aquel que se inspira en la teoría de Marx y que es el único que hoy merezca ser sostenido o atacado) no niega para nada la desigualdad de los hombres, ni la de los demás seres vivientes –desigualdad innata y adquirida, física y moral. [...] el socialismo dice: *Los hombres son desiguales, pero son hombres*. (Ferri, 1895, 11, bastardilla del autor)

Tal vez sea esa omnipresencia de presupuestos raciales lo que autoriza a Ingenieros, en un caso como el que sigue, a elaborar hipótesis para completar la historia de vida de su paciente:

En febrero de 1903, concurrió a la clínica neuropatológica del hospital San Roque, una joven de quince años, soltera, nacida en Rusia; aprende el oficio de modista; es de raza judía, lee y escribe con dificultad, su hábito de vida es normal, su constitución física excelente y satisfactorio el estado de nutrición.

Sus antecedentes hereditarios no los conocemos bien; la enferma y su familia no hablan más que el dialecto nativo; en español o alemán no consiguen hilvanar una conversación. Por motivos étnicos puede suponerse, sin afirmarlo, que hay herencia neuropática; en estos últimos años se ha llamado, en efecto, la atención sobre la frecuencia de las neurosis y psicosis entre los judíos. (HS, 77)

El recurso a datos raciales es, así, una de las formas de llenar el vacío de la información necesaria para explicar las causas de las neurosis, no siempre evidentes en el *testimonio* de los enfermos. Pero el médico-biógrafo no sólo especula para llenar ese vacío de origen, también predice desarrollos ulteriores de la conducta en el intento de ofrecer un final con sentido a esa biografía clínica. Por ejemplo, en el relato en que describe la conducta de un “delincuente ocasional” que había padecido “amoralidad accidental”, leemos:

X.X., joven de excelentes condiciones, empleado como cajero en una casa de comercio, donde goza de la más absoluta confianza por sus óptimos antecedentes. Tenía costumbre de tomar algunos fondos de la caja para su uso personal, que reponía escrupulosamente pocos días más tarde; jamás había tenido la intención de robar a sus patrones, y creía, de buena fe, que esos pequeños usos del dinero confiado a su custodia eran lícitos y honestos. No comunicaba el hecho a sus patrones por creerlo innecesario, dado su propósito, siempre cumplido, de reponer los fondos en plazo de pocos días. Con motivo de ser el día onomástico de su novia dispuso, como de costumbre, de mil pesos, cifra exigua con relación a las que solía tener bajo custodia. Advirtió el hecho el contador del establecimiento, que aspiraba a ocupar su puesto por ascenso, y lo denunció a sus patrones; instigados por el delator, resolvieron hacer un arqueo de caja, comprobaron la falta, y decidieron dar parte a la policía antes que al mismo cajero.

Fue procesado. Carecía, en absoluto, de todo mal antecedente policial. Fue condenado a un año de prisión, que cumplió en la Penitenciaría Nacional.

Al salir de la cárcel se estableció en un pequeño comercio, contrajo matrimonio al poco tiempo, y en pocos años ha adquirido una brillante posición comercial, gozando de la más envidiable reputación por su laboriosidad y la honradez de sus procedimientos. (C, 328)

Al completar el itinerario de vida de este sujeto que logra reinsertarse en la sociedad, Ingenieros va más allá del fenómeno de amoralidad accidental que había motivado la pericia psiquiátrica y colabora en ofrecer esa frecuente visión normalizadora de la biografía, consistente en anunciar, ya desde el principio, el final de la vida narrada: los “óptimos antecedentes” de este joven que obraba “de buena fe” son los que tornan inteligible su conducta posterior, el éxito comercial y el respeto social alcanzados a pesar de su delito ocasional. Tenemos, entonces, un ejemplo más de esa linealidad de las historias de vida que pretende construir una identidad estable y previsible para los personajes. Sin embargo, este afán de coherencia entra en conflicto en los casos de locura, a primera vista, inexplicables, como el de un inmigrante español, peón agrario y obrero en un horno de ladrillos de la estación Vela, quien había cometido un imprevisto asesinato. Ingenieros relata una vida bastante típica, la de un inmigrante que ha venido a la Argentina a trabajar, llamado por su hermano, y la resume en estos términos:

...Tal es, brevemente reseñada, su *biografía* con anterioridad a la época en que cometió su delito. Humilde, trabajador, económico, todo parece conjugarse para demostrar que hasta entonces nada ocurría en él que pudiera hacer presumir su deslizamiento posterior por la pendiente de la criminalidad o la locura. (C, 344. Nuestra bastardilla)

Sin embargo, y aun desacreditando el testimonio del propio enfermo, necesita introducir una causa –una hipotética adicción alcohólica– para justificar el cambio fundamental en el curso de esa vida tan tranquila y predecible:

Se advierte fácilmente que en toda esa época las transformaciones operadas en su personalidad, su carácter y sus costumbres son casi insignificantes: sigue siendo el buen labriego de Oviedo, con sus cualidades laboriosas y sus inferioridades sociales. Sólo cabe suponer –aunque él y su hermano lo niegan– que

contrajo hábitos alcohólicos moderados, debido a la costumbre usual en los trabajos a que dedicó su actividad. Nunca fue pendenciero ni tuvo enemigos, por cuyo motivo la policía de la provincia no tiene ningún antecedente hasta la fecha en que ocurrió el homicidio de J.I.M. (C, 344-345)

Como ya hemos visto, estos casos clínicos, que el mismo Ingenieros llama “biografías”, tienen la peculiaridad de requerir el relato del propio sujeto biografiado. Sin embargo, nuestro autor tiende a limitar las posibilidades de auto-análisis del paciente, autorizando sólo al médico para la *interpretación*. Ese es el conflicto que se plantea, por ejemplo, con el psicoanálisis, cuya concepción psico-sexual Ingenieros concibe como el resurgimiento, “con sabia vestidura médico-psicológica”, de “la vieja teoría uterina de la histeria” (HS, 24) y que, a su juicio, lleva la introspección a un grado peligroso, porque desdibuja en parte los límites entre el paciente y el médico o, en términos narrativos, le otorga demasiado poder al biografiado sobre su propio relato de vida:

...La causa de los fenómenos histéricos consistiría, pues, en *reacciones emotivas contenidas* que siguen influyendo subconscientemente sobre la personalidad, desequilibrándola, disociándola. De esta patogenia deduce Freud el tratamiento, que se reduce a una verdadera confesión médica, hábilmente conducida: los síntomas histéricos desaparecerían definitivamente cuando se llegara a despertar en los sujetos recuerdos claros de los hechos que motivaron la primera crisis y se les diera oportunidad de desahogar en el relato la emoción contenida. Se trata –hablando en términos llanos–, de proporcionar a los enfermos un desahogo verbal de sus traumatismos morales inconscientes, tratando de hacerlos conscientes y de volver la personalidad a su equilibrio. Es indudable que este autoanálisis de los histéricos puede contribuir a la reasociación de lo consciente y de lo inconsciente, puestos en pugna por el choque emotivo; pero se trata de un método no exento de peligros, en cuanto el

exceso de análisis puede conducir a un refinamiento de la *libido* y ser de consecuencias nocivas en el porvenir. (HS, 24. Bastardilla del autor)

En síntesis, para Ingenieros, el paciente puede ser fuente de datos, pero no el hermeneuta de su propia historia vital ni, mucho menos, de su enfermedad. Por eso confía más en la hipnosis que en el psicoanálisis. Justamente esto es lo que plantea respecto de un caso tomado de un libro, en el que un paciente del profesor Bechterew había expuesto, a petición de este último, una autodescripción sumamente minuciosa de su risa obsesiva. Tras reproducir el relato del paciente –evidentemente en traducción propia, pues la fuente mencionada está en francés¹⁵– Ingenieros concluye: “En presencia de esta curiosa autobiografía, el profesor Bechterew diagnosticó neurastenia” (HS, 70-71). Pone así en evidencia que diagnóstico y cura deben quedar exclusivamente en manos del médico-biógrafo, quien es el que asigna el sentido final a la historia de vida del paciente.

15 Bechterew, *Sur le sourire obsédant*, compte-rendu en *Revue de Psychologie*, octubre 1899, citado en HS, 70.

II

Biología y cultura: vidas simuladas

De entre las historias de vida que Ingenieros narra bajo la forma de los casos clínicos, merecen un capítulo aparte las biografías de sujetos simuladores. En ellas, se establece un duelo entre el médico y el paciente –muchas veces no sólo alienado sino también criminal– para determinar la veracidad de la vida narrada, así como se pone en juego la capacidad del profesional de la medicina para descubrir la vida verdadera tras el relato del simulador, voluntaria o involuntariamente falso. Un libro de Ingenieros, en realidad desdoblado en dos, es el campo de batalla de estos duelos. Se trata de *La simulación en la lucha por la vida*, publicado en 1903 y que corresponde a la primera parte de su tesis de Psiquiatría, presentada en la Universidad de Buenos Aires en 1900: *La simulación de la locura*. Con este segundo título fue publicado posteriormente el resto de la tesis, que cimentó la fama de Ingenieros como alienista, sociólogo y criminalista. Para ser más precisos, la tesis que Ingenieros presentó a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires era sólo el capítulo dedicado a los alienados verdaderos. Después publicó otras secciones en *La Semana*, los *Archivos* y la *Revista de Derecho, Historia y Letras*. En 1903 apareció el volumen definitivo: *Simulación de la locura ante la sociología criminal y la clínica psiquiátrica*, precedido por un estudio sobre *La Simulación en la lucha por la vida en el orden biológico y social*. Más tarde hubo muchas reimpressiones por separado de *La simulación en la lucha por la vida* y *La simulación de la locura*. Cabe recordar aquí que la Academia de

Medicina de Buenos Aires le otorgó, por esta última, la medalla de oro reservada a la mejor obra científica argentina.

El tema de esta tesis había sido inspirado por el proceso judicial Wanklin vs. Echegaray, un sonado caso policial del momento en el cual se debatió sobre la simulación. Por ello, en *La simulación en la lucha por la vida*, Ingenieros declara explícitamente que la intención del libro es develar los mecanismos de la simulación para detectar a los delincuentes que simulan la locura procurando evadir la pena, a los falsos mendigos que pretenden explotar la caridad pública o a los también falsos enfermos que sólo buscan evitar el servicio militar. Y no se trata meramente de un *locus* retórico. La identificación de los criminales fue una preocupación central de las ciencias sociales de fines del siglo XIX y principios del XX, en cuyo marco se produjo una serie de novedades, como la identificación dactiloscópica descubierta en 1891 por el investigador de la policía argentina Juan Vucetich. Esta nueva tecnología, en principio dedicada a la detección y vigilancia de los criminales reincidentes, fue luego extendida a toda la población, como el mecanismo de control fundamental en la constitución de la ciudadanía nacional (Salessi, 1994, 80 – 81).¹⁶ Es notorio que el problema residía en la gobernabilidad, que se servía, en este caso, del modelo ofrecido por las ciencias médicas y biológicas.

La tesis central del libro de Ingenieros afirma que el principio de mimetismo, representante en los animales de una de las formas de lucha por la vida, está presente también en las sociedades humanas, bajo las diversas formas de la simulación. La idea básica consiste en ver la simulación como una de las formas de la lucha por la vida, la que corresponde a las formas

¹⁶ En cuanto a la asociación de simulación y delito, existe un interesante texto precursor: las *Memorias de un vigilante*, que Fray Mocho publicó en 1897 bajo el seudónimo de Fabio Carrizo, antecedidas a su vez por otro libro del mismo autor, *Vida de los ladrones célebres de Buenos Aires y sus maneras de robar*, editado en 1887. Ambos libros nacieron a partir de sus investigaciones como comisario.

más *civilizadas* de organización social, en las cuales el fraude ha reemplazado a la violencia. Esta hipótesis es tributaria de la antropología lombrosiana, como lo prueba la siguiente cita del afamado investigador italiano:

...son dos los tipos de civilización que el hombre ha creado hasta ahora: el tipo violento y el fraudulento. Uno y otro difieren fundamentalmente en la forma que toma en cada uno la lucha por la existencia. En la civilización primitiva, de tipo violento, la lucha se hace mediante la fuerza; el poder político y la riqueza se conquistan con las armas en perjuicio de pueblos extranjeros o de conciudadanos más débiles; la competencia comercial entre los pueblos se hace con el ejército y la armada, expulsando violentamente a los antagonistas de los mercados que se pretenden monopolizar; las discusiones jurídicas se resuelven por el duelo.

En la civilización de tipo fraudulento, la lucha por la existencia se desarrolla por la astucia y el engaño; los duelos judiciales se reemplazan por los pleitos y habilidades de los abogados; el poder político se conquista, no con el acero de las armas, sino con dinero, sustraído de los bolsillos ajenos, por fraudes y maniobras misteriosas, como las jugadas de bolsa; la guerra comercial se hace con el perfeccionamiento de los medios de producción, y, sobre todo, de los métodos de engaño, esto es, por las falsificaciones habilidosas que dan al comprador la ilusión de haber realizado una buena compra. (Lombroso, 1902, 63)

Para Lombroso –una de las lecturas más evidentes en *Ingenieros*, a pesar de que, como ya señalamos, nuestro autor toma distancia de algunas tesis del científico italiano– la criminalidad está determinada en gran medida por cuestiones hereditarias, las que la tornan objeto de las ciencias médicas y biológicas. En efecto, en las sociedades modernas del período de entresiglos, el criminal era visto como un ser especial que mantenía caracteres de un pasado ancestral y por ello le era innato comportarse como un salvaje normal, algo que en las

sociedades occidentales era considerado delictivo. Por esta razón, para estudiar el crimen, los lombrosianos necesitaban analizar al criminal, dejando en segundo plano todo posible cuestionamiento a la sociedad en su conjunto y privilegiando factores anatómicos, raciales, etc. Ingenieros, por el contrario, coloca en primer lugar la cuestión social, de hecho, encuadra *La simulación en la lucha por la vida* en la “psicología social”, lo que lo obliga a mirar más allá del individuo. Para él, hay una continuidad entre la simulación biológica o el mimetismo y la simulación de tipo social; existe entre ambas una diferencia de grado, no esencial:

Entre el gusano disimulador de su cuerpo bajo un copo de algodón y el delincuente disimulador de su responsabilidad jurídica tras una enfermedad mental, debía lógicamente existir un vínculo: ambos disfrazábanse para defenderse de sus enemigos, siendo la simulación un recurso defensivo en la lucha por la vida.¹⁷

Al decir de Ingenieros, la simulación es uno más de los mecanismos de lucha por la existencia, una estrategia concomitante al progreso social y racial y que requiere, para su aparición, que las comunidades humanas hayan llegado a cierto grado de civilización. Por ello afirma que algunos pueblos son más simuladores que otros, lo cual se debe a una predisposición que lleva a los delincuentes de ciertas razas a simular la locura con más frecuencia. Pero esa predisposición es algo así como el resultado de un entrenamiento social, directamente proporcional al grado de civilización alcanzado por esas agrupaciones humanas. En sus propios términos:

...En general podría establecerse lo siguiente: en las razas primitivas, en que la lucha por la vida, el delito y su represión, revisten formas violentas, la simulación es

17 José Ingenieros, *La simulación en la lucha por la vida* en Ingenieros, 1962, tomo I, 23. En adelante, *SLV*.

escasa, mientras que en las razas más civilizadas, donde la lucha por la vida, el delito y su represión, revisten formas refinadas y astutas, la simulación es más frecuente. En efecto, no se concibe que un indio oná simule estar *alienado* para que no le castigue el vecino a quien ha robado su caza del día; pertenece a una raza que, en su evolución sociológica, no ha llegado a la civilización.¹⁸

La simulación no es el único concepto tributario del evolucionismo que nutre este libro de Ingenieros. El léxico propio de esa teoría científica atraviesa todo el texto de *SLV*: hasta de las instituciones sociales se dice que tienen su “filogenia”; se habla de “selección natural” en las sociedades humanas, etc. Lo peculiar es que en éste y otros escritos de Ingenieros, las ideas evolucionistas se convierten en una suerte de clave interpretativa para comprender distintos fenómenos que exceden el orden biológico e incursionan en la dimensión socio-cultural.

En principio, podríamos considerar que este uso y abuso de términos en sentido metafórico es constitutivo de la escritura científica, pues ya es sabido que analogías y metáforas juegan un papel fundamental en el discurso de las ciencias. Se ha señalado al respecto que el conocimiento científico moderno, como todo lo que tiene historia en el estricto sentido del término, se sostiene en textos. Afirma Eliseo Verón que

...sólo en la red discursiva de la escritura se pueden construir los objetos del conocimiento científico. La construcción de los objetos científicos y su evolución-transformación en el tiempo, es decir, las retomas interdiscursivas que supone esa evolución-transformación, exigen necesariamente la estabilidad y complejidad del soporte de la escritura; si no hubiera

18 José Ingenieros, *La simulación de la locura* en Ingenieros, 1962, tomo I, 215. Bastardilla del autor. De aquí en más, *SL*.

escritura, no habría ciencias: sólo tradiciones, mitos y saberes prácticos. (Verón, 1987, 213)

De ahí la importancia concedida por algunos estudiosos, como Bertrand Russell o Gregorio Klimovsky, a la dimensión lingüística de las ciencias, mirada que comparten con quienes ven las teorías científicas, básicamente, como cuerpos de enunciados. En opinión de David Locke, a diferencia de lo que ocurre en los estudios literarios, que han analizado varias relaciones en torno de los textos –entre el texto y el mundo representado, entre el texto y el autor, entre el texto y el lector o entre el texto y su propia forma–, en el caso del discurso científico la perspectiva ha sido más pobre y ha quedado reducida a evaluar, en un sentido referencial, la vinculación entre los textos y el mundo que representan, sin importar demasiado el autor, el lector ni la retórica propia del texto. De algún modo, se ha alimentado la ilusión de que el lenguaje científico es una “escritura sin expresión” –en la fórmula cuestionada por David Locke– o que emplea un código perfectamente traducible sin opacidad y sin residuos de significado al pasar de una lengua natural a otra. Esto último presupone que la connotación no juega un papel importante en el discurso científico, de acuerdo con una idea originada en Leonard Bloomfield y defendida por otros analistas del discurso científico.¹⁹ Incluso aquellos que ven en los textos generados por la comunidad científica la expresión ideológica de determinados grupos e instituciones, sociales o políticos, obliteran las diferencias estilísticas individuales y las elecciones temáticas y lexicales que se registran en el seno de los paradigmas científicos. Es así como la retórica *oficial* de la ciencia se nos presenta engañosamente como una *no-retórica*. Pero de hecho, el lenguaje de una ciencia es también una

19 Leonard Bloomfield, “Linguistic Aspects of Science” in *International Encyclopedia of Unified Science*, vol. 1, Foundations of the Unity of Science, nº 4, Chicago, University of Chicago Press, 1939, citado en Locke, 1992, 15-ss.

retórica incorporada simultáneamente al aprendizaje de la disciplina. Por esta razón, los cambios de paradigma siempre implican una opción por otra retórica.

En Ingenieros, es explícita la conciencia de la dimensión lingüística de las ciencias y también de la dinámica transdisciplinaria de la metáfora. Por ejemplo, en *SLV*, en el apartado dedicado a “La lucha por la vida”, el autor se preocupa por explicar que la frase “lucha por la existencia”, muy frecuente en los textos darwinianos, “está empleada en sentido general y *metafórico*”, ya que se trata de una expresión tomada de la doctrina de Thomas Malthus y aplicada a los reinos animal y vegetal en sentido figurado, pues no hace referencia a una lucha consciente y voluntaria (*SLV*, 27. Bastardilla del autor). Por otra parte, su frecuente utilización del lenguaje propio de las ciencias de la vida –medicina, biología– para representar o explicar fenómenos y procesos ajenos al estricto orden biológico, nos lleva a la conclusión de que estamos ante un proceso cognitivo y discursivo que involucra distintos órdenes conceptuales y que excede una simple cuestión lexical o estilística. Uno de los mecanismos de ese cruce y unificación de saberes heterogéneos es el desplazamiento de lo que Gregorio Klimovsky ha denominado el “contexto de aplicación” de las teorías científicas. Este epistemólogo adopta la distinción, elaborada por Hans Reichenbach, entre “contexto de descubrimiento” y “contexto de justificación” de las teorías científicas, que define así:

En el contexto de descubrimiento importa la producción de una hipótesis o de una teoría, el hallazgo y la formulación de una idea, la invención de un concepto, todo ello relacionado con circunstancias personales, psicológicas, sociológicas, políticas y hasta económicas o tecnológicas que pudiesen haber gravitado en la gestación del descubrimiento o influido en su aparición. A ello se opondría por contraste el contexto de justificación, que aborda cuestiones de validación: cómo saber si el descubrimiento realizado es auténtico o no, si la creencia es verdadera o falsa, si una teoría es justificable, si las evidencias apoyan nuestras

afirmaciones o si realmente se ha incrementado el conocimiento disponible. (Klimovsky, 1995, 29 – 30)

Klimovsky agrega a éstos un tercero: el *contexto de aplicación*, donde se discuten la utilidad, el beneficio o perjuicio del conocimiento científico para la comunidad o especie humana. En los textos de Ingenieros, el desplazamiento del contexto de aplicación de las teorías científicas es posible gracias a la operatoria metafórica arriba descripta. Un caso paradigmático es el empleo de la teoría evolucionista de Darwin para explicar el funcionamiento de la sociedad y sus problemas –un desplazamiento, por cierto, no privativo de su obra, como lo prueba la existencia del llamado darwinismo social.

Ciertamente, más allá de estas cuestiones de orden retórico y lingüístico, el positivismo concedió a muchas teorías científicas una proyección casi metafísica, al entenderlas como modelos interpretativos de la realidad en su totalidad. En el caso de Ingenieros, esta filosofía positivista y científicista llega a constituir un verdadero sistema, el “monismo naturalista”, que básicamente consiste en creer en la unidad fundamental de la materia, no sólo en el orden biológico, es decir, para explicar la formación natural de la materia viviente, sino también en un nivel *espiritual*, pues se presupone que la personalidad consciente y la función de pensar son extensiones, o concreciones en otro grado, de esa misma unidad fundamental de lo viviente. De ahí la facilidad con que el discurso médico se transforma en el modo por antonomasia de examinar la realidad, no sólo natural, sino también artística y social, leyéndola “analógicamente de acuerdo con las pautas de la enfermedad” (Terán, 1986, 62). No obstante, Ingenieros no cae en la simpleza del organicismo entendido al modo de Spencer. Si, por un lado, no puede dejar de admitir “la existencia de cierta analogía, imposible de olvidar, entre las leyes que rigen los fenómenos biológicos y los sociológicos”, por otro, afirma que aceptar “la teoría orgánica de las sociedades, enunciada por Spencer”, pondría en entredicho la existencia de la sociología como disciplina autónoma, pues no sería más que una rama de la biología (*SLV*, 24). La relación, necesaria a su juicio, entre las

ciencias sociales y la medicina –e, incluso, las ciencias naturales en general– se explica en el siguiente pasaje:

...el médico, aun para el estudio de las más técnicas cuestiones de medicina, se encuentra imposibilitado para llegar a su interpretación científica y filosófica si se encierra en los límites estrechos del criterio puramente profesional. Las Escuelas de Medicina, harto preocupadas por los fines prácticos del arte curativo, no suelen dar a sus discípulos una amplia cultura científica; las Escuelas hacen buenos médicos, profesionales distinguidos, pero no hombres de ciencia. Cuando quiere estudiarse algún tema con altura de criterio es necesario pedir a las ciencias biológicas y sociales los conocimientos y métodos que permiten relacionarlo con hechos similares observados en otros dominios del saber, hasta descubrir los principios generales en que se encuadra el fenómeno estudiado, baste citar la elevación de miras con que Metchnikoff, Le Dantec, etc., encaran los estudios de fisiología y patología general. (*SL*, 121)

Volviendo al concepto de la *simulación*, se ha dicho que Ingenieros lleva esta noción hasta “el umbral de una compleja teoría de la cultura” (González, 1999, 60). Así como los discursos médico y cultural de la época coinciden en que la degeneración comienza en el tope de la civilización, o sea, en los países más desarrollados (Pick, 1999, 40), Ingenieros sostiene que la cultura permite una sofisticación de las posibilidades biológicas de la simulación. Y para probar esto, asigna a la simulación los roles de instrumento y fin de los mecanismos de socialización por excelencia: la educación y la política. A la primera le corresponde la tarea de anular los caracteres individuales, pues lleva a distinguir como “mejor educados” a “los individuos que por su refinada aptitud para fingir consiguen disimular completamente su personalidad propia”. Apropiándose de lexemas provenientes de la zoología, afirma que “[e]sta pretendida educación tiende a establecer una verdadera homocromía social entre el individuo y las ideas de la

sociedad, y un riguroso mimetismo personal con las costumbres corrientes en ella” (SLV, 50-51).

Es indudable que esta extrapolación del léxico biológico a temas sociales va de la mano del éxito del evolucionismo que, en América Latina en general y en el Río de la Plata en particular, le debió mucho a su asociación con la filosofía positivista. Ya en la novela de Eduardo Holmberg, *Dos partidos en lucha. Fantasia científica*, de 1875, el coleccionista y naturalista Grifitz, representante de la corriente darwinista, anunciaba: “Sirvo una doctrina científica: el Darwinismo. Tarde o temprano llegará a ser una doctrina política” (Holmberg, 1875, 45. Modernizamos la ortografía). Y efectivamente, en el marco del positivismo, el evolucionismo se transformó en una “ideología del progreso”, a pesar de haber sido en su origen una teoría casi catastrofista que dejaba más lugar al azar que a la planificación.²⁰ A decir verdad, el evolucionismo y la idea de progreso eran, desde el punto de vista científico, incompatibles, pues la naturaleza no progresaba, según Darwin. En realidad, la idea de progreso era un avatar de la antigua teleología que enmascaraba aquello que tenía de negativo el evolucionismo, al diluir la ruptura, implicada necesariamente en toda transformación biológica, en una presunta continuidad (Levine,

20 Este tema ha sido bien estudiado para el caso argentino en Montserrat, 1993 y 1995, y en Romero 1987. Sobre la complicidad entre la filosofía del progreso y la filosofía del orden en América Latina, ver Gregorio Weinberg, 1998, especialmente el capítulo “La filosofía del progreso”, 49 –63. Según este autor, la idea de progreso se incorporó al vocabulario cotidiano cuando América Latina buscaba insertarse en el mercado mundial. Esto articuló nuevas formas de dependencia, cierta solidaridad con el liberalismo y una modificación en los sistemas de producción que privilegiaron, en el caso argentino, el comercio de productos agrícolas y ganaderos, lo que redundó en la consolidación social y política de los propietarios de la tierra. En América Latina en general, se llegó a pensar que alcanzar el progreso requería de una etapa previa de orden. Así, el liberalismo económico quedaba emparentado con cierto conservadurismo político, la civilización se confundía con el confort material y el afianzamiento de las oligarquías terratenientes ocultó, pero no conjuró, las demandas sociales.

1991, 1-23; Beer, 2000, XVIII - ss).²¹ Puede decirse, en este sentido, que la teoría biológica del transformismo fue “domesticada” o “colonizada” para el hombre, al tratar de que éste recuperara un rol protagónico en ella (Beer, 2000, 7).²²

21 La idea darwiniana de selección natural atentaba no sólo contra el rol de una deidad iniciadora del universo sino también contra toda teleología, contra cualquier plan en el curso de la naturaleza. La diversificación y la selección habían generado la historia del mundo actual y a falta de un plan para el devenir de la naturaleza, el futuro era un espectro de múltiples posibilidades, impredecibles, incontrolables. Como correlato de esto, el hombre no tenía ningún lugar especial en el universo. A esta desacralización del mundo se le sumaba un fatídico anuncio de la astrofísica de esa época: la muerte del sol, que era incompatible con estas ideas progresistas, tan optimistas (Beer, 1999, 219 – 241). Como advierte Ricaurte Soler, los positivistas argentinos –como Ingenieros, Alfredo Ferreira, José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, José Nicolás Matienzo, Horacio Piñero– no tuvieron en cuenta la crisis que se estaba produciendo en el ámbito de la Física y sus teorías fueron, básicamente, tributarias de la Biología (Soler, 1968, 91, nota 55).

22 En Argentina, al igual que ocurrió en otros lugares, la discusión de las teorías evolucionistas y / o transformistas no se circunscribió al ámbito científico. Las polémicas en torno del darwinismo fueron verdaderas batallas campales en la Buenos Aires intelectual del siglo pasado. A poco de publicado *El Origen de las especies*, ya se debatía en las tertulias de la gran aldea y despertaba enconados enfrentamientos entre evolucionistas y antievolucionistas. El líder de esta segunda facción era, en 1870, Germán Conrado Burmeister, un antidarwinista confeso que fue satirizado en la novela de Eduardo Holmberg *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*. En 1882, un mes después de la muerte de Darwin, el Teatro Nacional de Buenos Aires fue escenario de un homenaje organizado por el Círculo Médico Argentino –fundado por Ramos Mejía– donde Sarmiento y Holmberg hablaron en defensa del evolucionismo. Asimismo, durante los años 1883-1884, en el debate parlamentario por la ley 1420 de educación común, que sentaba el principio del laicismo, se esgrimieron argumentos evolucionistas y antievolucionistas para sustentar las distintas posiciones en juego. Desde la perspectiva del pensamiento de izquierda, la interpretación política de las teorías darwinistas se vio favorecida porque el evolucionismo, especialmente en su vertiente haeckeliana, se había difundido entre las filas anarquistas y socialistas gracias a las publicaciones españolas de Francisco Sempere, casa editora valenciana nacida bajo el padrinazgo de Vicente Blasco Ibáñez. Véanse al respecto los textos sobre evolucionismo en la bibliografía final, entre los que destacamos: Glick, 1988; Montserrat, 1993, 31-69; Montserrat, 1995.

Por otro lado, la noción de progreso había sido asimilada a la de evolución y la primera quedó así asociada con la Biología, disciplina que ocupaba el lugar estelar en el universo científico de ese momento, un rol equivalente al de la Astronomía en el siglo XVII. Acerca de la integración solidaria de las nociones de evolución y progreso y su protagonismo en el debate político, Eric Hobsbawm explica así la utilización que los partidos socialistas hicieron de estos conceptos:

...los partidos socialistas eran, prácticamente por definición, partidos dedicados a ese concepto clave del siglo XIX, el progreso. Apoyaban especialmente en su forma marxista, la inevitable marcha hacia adelante de la historia, hacia un futuro mejor, cuyo contenido exacto tal vez no estaba claro, pero que desde luego preveía el triunfo continuado y acelerado de la razón y la educación, de la ciencia y de la tecnología [...].
(Hobsbawm, 1998, 148 – 149)

Puede decirse que los partidos socialistas habían capitalizado el optimismo social propio de la época del romanticismo, cuando la ciencia y el progreso habían iluminado la fe característica del llamado “romanticismo social” y sus sueños de superación de la humanidad, en lo cual este movimiento se mostraba heredero de la Ilustración (Picard, 1987, 139 – 157). Pero simultáneamente, en Argentina y otros países latinoamericanos, el progreso y las ideas evolutivas fueron funcionales a la filosofía positivista –un tanto heterodoxa– que suscribía la nueva clase hegemónica. En verdad, no puede hablarse de positivismo estricto en el Río de la Plata, ya que no siempre eran los libros de Comte o Spencer los que se leían sino textos y compendios de sus divulgadores. Pero una peculiaridad del positivismo en Argentina fue que planteó una interpretación verosímil de la realidad nacional y se articuló con instituciones educativas, jurídicas, sanitarias y militares, propiciando la consolidación del Estado y de la nación. Sin embargo, entre 1880 y 1910, el positivismo en América Latina compartió la escena con otras corrientes filosóficas. Se produjo una superposición de corrientes ideológicas y estéticas como el

vitalismo, el decadentismo, el espiritualismo modernista o el espiritismo, con los resabios del romanticismo, el realismo, el naturalismo, el parnasianismo, el simbolismo, etc., aunque el positivismo excedió ampliamente, como afirma Hugo Biagini, a todas las “filosofías” que siguieron a la escolástica colonial en América Latina (Biagini, 1981, 22 – 25).

En opinión de Leopoldo Zea, la preeminencia ideológica del positivismo en el período de entresiglos se debió a la voluntad de las clases dirigentes latinoamericanas, especialmente la argentina, de “ser como los yankees para no ser dominados por ellos o ser, simplemente, los yankees del sur”, para integrarse en el mundo que los EEUU estaban creando y en el cual se perfilaban como potencia dominadora (Zea, 1980, I, xii). Al mismo tiempo, el positivismo representaba una filosofía solidaria de las aspiraciones de civilización y progreso, notas que distinguían aquello que los latinoamericanos valoraban en la Europa Occidental o los EEUU. Básicamente, los positivistas no confiaban en los métodos revolucionarios para dirigir las sociedades, sino que adherían a una concepción evolucionista que los impulsaba a analizarlas para determinar el estado evolutivo en que se hallaban y, así, legislar en consecuencia.

En este marco conceptual, es comprensible la lectura finalista que propugna Ingenieros a partir del transformismo biológico, lectura que coloca al hombre en el punto máximo de la escala evolutiva natural, instancia que da lugar a la dimensión moral:

Puede reconstruirse la filogenia de cualquier función de los seres vivos; es decir, encontrar los diversos grados de su integración progresiva a través de cuantas especies la preceden en la evolución de la serie biológica. Las más complejas operaciones psíquicas elaboradas en el cerebro humano, no son sino el perfeccionamiento alcanzado por funciones progresivamente desenvueltas en la serie animal. El alma de los metafísicos es un perfeccionamiento de funciones inherentes a la substancia viva, al protoplasma; la memoria, por

ejemplo, encuéntrase en forma progresivamente complicada, desde la ameba hasta el hombre. (*SLV*, 23)

Esta mención de la “filogenia” no puede menos que evocar el libro homónimo de Florentino Ameghino, escrito en 1882 y editado un par de años después, un verdadero hito en la historia científica de nuestro país, cuya resonancia se podrá apreciar mejor si recordamos que muchos sabios europeos aprendían español sólo para leerlo (Weinberg, 1978). El texto de Ameghino fue editorialmente coetáneo de la primera edición en lengua española de *El origen de las especies*, de Charles Darwin, de 1877. Además, Ameghino fue, en el país, quien más contribuyó a sistematizar el transformismo biológico en un esquema filosófico, tarea muy similar a la realizada por Ingenieros –al menos, en la perspectiva de Félix Schuster (1985).

No es de extrañar, entonces, que en *SLV* –un estudio de “psicología social”, según el mismo Ingenieros–, la presencia de Darwin sea explícita. La primera mención aparece ya en la segunda página del libro y se llega a afirmar que la doctrina darwiniana es “la premisa que sustenta todo el desenvolvimiento de este ensayo” (*SLV*, 26), proponiéndose estudiar la “evolución” de la simulación en las sociedades humanas. Para lograr ese objetivo, la cultura, el artificio, la tecnología moderna, son reinterpretadas como meros capítulos de la historia natural. Mediante el recurso de la enumeración, Ingenieros incluye desde atributos naturales de los seres vivos hasta invenciones culturales, en la misma categoría de medios adaptativos en la lucha por la vida: “De todos esos medios, usados para la adaptación, algunos son verdaderas armas punzantes, lacerantes, cortantes o contundentes: agujones, sierras, dientes, probóscides, aparatos eléctricos, etc.” (*SLV*, 29). Asimismo, gran parte de la información que Ingenieros usa como prueba de sus argumentos está tomada de la historia del arte y la literatura, que se transforma, en consecuencia, en una fuente más de la evidencia necesaria para el estudio médico-social de la simulación. Esos datos provienen de textos y

disciplinas dispares, que van desde la Biblia y la tradición clásica hasta la historia nacional más o menos reciente:

Se refiere que David, obligado a substraerse a las iras de Saúl, se refugió en la corte del rey Aquis; y como allí fuera mal visto, por reputarse comprometedor su presencia, recurrió al ardid de simular la locura, lo que apiadó a sus enemigos y le permitió evitar serios peligros (*Samuel*, lib. I, cap. XXXI) [...] Sabido es que el astrónomo griego Metón, célebre por haber establecido el ciclo lunisolar que lleva su nombre, simuló la locura para no ir a la guerra de Sicilia, a la que lo enviaban los atenienses; de este sabio poco belicoso se vengó Aristófanes, llevándole a la escena para hacerle aplicar una formidable paliza (*Los Pájaros*, Act. II, Esc. VI) [...]

...aun en la historia argentina, con ser tan breve, ocurrió un caso célebre, cuya referencia debemos al Profesor Ramos Mejía, que lo conoció por Vicente Fidel López. Durante la dictadura de Rosas, uno de los jesuitas afiliados a la Sociedad Restauradora cometió un delito vergonzoso contra un niño, que se educaba en un claustro donde él era preceptor; descubierto el hecho, y temeroso del castigo del tirano, dio el fraile en simular que era loco, creyendo eludir así la pena capital [...]

No conocemos ningún caso más clásico, en todo sentido, que el de Ulises [...]

Más célebre en la historia del arte es Hamlet, el magnífico personaje shakesperiano, en quien se une la circunstancia de simular la locura a la de estar verdaderamente alienado, hecho singularísimo que estudiaremos al tratar de la *sobresimulación* de la locura. (*SL*, 122-123)

Esta clase de ejemplos, que homologan historia, ficción literaria y tradición religiosa o mitológica en tanto que discursos legitimadores de los argumentos científicos, apuntan a convertir la simulación en una más de las armas esgrimidas en la lucha por la vida, sólo que un arma del orden simbólico y cultural. Con ello, Ingenieros parece adherir a lo sostenido por Enrico

Ferri, socialista y discípulo de Lombroso, para quien era indudable que se producía una “progresiva atenuación de los métodos de lucha, que de violenta y muscular se torna más pacífica e intelectual”, a pesar de eventuales “regresiones atávicas” que derivaban en “manifestaciones psico-patológicas de las violencias personales del individuo contra la sociedad y de la sociedad contra el individuo” (Ferri, 1895, 31). Entre estas formas de lucha simbólica, descollaba *la simulación de la locura*, como el mecanismo de defensa ante el castigo legal esgrimido con más frecuencia por los delincuentes. Ingenieros ilustra esta situación con relatos como los ya mencionados, es decir, casos tomados del archivo clínico así como fragmentos o pasajes de textos célebres de la literatura, a partir de los cuales desarrolla sus especulaciones, como se puede apreciar en la siguiente cita del *Martín Fierro*:

Todos los que han leído el popular poema criollo *Martín Fierro*, recordarán aquellos versos en que se alude a la simulación de la locura: ‘Criollo que cae en desgracia – tiene que sufrir un poco; – nadie le ampara, tampoco, si no cuenta con recurso. – *El gringo es de más discurso: - cuando mata se hace el loco.*’ No necesitan comentario. (SL, 160. Bastardilla del autor)

El reiterado éxito alcanzado por varios delincuentes que habían adoptado el recurso de simular la locura convertía la tarea de los médicos policiales y forenses en un verdadero desafío moral y legal. Y el combate entre médicos y delincuentes simuladores alcanzaba, en algunos casos, dimensiones tragicómicas, como en uno de los casos que reseña Francisco De Veyga para los *Archivos*, con el fin de ejemplificar este “medio defensivo empleado por el delincuente en su lucha por la vida contra el ambiente jurídico-penal”, un caso en que el honor de los médicos intervinientes quedó en entredicho, porque no se habían dado cuenta a tiempo del carácter simulado de la alienación de un detenido. Se trataba de un ladrón que había ingresado al Servicio de Observación tras ser detenido por conducta inadecuada, motivada por un estado de intoxicación

alcohólica. Por considerárselo enajenado, se le otorgó el *beneficio* de ser trasladado al manicomio y no a prisión, pues no parecía un simple caso de alcoholismo sino el de un presunto alienado. Una vez en el manicomio, fue entrevistado nuevamente por uno de los médicos y simuló la locura en esa ocasión. Días después solicitó hablar con este mismo médico:

...prometiéndome decir la verdad. Escribió una amena y curiosa autobiografía, destinada a captarse la simpatía del médico por el lado de la jocosidad, en la que dice: *en el mes de agosto p.p., hallándome enfermo, materialmente hablando, tuve que fingir haber perdido el uso de mis facultades mentales a fin de no tener que ir por 20 días al depósito de contravención sin motivo ni causa justificada.* Manifiesta que desde hace dos años ha vuelto a la vida honesta; pero que la policía no le deja tranquilo en ninguna parte.²³

Tras semejante confesión, fue puesto en libertad, pero como antes de su liberación había sido presentado por el médico a los alumnos de psiquiatría de la Facultad de Medicina como un caso de simulación, el asunto derivó en un conflicto entre facultativos. En efecto, al confesar la simulación de su estado de locura, el ladrón dio a entender que los actos de enajenación mental que habían causado su arresto eran también un fraude, lo que descalificaba el diagnóstico emitido por el médico del Servicio de Observación y al mismo de Veyga, que lo había presentado en su clase de Medicina Legal, inmediatamente después del arresto y antes de que fuera enviado al manicomio, como un alienado *verdadero*.

Situaciones complejas de este tipo llevan a Ingenieros a sostener explícitamente que “[e]l médico y el disimulador se encuentran colocados frente a frente, en una ardua partida.” Si, por un lado, está la “astucia peligrosa” del criminal, la balanza

23 Francisco de Veyga, “Degeneración, locura y simulación en los ladrones profesionales”, *Archivos*, I (1902): 710. Nuestra bastardilla. El caso narrado en el artículo de De Veyga está reseñado, también, en *SL*, 209-210.

se equilibra con la “astucia científica” del médico que, como el protagonista de una novela policial-detectivesca, es “fuerte en su capacidad de observación y de análisis, buscando cómo escudriñar los meandros de la psiquis enferma que pretende ocultar sus fallas y sus desvaríos.” En estos enfrentamientos, no son sólo destinos personales o prestigios profesionales los que están en juego, sino que los actos, tanto del simulador como del médico, alcanzan proyecciones sociales: “Si vence el disimulador, un serio peligro se cierne sobre la sociedad; sus manos podrán ensangrentarse en una víctima del desgraciado enfermo. Si vence el médico, se ha conjurado un posible riesgo y la defensa social queda asegurada contra sus tendencias antisociales” (SL, 151).

Esto queda expuesto con claridad en otro de los casos narrados por Ingenieros, tomado de la vida bohemia, de las tertulias y peñas de artistas. El caso relata la historia de un joven “inteligente e ilustrado” pero “bastante sugestionable”, que el autor había conocido en uno de los círculos intelectuales que frecuentaba. Este literato “enfermó de estetismo decadentista, sugestionado por ingeniosos fumistas, como Sar Peladan, y psicópatas como Verlaine, poeta eminente que puso en versos su propio estupro”, influencias que, cabe aclarar, fueron magnificadas por las de “otros fumistas locales” y el reciente y *escandaloso* ejemplo de Oscar Wilde. El ingenuo joven había creído que para igualar a esos célebres poetas “era necesario tener o simular sus manifestaciones psicopáticas”, y así fue como comenzó a exhibir una conducta propia de un hombre alcohólico, onanista y homosexual. Incluso llegó a componer una “Oda a la belleza masculina”, entre otras “perversiones”, como las califica Ingenieros. Tan repentino cambio en este sujeto motivó que muchas personas se alejaron de él pero “por fortuna, sus amigos le hicieron comprender que si ellas podían servir para sobresalir literariamente entre sus congéneres modernistas, en cambio le perjudicarían cuando abandonara esos estetismos juveniles.” Para tranquilidad de Ingenieros y otras personas de su entorno, el joven recapacitó y “renunció a sus fingidas psicopatías” (SL, 127-128).

Otro ejemplo similar es el de un joven al cual sus compañeros de bohemia –más precisamente, Rubén Darío y el mismo Ingenieros– sugestionaron, en un alarde de *fumistería*, al punto de hacerle creer que era un hermano perdido de Leautreamont. Al presentar el caso, Ingenieros caracteriza de tal modo la mirada del poeta *raro* que implícitamente establece una analogía entre ella y la capacidad de observación del médico. En sus palabras:

De esos casos de locura por sugestión en sujetos predispuestos, hemos reunido diversas historias clínicas. El caso siguiente –casi nos atreveríamos a clasificarlo de locura experimental– merece publicarse e ilustra claramente la cuestión. Sólo diremos que el íncubo fue en este caso un poeta eminente [Rubén Darío], amigo de observar anomalías y rarezas, acaso en virtud de esa misteriosa tendencia que lleva al raro hacia la observación de lo anómalo y al vulgar hacia lo chabacano. (*SL*, 130)

El *raro*, al igual que el médico, es un sujeto que despliega una mirada crítica sobre el orden social. Pero el objeto de esa mirada crítica, el loco, tiene para Ingenieros cierta virtud, pues la locura es también una forma de individuación frente a la masa indiferenciada, individuación que, incluso, es un atributo que el *loco* comparte con el *genio*:

En la vida ordinaria, si un hombre opina o actúa contra lo habitual en su medio, si revela poseer personalidad propia, diferenciándose de la masa, los hombres que no existen, de espíritu gregario, creen lesionada su tranquila impasibilidad y reaccionan llamando loco al audaz que demuestra su exuberancia de actividad y de vida. En la República Argentina, verbigracia, el más grande pensador de Sud América, Sarmiento, sólo era designado como *el loco Sarmiento*. (*SL*, 133. Bastardilla del autor)

Decididamente, en el caso de Ingenieros –y probablemente en otros de los llamados positivistas latinoamericanos–, el evolucionismo adquirió el estatuto de una de esas “ideas fuera de lugar” que para Roberto Schwarz son producto de nuestra situación culturalmente dependiente.²⁴ Pero también, y para decirlo en el lenguaje de los transformistas, se trataba de una *variación* geoculturalmente condicionada de una teoría científica europea, una apropiación del paradigma evolucionista al cual se le imprimió una flexión diferencial, propia de un médico del cono sur con un pasado como militante socialista. Esta apropiación recreaba conceptos como los de evolución o mimetismo que, usados en todo el mundo occidental tras la revolución darwinista, se emplearon en nuestro ámbito con un sesgo diferencial y, anclados en problemáticas locales, adquirieron sentidos desplazados, metafóricos en cierto grado, que los alejaron del campo conceptual originario y del contexto de problemas científicos para los que fueron inicialmente pensados.

24 Sostiene Schwarz que: “Ideas are in place when they represent abstractions of the process they refer to, and it is a fatal consequence of our cultural dependency that we are always interpreting our reality with conceptual systems created somewhere else, whose basis lies in other social processes” (Schwarz, 1992, 39).

III

Vidas ejemplares

Las historias de vida de alienados, delincuentes y simuladores que, bajo la forma del caso clínico, fueron compiladas en libros como *Criminología, Histeria y sugestión, La simulación de la locura, La simulación en la lucha por la vida* o *La locura en la Argentina*, tienen su contrapartida en las *vidas ejemplares* de los hombres de estudio, científicos, filósofos y educadores, que aparecen en las páginas de la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*.²⁵ Como es sabido, José Ingenieros fundó esa revista al regresar de su segundo viaje a Europa, en 1915, mientras dictaba un seminario de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Fue financiada por él mismo y la dirigió hasta su muerte, después de la cual lo sucedió en esa tarea su discípulo Aníbal Ponce, hasta el cierre de la publicación en 1929. Este emprendimiento fue paralelo a la publicación, también coordinada por Ingenieros, de la colección *La cultura argentina*.

La *RF* se publicaba bimestralmente y, con pocas excepciones, su esquema general era el siguiente: cada número constaba de unas ciento sesenta páginas y cada tres números –es decir, cada semestre– se conformaba un tomo. La variedad temática de la revista era significativa: en ella podían encontrarse desde artículos sobre la vida de las hormigas y las razas en América hasta propuestas sobre el mejor modo de

25 En adelante, *RF*.

mantener la disciplina en las aulas o demandas por una renovación de los estudios filosóficos. Todo eso sin contar la valiosa sección “Análisis de libros y revistas”, generalmente al cuidado del mismo Ingenieros, que incluía reseñas de libros literarios, filosóficos, históricos, legales y de muchas otras disciplinas. A ello se sumaban secciones sobre acontecimientos más o menos contemporáneos, sobre todo cuando se desató el conflicto por la Reforma Universitaria. Aunque es una empresa no exenta de riesgo intentar simplificar el significado cultural de esta publicación en unas pocas líneas, podríamos afirmar que se trató de un proyecto editorial signado todavía por el influjo positivista y que hizo de la filosofía y de la ciencia dos objetos privilegiados, en tanto que los consideró estrategias en el proceso de secularización de la sociedad. Por eso, la revista forma sistema con otras publicaciones de Ingenieros, como *Hacia una moral sin dogmas* (1917), tendientes a transformar las normas antiguamente legitimadas por la esfera de lo religioso en principios morales o jurídicos sustentados en criterios laicos.

Es sabido que la *RF* tuvo un significativo impacto nacional y regional en la segunda y tercera décadas del siglo XX. En parte, eso se relaciona con su inscripción en toda una tradición de revistas, boletines o periódicos que, desde la segunda mitad del siglo XIX, comenzaron a sucederse en Europa y fueron el modelo de esta y otras publicaciones latinoamericanas. Hugo Biagini ha elaborado un catálogo al respecto que incluye *La Philosophie Positive* (1867-1883), *Revista Contemporánea* (1875-1907), *Revue Occidentale* (1878- 1934), *O Positivismo* (1878-1882), *Rivista de Filosofia Scientifica* (1881-1900), *Archives d’Antropologie Criminelle* (1886-1814), *La Scuola Positiva* (1891), *The Positivist Review* (1893-1925), *Revue Positiviste Internationale* (1906-1940), entre otras. Esta migración de modelos textuales no era enteramente unidireccional: en varias publicaciones europeas, como la *Rivista Filosofica* o la *Revue Philosophique*, se aludía a su vez al contenido de los trabajos de la revista de Ingenieros, que eran resumidos o comentados (Biagini, 1984, 8 y 12).

Varios colaboradores de la *RF* pertenecían, a su vez, a una agrupación que cobró vida en esos mismos años, heredera de la afamada *Syringa* que en la bohemia porteña de fines del siglo XIX habían fundado y animado Rubén Darío y el propio Ingenieros. Esta nueva agrupación recibió el nombre de *Academia Omnia* y fue liderada por Ingenieros. Los intelectuales que se nuclearon allí eran ya maduros –Ingenieros mismo tenía 38 años–, y sus reuniones eran mucho más mesuradas que los célebres escándalos protagonizados por los syringos. Entre los miembros de *Omnia* se encontraban hombres como Félix Icañate Larios, Aníbal Ponce, Carlos Muzzio Sáenz Peña y Arturo Orzábal Quintana, cuyos nombres se repiten con frecuencia entre los colaboradores de la *RF*.

Aunque no se trate de biografías que se anuncien como tales, muchos de los artículos de la revista se vertebran sobre el relato de la vida de un intelectual: filósofo, escritor, educador o científico. Varios de esos casos aparecen vinculados a una forma del homenaje, pues se trata de discursos en ocasión de visitas de científicos célebres, de su ingreso a una sociedad o academia o bien de notas que son escritas cuando fallecen, es decir, una suerte de necrologías.²⁶ Estas modalidades discursivas pueden asociarse también con la del *retrato* que, en las dos primeras décadas del siglo XX, fue muy utilizado por los intelectuales para referirse a las obras de sus congéneres. Tal como ha advertido Luis Alejandro Rossi, el retrato no sólo tenía una dimensión escrituraria, sino que era, además, un género de la oratoria ligado al banquete y a la recepción, es decir, a una cultura oral (1999, 21). En la revista, varios discursos fúnebres o de homenaje académico se corresponden con una instancia performativa más compleja, de la cual los textos publicados son apenas un registro parcial. Esas reseñas biográficas adquieren, generalmente, el rango de vidas moralmente ejemplificadoras, sobre todo por el valor ético de sus protagonistas y su productividad para el bienestar colectivo y el progreso humano.

26 Para el sentido de este término, nos atenemos a la definición de la RAE: “noticia comentada acerca de una persona muerta hace poco tiempo”.

Respecto de las necrologías, su relación con las figuras públicas es por cierto evidente y es nada menos que Domingo Faustino Sarmiento quien nos advierte que esos discursos de tema fúnebre son una suerte de biografías. Sarmiento escribió varias notas o artículos de este tenor y explícitamente dice, en la necrología de D. Domingo de Oro: “Me propongo en estos ligeros apuntes completar su biografía.”²⁷ En este punto, no parece ocioso recordar lo señalado por estudiosos del género, acerca de la tarea del biógrafo, en la que siempre hay cierto afán por traer los muertos a la vida y abrirles la puerta a una forma de inmortalidad, lo cual es razonable si recordamos que en los orígenes de la biografía está la antigua *laudatio funebris*, la oración funeral que pronunciaba, en la tradición romana, un pariente o amigo del muerto (Garraty, 1964, 28 y 42). Por otro lado, no hay que olvidar que todo discurso fúnebre es primordialmente un ejercicio simbólico destinado a los vivos, tendiente a legitimar un orden social dado. En ese sentido, la muerte autoriza discursos eunómicos, que buscan exhibir y convalidar el buen funcionamiento social. Por ello, el elogio fúnebre no es sólo una lamentación, sino una lección de vida, *ad usum* de los vivos. Asimismo, cuando el fallecido es el titular de un rol determinado – político, científico, cultural, etc. – el discurso fúnebre colabora en la definición del modo correcto de ejercer ese rol, lo cual queda fácilmente demostrado por la movilización de las corporaciones académicas y profesionales en esas circunstancias, en las que se ponderan los méritos de alguien considerado *primus inter pares* (Dulong, 1994).

Volviendo a Sarmiento –quien fue un referente para Ingenieros en más de un sentido–, el sanjuanino asigna tanto a la biografía como a la autobiografía un valor formativo y moralizador, al entender que vehiculizan una doctrina de la vida, e incluso reconoce en ellas un carácter modélico para el estilo de los géneros en prosa. Esto es evidente en el artículo en

27 Domingo Faustino Sarmiento, “D. Domingo de Oro” en *Obras completas*. Tomo XLV. Buenos Aires, Luz del Día, 1954. Reproducido en Sarmiento, 2010, 5.

que recomienda la lectura de los *Recuerdos de infancia y juventud* de Renán, traducidos por Luis María Gonnet, libro que encomia no sólo porque permite conocer la vida del pensador francés y su relación con las corrientes culturales europeas contemporáneas sino también por un estilo de escritura que califica como “un excelente modelo para nuestros prosadores”.²⁸ Asimismo, opera en él la concepción de la biografía como proyección de la historia, fácil de advertir en su elogio al libro sobre Rivadavia escrito por Andrés Lamas:

El libro del señor Lamas es una biografía o una historia de Rivadavia, en cuyo rededor hace agruparse la historia constitucional orgánica de las Provincias Unidas, como el general Mitre en su historia de Belgrano ha agrupado, como clámide de su héroe, los principales acontecimientos de la historia general argentina.²⁹

En su artículo “De las biografías”, de 1842, dedicado a reflexionar sobre este género y publicado en *El Mercurio* de Chile para iniciar una serie de textos biográficos sobre personajes europeos y americanos que daría a la luz el mismo periódico, la relación biografía/historia, así como el valor educativo del género, quedan más claramente formulados:

La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época y país dados, es el resumen de la historia contemporánea, iluminada con los animados colores que reflejan las costumbres y hábitos nacionales, las ideas dominantes, las tendencias de la civilización, y la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad. [...] La biografía es, pues, el compendio de los hechos históricos más al

28 Domingo Faustino Sarmiento, “Influencia de Renán” en *El Censor*, 8.II.1886, reproducido en Sarmiento, 1953, 342.

29 Domingo Faustino Sarmiento, “Don Bernardino Rivadavia” en *El Nacional*, 25.IX.1882, reproducido en Sarmiento, 1953, 347.

alcance del pueblo y de una instrucción más directa y más clara. Mucho trabajo cuesta comprender el enlace de la multitud de acontecimientos que se desenvuelven a un mismo tiempo; pero nada es más fácil, ni hay cosa que excite mayor interés y mueva simpatías más ardientes, que la historia particular de un hombre [...] Nadie ignora la influencia que sobre dos grandes genios de la época moderna, Franklin en América y Rousseau en Europa, ha ejercido la temprana lectura de las vidas comparadas de Plutarco. [...] ³⁰

Respecto de las biografías políticas tradicionales, ya es un lugar común en la crítica señalar en ellas la estructura de un *relato ejemplar*; que, en la modalidad que el género adoptó en el siglo XIX y el éxito que alcanzó, demostraría el largo alcance de la estética romántica y su impacto en la concepción popular de la política (Riall, 2010, 386 y 390). Pero en el caso de la *RF*, cabe hacerse la pregunta por el sentido de incluir la información biográfica sobre los hombres de ciencia. Y la respuesta no es en extremo difícil de conjeturar: en primer lugar, uno de los objetivos de la revista era la divulgación del estado de la ciencia en ese momento, así como de la filosofía o de las corrientes de la educación. Luego, hay que tener en consideración la afinidad con la divulgación científica propia del partido socialista argentino – que Ingenieros contribuyó a fundar –, en su lucha por la modernización, el laicismo e incluso su prédica anticlerical. Tal

30 Domingo Faustino Sarmiento, “De las biografías”, *El Mercurio*. 20. III. 1842, reproducido en Sarmiento, 1948, 182 – 183, modernizamos la ortografía. En el mismo texto, Sarmiento sostiene que la lectura de las *Vidas paralelas* de Plutarco fue modélica para despertar la vocación de servicio público de personajes como Franklin y Rousseau y por ello recomienda “...hacer popular en nuestros pueblos americanos la vida de un hombre célebre en los fastos de la humanidad [se refiere a Franklin], que en condiciones análogas a las de nuestra sociedad, saliendo de la clase común del pueblo y sin otra preparación que la de un fuerte y decidido amor a su país, se lanzó en la vida pública, purificando las costumbres, desarraigando preocupaciones, y promoviendo con todas sus fuerzas la civilización, la independencia y la libertad de sus conciudadanos” (184).

como señala Irina Podgorny, el Partido Socialista había organizado una cultura popular basada en la divulgación científica, a través, por ejemplo, de entidades como la Sociedad Luz (Podgorny, 1997, 38; Barrancos, 1996). Además, se puede entender el uso de textos de corte biográfico como una estrategia de comunicación, casi pedagógica. En efecto, el uso de la biografía como materia central de la historia entendida al modo positivista – propio del siglo XIX que, en la tradición de Thomas Carlyle, veía la historia como una suma de biografías³¹ –se agrega a la concepción de la biografía como recurso edificante, en la línea sarmientina, que en la *RF* apunta a la construcción de la imagen del hombre de ciencia como una figura ejemplar. Esto es una estrategia funcional a una educación científica popular, esencial para la formación de una sociedad secularizada y moderna, lo cual sintoniza con otros artículos de la revista, destinados a debatir los contenidos y métodos de la educación (Fernández, 2012 c, 52 – ss).

Aunque en la *Revista de Filosofía* estamos hablando de biografías de intelectuales – mayoritariamente, hombres de ciencia – y no de políticos, como los ejemplos sobre los que reflexiona Sarmiento, es evidente que siguen operando algunos de los rasgos que el sanjuanino destaca en este género, como el hecho de ser una cifra de las grandes tendencias de la historia, el rol central que adquieren los personajes considerados “geniales”, los “varones ilustres”, y algo que nos interesa particularmente: la idea de que la biografía es “el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo y de una instrucción más directa y más clara.”

Es así como este culto de los *hombres representativos* al estilo emersoniano parece vertebrar también, pero ahora en el más circunscripto terreno científico y educativo, las biografías de la *RF*. Tenemos un ejemplo de esto en la nota necrológica en que Ingenieros dice de Francisco Giner de los Ríos que “[p]or

31 Leemos en Carlyle: “el relato de lo que hizo el hombre en el mundo, es en el fondo la Historia de los Grandes Hombres, puesto que fueron conductores de muchedumbres” (Carlyle, 1951, 9).

su apostolado cultural, por la modernidad de sus tendencias, por la práctica severa de la virtud, era *el hombre más representativo* de toda la España intelectual”³² o cuando, refiriéndose a Ramos Mejía, lo califica como “*el hombre representativo* de un despertar intelectual realizado por grupos de jóvenes que en otra ocasión he denominado *la generación del ochenta*.”³³

Como siempre, toda biografía dice mucho acerca de las instituciones, los medios, las formas de sociabilidad, las clases o agrupamientos sociales y, en el caso que nos ocupa, de las corporaciones profesionales (Pozzi, 1985, 79). Esto es visible por ejemplo en el artículo sobre Félix Le Dantec, escrito al poco tiempo del fallecimiento del biólogo francés, en el cual Ingenieros elogia su condición moral, un atributo que será recurrente en la concepción del científico que promueve la *RF* y que se distingue por valores como la sinceridad y el valor necesario para defender las novedosas ideas científicas o luchar contra el prejuicio y la opinión generales:

Le Dantec tenía un temperamento de *hombre de ciencia* en la significación más exacta que darse pueda a esas palabras. Mucho de lo que escribió, es indudable, caerá bajo la piqueta implacable de otros hombres que puedan saber más que él; pero difícil sería, hoy por hoy, señalar una o dos docenas, en el mundo, que puedan comparársele por la sinceridad con que supo decir todo lo que pensaba, sin detenerse ante las resistencias que despertaría en sus contemporáneos, poseídos todavía por esos irremisibles errores ancestrales que aún pesarán largo tiempo sobre la cultura humana.³⁴

32 J[osé] I[ngenieros], “Don Francisco Giner de los Ríos. Falleció en Madrid el 18 de febrero de 1915”, *RF*, I, 2 (1915): 311. Nuestro subrayado.

33 José Ingenieros, “La personalidad intelectual de Ramos Mejía”, *RF*, I, 4 (1915): 105-106. Para el nombre de “generación del 80”, Ingenieros remite a su propio artículo “La generación del 80” en *Hermes*, n° 1, Buenos Aires, Mayo de 1905. En cuanto al concepto de “hombres representativos”, que toma de Emerson, aclara que es simbólico, como también lo son ciertas fechas, en *La evolución de las ideas argentinas* [1918] en Ingenieros, 1962, tomo IV, 99.

34 José Ingenieros, “Le Dantec, biólogo y filósofo”, *RF*, VI, 5 (1917): 268.

Los atributos de *moralidad* y *sinceridad* son algunos de los rasgos más reiterados en la escritura de sesgo biográfico en el corpus de la revista. Otra característica frecuente que podría señalarse es el valor hermenéutico asignado a la anécdota, en el contexto de una interpretación de las vidas narradas en las cuales la existencia queda reducida a la *obra* y la *labor científica*. Incluso se ficcionalizan escenas que permiten reescribir el itinerario vital en términos teleológicos, como cuando el botánico Cristóbal Hicken, en un discurso pronunciado en nombre de las asociaciones científicas y pedagógicas para homenajear a su maestro, Eduardo Holmberg, relata el despertar del interés científico en este último identificando *vocación* y *destino*, ya desde la más tierna infancia:

Fresca aún la tinta con que Darwin escribiera su inmortal libro, inspirado al contemplar nuestras pampas, Holmberg, aún niño, observaba con una curiosidad inspirada las arañas que llevaban su presa, las abejas que polenizaban las flores, las flores que deleitaban su vista, los guijarros que centelleaban en el sendero del jardín. Criado en un ambiente de libertad natural, ejercitó sus sentidos en la contemplación de la Naturaleza, que fortificó su cuerpo, desarrolló su voluntad, exaltó su imaginación, le reveló que tenía un cerebro y que la función más noble era la de pensar. [...] Dudó... y al levantar sus ojos para interrogar al cielo, vio que la Providencia huía entre nubes de fantasmas, de mitos y leyendas. [...] Holmberg [...] buscó fuerzas en el estudio para interpretar mejor las bellezas argentinas.³⁵

35 Cristóbal Hicken, “Eduardo L. Holmberg y las doctrinas evolucionistas”, *RF*, II, 6 (1915): 367 – 368.

Así, Holmberg aparece como un zoólogo, un botánico y un geólogo en potencia, desde la más tierna niñez, de acuerdo con una de las modalidades habituales de muchas biografías que procuran diseñar una identidad estable, inteligible, previsible (Schmidt, 2000, 59). Pero además, la figura de Holmberg encarna una concepción de la ideología nacional, unificada por una directriz de laicismo y tolerancia que emana de su saber científico y que se convierte en un “credo”: Hicken cuenta que mientras Holmberg estudiaba medicina, usaba el periodismo para difundir el darwinismo, y con sus expediciones, seguía “paseando triunfal por toda la Argentina el nuevo credo de ciencia y tolerancia”.³⁶ Esta imbricación entre la conducta individual y la construcción ideológica de la patria, se proyecta a la tarea intelectual en el más amplio sentido, y eso permite asociar actividades como la composición del poema *Lin-Calél*, que Holmberg había escrito para el Centenario, con la difusión del transformismo, empleado como herramienta para fortalecer la tolerancia ideológica. Quedan así estrechamente vinculadas la identidad personal del científico –reducida a su biografía intelectual– y la patria, de la cual el sujeto en cuestión es una sinécdoque moral.

La escritura de sesgo biográfico deviene, por otra parte, en la conformación de linajes intelectuales. Esto se torna visible en la ocasión en que Ingenieros, invitado a dictar una conferencia en el Colegio de Médicos de Barcelona, comienza con una reflexión autobiográfica, presentándose a sí mismo como un punto de encuentro entre tradiciones intelectuales y relaciones personales en las que procura cifrar el desarrollo de la ciencia nacional:

No sabría expresar con palabras la gratitud a que me obliga esta docta asamblea; es mucha honra la de verme escuchado por ilustres académicos y profesores de la Universidad de Barcelona, reunidos en una misma prueba de simpatía los viejos maestros y los nuevos,

36 Hicken, *op.cit.*: 369.

*como si en mi persona se quisiera honrar a mi patria,
por sus grandes pensadores, Sarmiento, Alberdi y
Ameghino, o por mis maestros inmediatos en la ciencia
psiquiátrica, Ramos Mejía y de Veyga.*³⁷

En esa saga de biografías que forman un continuum, aparece el mismo Ingenieros, inserto en una prestigiosa genealogía:

Meditando sobre este sentimiento de repulsión hacia los ignorantes ensoberbecidos por el dinero o la política, he podido advertir que si a Ramos Mejía se lo contagió López, a mí me lo contagió Ramos Mejía, encontrando preparado el terreno por los gustos de bohemio y de socialista contraídos en mi primera juventud. En el fondo, la psicología del *enriquecido*, que López trazó en párrafos magníficos, es la misma del *burgués aureus* que inspira a Ramos Mejía páginas elocuentes, para reaparecer en mi catecismo de moral, titulado *El hombre mediocre*. [...] (146)³⁸

Al idealizar la labor científica como aquello que permite fijar la identidad a través del tiempo, se configuran imágenes monolíticas, al punto de que el biógrafo se convierte en un narrador omnisciente que se atreve a desnudar el pensamiento del sujeto biografiado. Esto se puede apreciar en un texto dedicado al ex-participante de La Syringa y luego afamado antropólogo y etnógrafo, Juan Bautista Ambrosetti: “Jamás sufrió mengua su fe científica, no creyó en los obstáculos,

37 José Ingenieros, “Las ciencias nuevas y las leyes viejas” en *La Universidad del Porvenir* en Ingenieros, 1962, tomo VI, 395. Como dijimos, inicialmente este texto fue una conferencia pronunciada en el Colegio de Médicos de Barcelona, en 1914. Después se publicó en la *RF*, I, 2 (1915): 270 – 310. Nuestras bastardillas.

38 A pesar de la diferencia esencial entre el modo de producción de una biografía, la reconstrucción de un itinerario vital ajeno, y una autobiografía, sostenida en la propia memoria, es atendible la observación de que cuando el biógrafo tiene una relación personal con el biografiado, la escritura deriva hacia la pendiente de la autobiografía (Garraty, 1964, 26).

desconoció las vacilaciones y la misma serena intensidad presidía su juicio sobre un grave problema de la ciencia o sobre los hechos que a diario se producen”.³⁹ O también en lo que afirma Víctor Mercante, tras comparar hiperbólicamente a Florentino Ameghino con el mítico Prometeo, cuando atribuye a decisiones libres del individuo las vicisitudes exteriores de un sistema de vida no siempre coronado por el éxito material y social: “Hizo de la ciencia un culto, de la virtud una necesidad, del trabajo una obligación. Vivió en su modesta casa como un potentado en su alcázar. Amó a sus semejantes y amó a su país”.⁴⁰

Estas mismas *virtudes* que rodean el trabajo intelectual se expanden, por así decir, al resto de la vida y el ámbito entero donde actúa el sujeto biografiado. El mencionado Víctor Mercante reseña la visita que le hizo a Joaquín V. González tres días antes de que éste falleciera, en un párrafo en el que la imagen del cuerpo enfermo contrasta con el reflejo de la inteligencia y el *gusto* que no sólo se encarnan en la actitud de González sino que emanan del ambiente entero de su habitación:

...En los ojos negros, al recibir la luz de frente, brillaba su genio, que no obstante la postración, nada había perdido de su fuerza ideativa. Ocupaba la misma alcoba en que lo había conocido dieciocho años antes [...] El lecho alto, su dosel, un sofá, varios sillones y el atril para leer o escribir desde la cama, componían el mobiliario. Dos bibliotecas en el sitio de los veladores contenían el vino añejo y perfumado del pensamiento; contra las paredes, otras, de las que había excluido los libros profesionales, contenían los elegidos por su

39 Salvador Debenedetti, “Ambrosetti y su obra científica”, *RF*, VI, 5 (1917): 247.

40 Víctor Mercante, “Los valores morales de Ameghino”, *RF*, III, 6 (1917): 350. Conferencia leída en la Sociedad Científica Argentina el 9 de agosto de 1917, cuando Mercante era decano de la Facultad de Ciencias de la Educación de La Plata.

espíritu eminentemente esteta, durante cuarenta y cuatro años de lectura. Era el discípulo que en los últimos momentos oía la voz confortable de sus maestros. [...] Aquella alcoba, donde bajo la influencia del Espíritu, González había sentido grandes problemas, y escrito las páginas más bellas y profundas del pensamiento americano, podía, acaso, ser la capilla donde la juventud acudiera todos los años a purificar su morada interior [...] En Italia y en Francia, por obra de los gobiernos y del pueblo, son lugares de peregrinación y culto [...]⁴¹

Incluso el aspecto físico de estos hombres de la cultura es sometido a una hermenéutica moral. El primer número de 1926 de la *RF* está dedicado al propio Ingenieros, fallecido el año anterior, y allí Gregorio Bermann comunica que cuando Ingenieros había regresado de Europa en 1914, “[h]abíanse borrado de su fisonomía los rastros de pose literaria y nietzschiana, y adquirido los nobles rasgos definitivos ni por la muerte borrados, cuya mayor gloria fincan en la autoridad moral” (Bermann, 1926, 20-21). De este modo se enlaza, una vez más, la imagen del rostro *verdadero* con la autoridad *moral* –oponiéndola, significativamente, a la “pose” literaria de la juventud. De la misma manera, Aníbal Ponce presenta a Amadeo Jacques como quien tenía “algo de romano, en la severa hermosura de aquella cabeza magnífica”, tras lo cual lleva el protagonismo a los ojos, quizás la zona anatómica más elocuente para trasponer la frontera entre lo físico y la condición moral: “Desde el fondo, como agazapados, sus ojos claros tenían doble luz: cuando brillaban en la burla, fiesta había en su rostro sanguíneo; cuando se congestionaban en la ira, la mirada tempestuosa reflejaba como en un espejo, la marejada interior”.⁴² Esa misma descripción se prolonga en la explicación del carácter:

41 Victor Mercante, “Joaquín V. González”, *RF*, XI, 2 (1925): 226 – 227.

42 Aníbal Norberto Ponce, “Amadeo Jacques”, *RF*, VIII, 5 (1922): 161

La expresión tenía una honestidad admirable; fuerte y triste, pero sin cansancio: esa melancolía viril de los hombres del 48, en quienes los sueños extinguidos parecían persistir en una niebla lejana. No había un rasgo que no afirmara la franqueza en la lucha, la seguridad de las convicciones profundas, la adhesión fervorosa a los ideales perseguidos [...]⁴³

La misma *heroicidad* moral que se proyecta al cuerpo y ámbito vital del intelectual, quien es primordialmente un trabajador orientado por altos ideales morales, irradia su benéfica influencia al espacio de la patria. Así lo vemos en ocasión de uno de los tantos homenajes a Florentino Ameghino, que pone en evidencia el peso de las corporaciones en torno de estos discursos motivados por un aniversario luctuoso, tal como explicamos líneas arriba:

La Sociedad Científica Argentina no habría patrocinado este homenaje, *por grandes que fueran los méritos del sabio que honramos*, si no hubiera sido él un heraldo de esta tendencia [no utilitaria del conocimiento]; el homenaje personal al esforzado estudioso hubiera tenido otras formas, *si un interés público no hubiera determinado la necesidad de darle este carácter y si Ameghino no fuera el arquetipo de la definición espiritual argentina.*

Su obra, como ninguna, contemplaba la ciencia como un ideal.⁴⁴

No deja de ser curioso que fuese Ameghino “el arquetipo de la definición espiritual argentina”, sobre todo si se tiene en cuenta

43 Ponce, *op. cit.*: 161. Recordemos que Carlyle mismo se atrevía a deducir del retrato del autor de la *Divina Comedia*, atribuido a Giotto, “la completa historia de Dante” (Carlyle, 1951, 84).

44 Nicolás Besio Moreno, “Florentino Ameghino y la verdad científica”, *RF*, II, 5 (1915): 249. Nuestra bastardilla. Se trata de un discurso pronunciado en la conmemoración del cuarto aniversario de la muerte de Ameghino, por el entonces presidente de la Sociedad Científica Argentina.

que ni siquiera está claro que haya nacido en el país.⁴⁵ Pero aceptando ese presupuesto, no extrañará que se consideren como los verdaderos ciudadanos de la nación al “ejército anónimo de grandes trabajadores y grandes pensadores” que en su mayoría, lamentablemente, “yacen en el olvido”. Estos héroes anónimos que habían dedicado su vida al estudio eran, sin embargo, el “ejemplo más grande de virtudes [que] podemos ofrecer a la juventud”, porque estos “héroes silenciados” —como los llama Víctor Mercante, subsumiéndolos en una retahíla de virtudes y atributos morales tan homogéneos como difíciles de probar — “fueron buenos, no tuvieron ambiciones y enaltecieron su vida consagrados al estudio”.⁴⁶

El rol preponderante que adquiere la ética en esos escritos biográficos se explica porque es la dimensión de la práctica científica que la vincula con otras dos esferas altamente valoradas en el pensamiento de Ingenieros: la educación y la revolución política y social. Tengamos en cuenta que, desde el romanticismo por lo menos, el reformismo social estaba asociado al idealismo moral. En ese sentido, la labor científica es vista, por Ingenieros y los colaboradores de la *RF*, como un medio de modelar la personalidad moral, gracias a su adscripción a lo que Gregorio Bermann llama “el evangelio de Ramón y Cajal, la Ciencia y el Trabajo”.⁴⁷ En consecuencia, la utilidad de la actividad científica no se restringe al conocimiento del mundo que permite adquirir, sino que incluye

45 Sobre los debates acerca del nacimiento de Ameghino y su algo paradójica transformación en un símbolo de una cultura laica y progresista *nacional*, véase Podgorny, 1997, 37-48.

46 Víctor Mercante, “El educacionista Pedro Scalabrini”, *RF*, III, 1 (1917): 86. Esta clase de ideas perduraría, tiempo después, en hombres como Bernardo Houssay, colaborador de la *RF*, quien sostendría que “La verdadera supremacía de un pueblo se basa en la labor silenciosa y obstinada de sus pensadores, hombres de ciencia y artistas; esta obra reporta fortuna y gloria al país, bienestar a toda la humanidad.” Bernardo Houssay, “El porvenir de las ciencias en la Argentina”, *RF*, XV, 1-2-3 (1929): 1.

47 Gregorio Bermann, “La filosofía de Ingenieros”, *RF*, XII, 1 (1926): 207. Sobre el tema del *heroísmo* del científico, véase Barrios Medina, 2000.

también el valor educativo, en términos *éticos*, de las *vidas* dedicadas a la ciencia. De ahí la importancia de la biografía, cuyo uso en el programa educacional de la revolución rusa Ingenieros destaca en *Los tiempos nuevos*, elogiando la tarea ministerial de Máximo Gorki, quien “ha solicitado la cooperación directa de ilustres prosistas extranjeros, confiándoles la redacción de estudios biográficos sobre los grandes hombres de la humanidad”.⁴⁸ Resumiendo la cuestión, se considera que la ciencia es útil a las sociedades, no solo por sostener el desarrollo técnico sino también por su acción de moralización laica de la población y porque es el mejor exponente de esa aristocracia del mérito que propugna Ingenieros. Para él y el grupo que se nuclea en torno a la *RF*, la tradición nacional se identifica con el laicismo y la libertad. Por eso, cualquier posibilidad de progreso social y político exige el distanciamiento crítico de toda forma dogmática de pensamiento, una operación consustancial a la práctica científica debido a su lucha secular contra el dogma religioso. Como afirma con cierto efectismo Alberto Palcos, uno de los alumnos del seminario de Filosofía que dictaba Ingenieros, “[e]n nuestra era de ciencia determinista se disfruta de muchas más libertades que en veinte siglos de teología librearbitrista.”⁴⁹ Y es debido a esta preocupación moralizadora que varias de estas propuestas son todavía herederas del krausismo, de sus afanes regeneracionistas y de su exigencia de un trasfondo de eticidad en toda actividad humana, eticidad que debía ser provista por la educación y que se fundiría con la fe positivista en la patria, la humanidad y la ciencia (Roig, 1969, 64 y 172; Serna Arnáiz, 1994).⁵⁰

48 José Ingenieros, *Los tiempos nuevos* en Ingenieros, 1962, tomo VI, 512.

49 Alberto Palcos, “Obras y escritos de Enrique Molina”, *RF*, II, 3 (1916): 400.

50 Siguiendo a Arturo Roig, entendemos el krausismo como una corriente de pensamiento de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, de orígenes europeos y que se trasladó a América Latina. El espiritualismo de corte ecléctico que propiciaba el krausismo así como su eticismo fueron medulares en la orientación pedagógica del normalismo argentino. A

Se ofrece así, para el lector de los artículos biográficos de la *RF*, una concepción del trabajo intelectual –especialmente del científico– como un apostolado, en la misma tradición que, desde el siglo XVIII, había asignado a la biografía una función moralizante y la había convertido en una suerte de *tratado moral* (Garraty, 1964, 76 – 77). En el caso de los sujetos biografiados en la *RF*, ejercitar virtudes como la de la *verdad* pasa a ser el eje que define la identidad de hombres como Ameghino, de quien se dice:

No tenía Ameghino otro ideal que el descubrimiento de la verdad; a medida que ella iba apareciendo en sus estudios, la iba presentando, sin cuidarse demasiado de conseguir una fórmula definitiva o inmutable [...] La verdad científica es, por naturaleza, transitoria [...] ⁵¹

Se equipara, en las figuras que son objeto de estos artículos, su legado científico con el moral: “¿Qué lega a las generaciones futuras este educador de sí mismo? Una moral”, afirma Víctor Mercante, refiriéndose también a Ameghino, para aclarar de inmediato que “[u]na moral sin ciencia es tan funesta como una

diferencia de lo ocurrido en España, en Argentina no hubo intelectuales que se llamaran a sí mismos *krausistas* usando el término con el sentido de escuela filosófica. Sin embargo, elementos del krausismo –como su racionalismo, vocación social, eticismo, cientificismo, autonomía del educando– incidieron en el ámbito pedagógico, en gran medida fundidos con el positivismo dominante, de donde surgió la denominación de *krauso-positivismo*. Su racionalismo moderado, inspirado por el desarrollo de las ciencias naturales en el siglo XIX, no entraba programáticamente en conflicto con la religión positiva imperante, excepto en situaciones coyunturales como los debates por la educación laica en la Argentina, cuando los racionalistas de distinto cuño –krausistas, positivistas– formaron un frente común contra la militancia católica. Un rasgo de clara herencia romántica del krausismo fue su visión moral de la vida, que tuvo una significativa repercusión en el quehacer ético-pedagógico.

51 Nicolás Besio Moreno, “Florentino Ameghino y la verdad científica”, *RF*, I, 5 (1915): 244.

vida sin fines”.⁵² Algo parecido a lo que Ingenieros predica de Théodule Ribot, quien es recordado en estos términos:

Ribot fue lo más que han sido los más grandes hombres contemporáneos: el renovador en su patria de una rama de la filosofía clásica, convertida hoy en una ciencia natural.

Y fue otra cosa mejor, y más rara: un hombre digno de ser señalado como ejemplo de altas virtudes morales: trabajador incansable, estimulador del trabajo ajeno, gloria de la Humanidad que estudia.⁵³

Esa superioridad moral, con visos de soledad y elitismo intelectual, es la misma que lleva a la celebración de hombres de letras como Paul Groussac, homenajeado por *Nosotros* en 1920. Los discursos leídos en esa ocasión se reproducen en la *RF* y allí se explica que el homenaje es “un pretexto que un grupo de la nueva generación ha buscado para acercarse al escritor que enseña y fulmina desde su torre solitaria, y manifestarle su simpatía”,⁵⁴ asignando a la dimensión moral y al rol educador el lugar máximo en la escala de valores por los cuales la actividad intelectual merece ser destacada. Del mismo modo, se elogia en el escritor ecuatoriano Juan Montalvo no tanto su capacidad literaria como su “probidad”, cuando se lo opone a “los que piensan que es lícito alquilar su pluma”, mientras que, por el contrario, ese autor “pensaba que el publicista desempeña una misión de apostolado al difundir sus propias ideas, con las cuales debe ser consecuente y no

52 Víctor Mercante, “Los valores morales de Ameghino”, *RF*, III, 6 (1917): 350.

53 La Dirección, “Th. Ribot. Falleció en París el 9 de diciembre de 1916”, *RF*, III, 1 (1917): 7. Es dable suponer que los artículos firmados por “La Dirección” corresponden a la pluma de Ingenieros.

54 [Carlos Iburguren], “Discurso de Dr. Carlos Iburguren” en “Una demostración a Paul Groussac”, *RF*, VI, 1 (1920): 67. Iburguren presidía la sociedad *Nosotros*, editora de la revista homónima.

traicionarlas en contemplación al precio que se le pague”.⁵⁵ Ingenieros pone en primer plano esos mismos valores morales en la biografía de Agustín Álvarez, de quien afirma que

...fue, ante todo, un *self made man* y en ello puso siempre su único y legítimo orgullo. Nacido en Mendoza, el 15 de julio de 1857, quedó huérfano desde la primera edad y forjó su vida con admirable esfuerzo de trabajo y de estudio; de poco le valieran esas cualidades, para ser quien fue y pensar como pensó, sin otras menos frecuentes y más recomendables: el culto sistemático de la libertad, un sincero sentimiento de la democracia, el horror de las supersticiones, el desdén por los adelantamientos mundanos que tuvieran por condición renunciar a la más simple minucia de su personalidad moral.⁵⁶

Sin embargo, cabe aclarar que la función de la biografía –al menos, en la concepción del género que se infiere de los textos que analizamos aquí– no se agota en su empleo celebratorio o moralizante. Al igual que ocurre en el caso de Sarmiento, también es la clave de acceso a la historia, pues permite poner en relación las *genialidades* individuales con las condiciones que las han hecho posibles. Esto se condice totalmente con lo informado por Gregorio Bermann, acerca del plan biográfico que Ingenieros tenía para explicar el desarrollo de la ciencia contemporánea:

...Después de publicado [su estudio sobre Le Dantec] oíle el propósito de realizar estudios paralelos sobre el matemático Poincaré y un físico, no recuerdo si Mach, más probablemente Ostwald, es decir, abarcando tres de los más eminentes cultores de las matemáticas, física y biología contemporánea, de los grupos de ciencias

55 Federico Córdova, “El pensamiento de Juan Montalvo”, *RF*, VIII, 5 (1922): 245.

56 José Ingenieros, “Un moralista argentino”, *RF*, II, 6 (1916): 465.

sobre las cuales, conforme vimos, descansa la filosofía científica.⁵⁷

La fundamentación de este plan radicaba en que, para Ingenieros, la historia de los saberes, como la filosofía, debía reescribirse “a base de la biografía y de la historia exactamente interpretadas” (Bermann, 1926, 136, nota al pie). Son visibles en este proyecto los ecos de Carlyle y de la historiografía dominante a fines del siglo XIX, de cuño positivista. Un ejemplo claro es *La evolución de las ideas argentinas*, donde Ingenieros reduce varios procesos históricos a las biografías de ciertas personas y explica, por ejemplo, el surgimiento del poder económico y político de Rosas como un enfrentamiento entre los “señores feudales” de la campaña bonaerense, particularmente entre el mismo Rosas y Francisco Ramos Mejía.

Otro rasgo que merece la pena observarse, es la cuota de autorreferencia que hay en gran parte de estos textos. Desde luego, el hecho de que muchos hayan sido homenajes de tipo académico o profesional – por ejemplo, discursos en la ceremonia de ingreso de miembros de academias científicas – hace que biógrafo y biografiado compartan, muchas veces, un campo de especialidad disciplinaria que torna las descripciones un tanto especulares. Esto se incrementa cuando la relación entre el personaje retratado y el que escribe el artículo, nota necrológica o discurso es una relación de tipo maestro-discípulo. El procedimiento es muy notable en la conferencia sobre Ramos Mejía que Ingenieros brindó en el Ateneo de Estudiantes Universitarios luego de la muerte de su maestro en 1914 y que ya mencionamos páginas arriba. En ese discurso de homenaje póstumo, quedan en claro algunas cuestiones, como la extensión del elogio a la figura de su maestro a todo el colectivo de los médicos – al cual el mismo Ingenieros

57 Gregorio Bermann, “La filosofía de Ingenieros”, *RF*, XII, 1 (1926): 190-191. Ingenieros sólo llegó a escribir la primera de estas tres biografías científicas programadas.

pertenecía – y el desliz hacia la referencia de tipo autobiográfico que tiene lugar a la sombra de la biografía intelectual de Ramos Mejía. Respecto de los médicos, dice Ingenieros que conforman un grupo de profesionales que ha dado al país figuras significativas en la gestión pública y el pensamiento, como Argerich, Alcorta, Rawson, Muñiz, Wilde y el mismo Ramos, cuyo elogio inicial termina con una referencia a sí mismo, de modo que nuestro autor queda inscripto en esa biografía de un hombre ilustre en su carácter de discípulo: “un hado venturoso me dio [a Ramos Mejía] por amigo, consejero y maestro”.⁵⁸

Otra característica de interés en este corpus textual la encontramos, como ya adelantamos, en el peso asignado a la obra en el marco del relato de una vida: obviamente, por tratarse de biografías de sesgo intelectual y muchas veces académico, los avatares exteriores de la existencia parecen perder peso frente a la cadena de logros consistentes en descubrimientos, libros publicados, estudios o acciones de relevancia en el quehacer científico, como la fundación de cátedras, academias, museos, tesis de doctorado premiadas en el país y celebradas por “especialistas europeos”,⁵⁹ etc. Esto hace posible la identificación de la vida con la obra y permite, a su vez, leer la obra como reflejo de la personalidad.

Lo interesante de estas narraciones biográficas en la *RF* es que, más allá de que inevitablemente colaboran en el diseño de imágenes heroicas de los personajes biografiados, siempre expanden la mirada hacia el contexto social y cultural. Al insertarse la trayectoria del sujeto biografiado en el devenir ideológico y económico del orden social, se autoriza la interpretación del mismo acto de redactar una biografía como un gesto significativo, si se lo mira desde el contexto de enunciación del biógrafo. Es ilustrativa al respecto una anécdota

58 José Ingenieros, “La personalidad intelectual de José María Ramos Mejía (1849 – 1914)”, *RF*, II, 4 (1915): 103.

59 Eduardo Aguirre, “En la recepción de Horacio Damianovich”, *RF*, VI, 5 (1917): 224.

que cuenta Roberto Payró: Ingenieros departía con un científico que refutaba ciertas conclusiones, muy discutibles, de las investigaciones de Florentino Ameghino. El científico en cuestión invitó a su interlocutor a estudiar las piezas que componían la evidencia empírica de las teorías de Ameghino, a lo cual Ingenieros respondió: “No haré tal. Temo arribar a las mismas conclusiones negativas de usted...” (Payró, 1931, 108). De este modo, se evidencia la clase de *funcionalidad* asignada a ciertas figuras – en este caso, Ameghino – independientemente de la precisión de sus teorías científicas.

IV

Ministros del espíritu para una era secular

Los artículos y notas de la *Revista de Filosofía* centrados en la historia de vida de científicos, educadores y otras figuras intelectuales, ilustran un verdadero tópico de época: ya es sabido que, frente a lo que muchos veían como un igualitarismo mesocrático propiciado por la democracia, comenzó a privilegiarse la figura del héroe, una personalidad excepcional concebida al modo de Nietzsche, Ibsen, *Los hombres representativos* de Emerson y, sobre todo, Carlyle. Trasladado al terreno intelectual, el heroísmo daba cabida al concepto de genio.

Como ya señalamos, la heroicidad estaba definida, en gran medida, por la condición moral, una forma de superioridad que podía aparecer en sujetos dedicados al cultivo de las más diversas actividades. En palabras de Ingenieros: “Sólo el valor moral puede sostener a los que impenden la vida por su arte o por su doctrina, ascendiendo al heroísmo”.⁶⁰ Esta superioridad moral, aunada a la imaginación creadora, es la clave de bóveda de su definición de *genio*, pues: “Todo lo que lleva la marca del genio es obra de la imaginación, ya sea un capítulo del Quijote

60 José Ingenieros, *Las fuerzas morales* en Ingenieros, 1962, tomo VII, 21. Los textos que integran este libro y que Ingenieros califica de “sermones laicos”, fueron publicados en revistas estudiantiles y universitarias entre 1918 y 1923 y unificados en volumen para la edición de las obras completas de 1925. En adelante, *FM*. Haremos referencia al número de página de las citas entre paréntesis.

o un pararrayos de Franklin”.⁶¹ En ese sentido, el *idealista*, tal como lo define Ingenieros, tiene muchos puntos de contacto, por su lucha solitaria y a veces incomprendida contra los intereses creados, con cierta versión del artista modernista, el esteta cuyo *torremarfilismo* no es otra cosa que el necesario repliegue en el mundo interior para tomar distancia, como individualidad, de la masa o de las muchedumbres –noción asociada en nuestro autor a la de *mediocridad*–, mientras se eleva en la escala del idealismo moral en un proceso que la retórica de Ingenieros equipara con la ascensión mística:

...todo idealista es una viviente afirmación de individualismo, aunque persiga una quimera social: puede vivir para los demás, nunca de los demás. [...] los temperamentos idealistas [...] En sus ideales cifran su ventura suprema y su perpetua desdicha. En ellos caldean la pasión que anima su fe; ésta, al estrellarse contra la realidad social, puede parecer desprecio, aislamiento, misantropía: la clásica *torre de marfil* reprochada a cuantos se erizan al contacto de los obtusos. Diríase que de ellos dejó escrita una eterna imagen Teresa de Ávila: *Gusanos de seda somos, gusanillos que hilamos la seda de nuestras vidas y en el capullito de la seda nos encerramos para que el gusano muera y del capullo salga volando la mariposa.* (HM, 92, bastardilla del autor)

Marcando por el idealismo y el aristocratismo espiritual e individual, el *genio* es caracterizado por Ingenieros mediante tropos románticos que lo asocian con las indomables fuerzas naturales:

...Por singular coincidencia ambos [Sarmiento y Ameghino] fueron maestros de escuela, autodidactos,

61 José Ingenieros, *El hombre mediocre* en Ingenieros, 1962, tomo VII, 199. Este libro fue editado en forma completa en 1913, aunque algunos de sus capítulos habían sido publicados inicialmente en los *Archivos*, en 1911. En adelante, HM.

sin título universitario, formados fuera de la urbe metropolitana, en contacto inmediato con la naturaleza, ajenos a todos los alambicamientos exteriores de la mentira mundana, con las manos libres, la cabeza libre, el corazón libre, las alas libres. Diríase que el genio florece mejor en las regiones solitarias, acariciado por las tormentas, que son su atmósfera propia; se agosta en los invernáculos del Estado, en sus universidades domesticadas, en sus laboratorios bien rentados, en sus academias fósiles y en su funcionarismo jerárquico. [...] El genio nunca ha sido una institución oficial. (HM, 196)

Se escuchan en esta cita ecos de la teoría romántica del genio que había transformado la noción de *genio-maldición* en la del *genio conductor de hombres*, creador de orden y de unidad espiritual. Así, de ser un sujeto doliente, el genio –sobre todo el genio poético– había pasado a ser una conciencia fuerte y visionaria, cuya fe en el porvenir y el progreso había sustituido el pesimismo de los comienzos del romanticismo (Picard, 1987, 61). Obviamente, este ser extraordinario caía fuera de las posibilidades de exégesis natural, porque ya desde antes del *Sturm und Drang*, ideólogos como Johann Hamann habían propiciado una ampliación de los alcances de la palabra *genio*, aunque al precio de convertirlo en una facultad inexplicable, renuente a toda explicación racional (Béguin, 1978, 81). Por el contrario, el positivismo trataría de encontrar una interpretación en términos biológicos y sociales para el surgimiento del *genio*, rechazando las concepciones de la creación poética y del descubrimiento científico como “un acto espontáneo inefable, presidido por una divinidad esquiva y caprichosa”.⁶² Una de las teorías de mayor difusión era, por supuesto, la lombrosiana, que asociaba genio y locura y que Ingenieros refuta en estos términos:

62 Narciso Laclau, “La enseñanza y la investigación”, *RF*, XX, 4 (1924): 40.

...No entremos aquí a discutir las relaciones entre el genio y la locura; para Lombroso son de causalidad, para nosotros de coexistencia. Recordando que muchos hombres geniales fueron considerados por su ambiente como locos, preferimos juzgar a los genios por sus doctrinas, como si hubieran sido normales, aunque algunos de ellos no lo fueron. (*SL*, 133)

En este punto, Ingenieros se opone también a su maestro Ramos Mejía, quien sostenía, siguiendo a Lombroso: “la [idea] de que casi todos los hombres superiores están llenos de manías o son notoriamente neurópatas, no es nueva, y [...] lejos de ser una quimera, es una aserción muy discutida y que tiende a tomar un lugar definitivo en la ciencia” (Ramos Mejía, 1936, 115). Además, nuestro autor señala que no son sólo factores biológicos los que explican el surgimiento de la personalidad genial, sino también las necesarias condiciones históricas y sociales:

La exégesis del genio sería enigmática si se limitara a estudiar la biología de los hombres geniales. Esta sólo revela algunos resortes de su aptitud y no siempre evidentes. Algunos pesquisan sus antepasados, remontando si pueden en los siglos, por muchas generaciones, hasta apelmazar un puñado de locos y degenerados, como si en la conjunción de los siete pecados capitales pudiera estallar la chispa que enciende el Ideal de una época. Eso es convertir en doctrina una superchería, dar visos de ciencia a falaces sofismas. Ni, por esto, veremos en ellos simples productos del medio, olvidando sus singulares atributos. Ni lo uno ni lo otro. Si tal hombre nace en tal clima y llega en tal hora oportuna, su aptitud preexistente, apropiada entrambos, se desenvuelve hasta la genialidad.

El genio es una fuerza que actúa en función del medio.
(*HM*, 191)

En consecuencia, la noción de *genio* imperante en Ingenieros procura ajustarse a una explicación científica, sin caer en el

lugar común de la identificación genio / locura. Una muestra de su posición al respecto es el episodio suscitado a raíz de una carta que Macedonio Fernández envió a los *Archivos*, proponiendo estudiar el controvertido “problema del Genio” a partir de esta premisa:

Como punto de arranque podría por mi parte formular esta pregunta, a la cual yo, individualmente, anticiparía una respuesta negativa:

¿La ciencia contemporánea, o más correctamente, la tendencia imperante a estudiar fisiológicamente el espíritu ha dado algún paso en el esclarecimiento del problema del Genio?

Yo encarecería las ventajas de estudiar *espiritualmente* el espíritu, de hacer psicología psicológica (permítaseme la designación) en lo principal, sin perjuicio de utilizar las informaciones de la fisiología.⁶³

La revista –léase Ingenieros– contestó al pie de la misma página en un tono desafiante: “Los *Archivos* acogen con simpatía la idea del Dr. Fernández. Esperan que él mismo inicie tan interesante controversia demostrando la tesis antifisiológica que sustenta; puede estar cierto de que no le faltarán adversarios”. El surgimiento del genio como una conjunción de factores naturales, históricos y psicológicos –conjunción feliz pero no sobrenatural o inexplicable–, queda ilustrado en el siguiente fragmento, en que Ingenieros pretende fundamentar la *genialidad* de Ameghino:

Tenía que ser un genio argentino, porque ningún otro punto de la superficie terrestre contiene una fauna fósil comparable a la nuestra; tenía que ser en nuestro siglo, porque otrora le habría faltado el asidero de las doctrinas evolucionistas que le sirven de fundamento; no podía ser antes de ahora, porque el clima intelectual

63 Dr. Macedonio Fernández, “El problema del genio. Planteando una controversia”, *Archivos*, I (1902): 110.

del país no fue propicio a ello hasta que lo fecundó el apostolado de Sarmiento; y tenía que ser Ameghino, y ningún otro hombre de su tiempo. ¿Cuál otro reunía en tan alto grado su aptitud para la observación y el análisis, su capacidad para la síntesis y la hipótesis, su resistencia para el enorme esfuerzo prolongado durante tantos años, su desinterés por todas las vanidades que hacen del hombre un funcionario, pero matan al pensador? (*HM*, 196)

El genio, entonces, es para Ingenieros una figura heroica, un adelantado del progreso. Así queda claramente explicado en la *RF*, cuando se anuncia la visita de Einstein a la Argentina:

Ha pisado tierra argentina la más alta figura científica de nuestros días.

[...] Más que en el resultado inmediato de sus hipótesis, la marca del genio se conoce en la perennidad de su influencia. No importa que la experiencia ulterior lo rectifique en parte o lo corrija totalmente. Algo hay por encima de las comprobaciones: señalar un rumbo hacia la verdad.⁶⁴

Ese rumbo hacia la verdad que, según vimos, es el que orienta las *vidas ejemplares* de los hombres biografiados en la *RF*, es, a su vez, lo que Ingenieros estima como el más alto ideal sin el cual –dice– la vida no merece ser vivida. En un pasaje de *El hombre mediocre*, propone una doctrina de la vida que, sintomáticamente, se traduce en la posibilidad de articular una biografía significativa. En sus propias palabras, “aunque los hombres carecemos de misión trascendental sobre la tierra, en cuya superficie vivimos tan naturalmente como la rosa y el gusano”, sólo valen la pena las vidas desarrolladas al servicio de un ideal de perfección. Ese ideal, que inspira la trabajosa paciencia del *genio*, le ofrece a cambio, gracias al servicio prestado a la humanidad, una versión laica de la inmortalidad

64 La Dirección, “Alberto Einstein”, *RF*, XI, 3 (1925): 321.

porque, después de todo, “[l]as existencias vegetativas no tienen *biografía*: en la historia de su sociedad sólo vive el que deja rastros en las cosas o en los espíritus” (HM, 101. Bastardillas nuestras).

Por lo reseñado hasta aquí, parece evidente que en la *RF* y en otros textos de Ingenieros se construye una imagen pública de la ciencia en la que parecen tener menos peso las doctrinas o teorías científicas en sí mismas que la representación de un *habitus* particular,⁶⁵ el del intelectual en sus versiones de educador y/o científico, que funciona como un punto de articulación entre la superioridad intelectual, lo que en lenguaje de época se llamaba el “genio creador”, la altura moral que le confiere a algunos de esos personajes – casi todos – el dedicarse a actividades consideradas *desinteresadas* porque no reportaban beneficios políticos o económicos y, asociada con lo anterior, una ética del trabajo y del estudio. Algo de esto puede verse en

65 Al decir de Pierre Bourdieu, “Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen *habitus*, sistemas de *disposiciones* duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente *reguladas* y *regulares* sin ser el producto de la obediencia a reglas, y, a la vez que todo esto, colectivamente orquestada sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta.” Bourdieu señala la existencia de *habitus* homólogos, por ejemplo, “los que constituyen la unidad del estilo de vida de un grupo o de una clase” como una de las posibilidades para explicar la génesis de obras o prácticas que, vistas retrospectivamente, exhiben una unidad de sentido que parece derivarse de una “esencia” original. Eso no es más que una “ilusión retrospectiva”, explicable por los condicionamientos en cuyo universo de posibilidades se mueven las prácticas posibles para un cierto *habitus*. Entre esas ilusiones retrospectivas se encuentra la lectura de las huellas de una vida, los acontecimientos de una biografía, como “anunciadores de la significación final” que “transforma retroactivamente los diferentes momentos de la serie temporal en simples bosquejos preparatorios”. Es asimismo en virtud del *habitus* que “los agentes participan de la historia objetivada en las instituciones” (Bourdieu, 1991, 92 – ss).

la valoración que hace Ingenieros de la vida de Ramos Mejía, cuyo valor ejemplar queda sintetizado en estos términos:

Los hombres que sobreponen el amor a la cultura al afán del enriquecimiento tumultuoso, son exóticos en nuestro medio actual, pero deben servir como ejemplos y como símbolos. Ellos representan el esfuerzo desinteresado y perseverante de la inteligencia aplicada a las cosas que no dan dinero ni proporcionan los placeres sensuales ambicionados por los que toman la vida intelectual como un negocio exclusivamente y no como una misión, como una fuente de riquezas más que como un sacerdocio destinado al sacrificio y a menudo a la pobreza augusta de la antigua sabiduría.⁶⁶

Este desplazamiento desde la reseña de logros disciplinarios específicos a la figura integral de una personalidad regida por un patrón de virtud moral, permite hablar, aunque metafóricamente, del sentido hagiográfico que resulta de la exaltación de una figura al historiar la vida de estos científicos (Podgorny, 1997, 38). Claro que esa clase de construcción bio/hagiográfica es posible porque esas vidas narradas son, de algún modo, sometidas a operaciones de selección e incluso de cierto despojamiento de las variables que hacen a las condiciones materiales y sociales en que se desempeña la tarea científica, mucha veces obliteradas en esas narraciones, excepto, quizás, en aquellos casos en que se exhibe la *carencia* como el lugar desde donde se construye el *mérito*. Un ejemplo notable de lo antedicho es la construcción de la figura del ya mencionado Florentino Ameghino como un modesto librero que desarrollaba un trabajo científico solitario y tan paciente como genial, una imagen del naturalista que le debió mucho a los artículos publicados en la *RF*, por autores como Víctor Mercante – maestro, formado en la escuela de Paraná, cuyos museos escolares había elogiado el mismo Ameghino – o

66 José Ingenieros, “La personalidad intelectual de José María Ramos Mejía (1849 – 1914)”, *RF*, II, 4 (1915): 157.

Rodolfo Senet – de la escuela de Dolores. No resulta difícil coincidir con Irina Podgorny cuando afirma que “Estos maestros de provincias se imaginaron a sí mismos [al retratar a Ameghino]: solos, aislados, con bibliotecas fragmentarias, no podían vislumbrar las redes de intrigas políticas en las que Ameghino participaba” (Podgorny, 1997, 42). En la misma línea, el discurso de Ernesto Quesada, en la recepción de Alejandro Korn en la Academia de Filosofía y Letras, comienza con un elogio al recientemente desaparecido secretario Juan B. Ambrosetti, “tipo acabado del sabio modesto, del trabajador infatigable y del hombre bondadoso”.⁶⁷ También hablando de Ambrosetti, dice Salvador Debenedetti:

...¡Curiosa coincidencia! Ambrosetti inició su carrera científica donando a un Museo su naciente colección y cerró el ciclo de su vida donando también, pocos días antes de su muerte, su valiosa colección etnográfica y arqueológica al Museo de la Facultad de Filosofía y Letras. Así la vida de este hombre comienza y termina con actos de ejemplar desprendimiento.⁶⁸

Esta construcción de una figura edificante, ejemplar, tiene su correlato en la proliferación de un léxico de connotaciones religiosas que no podemos pasar por alto en nuestra reflexión: refiriéndose a Francisco Giner de los Ríos, en la nota necrológica que le dedica la revista y que ya mencionamos, se habla de su “apostolado cultural”, mientras se destacan simultáneamente “la modernidad de sus tendencias” y “la práctica severa de la virtud”.⁶⁹ En el pasaje ya citado sobre Ramos Mejía, Ingenieros hace referencia a una “misión”, a un “sacerdocio destinado al sacrificio y a menudo a la pobreza

67 Ernesto Quesada, “Discurso en la recepción de Alejandro Korn”, *RF*, VI, 5 (1917): 190.

68 Salvador Debenedetti, “Ambrosetti y su obra científica”, *RF*, VI, 5 (1917): 241 – 242.

69 J. I., “Don Francisco Giner de los Ríos. Falleció en Madrid el 18 de febrero de 1915”, *RF*, I, 2 (1915): 371.

augusta de la antigua sabiduría”.⁷⁰ También, en el discurso pronunciado por quien era entonces presidente de la Sociedad Científica Argentina, Nicolás Besio Moreno, en el cuarto aniversario de la muerte de Ameghino, se convoca “al espíritu público nacional” a “recibir el sagrado depósito de este nombre”.⁷¹ Pasajes como éstos nos alertan sobre cuánto sobrevive, en la construcción de estas historias de vida, de la tradición hagiográfica que nutrió al moderno género biográfico, sobre todo por la valoración positiva de dedicar la existencia a una tarea noble y superior –la santidad en la cultura cristiana, la ciencia en estos argentinos modernos– e incluso la imprescindible ejemplaridad moral, que ya aparecía en tantas biografías moralizantes del siglo XVIII. Esto es, a su vez, un efecto paradójico del proceso de secularización: un ejemplo más de esa sacralización del mundo o de lo profano, del desplazamiento del objeto de la fe, que se ha desviado de la esfera religiosa para convertirse en la “fe en el progreso, fe en la ciencia y en la técnica, fe en la racionalización” (Foffani, 2010, 19).

Quizás como una marca de esa heterogeneidad consustancial a la clase de proyectos intelectuales que son las revistas, proyectos colectivos y en los que, al decir de María Teresa Gramuglio, conviven siempre líneas en tensión (1999, 259), encontramos en la misma *RF* una reflexión metadiscursiva acerca de esta cuestión, introducida mediante el mecanismo de la cita. En la sección de “Análisis de libros y revistas” del primer volumen, se reproducen pasajes de un escrito de Juan Chiabra, publicado inicialmente en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* y en el cual su autor defiende la necesidad de establecer facultades de ciencias de la educación. El pasaje que citaremos a continuación pone al desnudo la

70 José Ingenieros, “La personalidad intelectual de José María Ramos Mejía (1849 – 1914)”, *RF*, II, 4 (1915): 157.

71 Nicolás Besio Moreno, “Florentino Ameghino y la verdad científica”, *RF*, II, 5 (1915): 243.

transposición léxica de lo sagrado a lo profano que señalamos como una estrategia de los afanes secularizadores de la revista:

...No basta robar algunas palabras a la antigua religión; no basta decir *religión del deber, religión civil, apostolado, misión, sacrificio, martirio, fe política*. Es menester despertar, en la educación científica popular, aquel sentimiento de rectitud que es incorruptible en el fondo del hombre, especialmente del pueblo, y que ahora se halla ofuscado por prejuicios, decepciones, amarguras, miserias, ejemplos tristes que vienen de lo alto. [...] ⁷²

En este punto, nos resulta inevitable observar que los estudiosos de la historia de la escritura biográfica han señalado cómo, en las tempranas formas del género, es decir, en el paso de la biografía pagana a la cristiana, se había modificado el concepto de *virtú* y, con ello, habían variado los temas a tratar (Calderone, 1982). Pareciera que un proceso de signo inverso está ocurriendo en el momento en que escriben Ingenieros y los colaboradores de la *RF*, puesto que se trata de narrar la historia vital de los hombres de ciencia – vidas eminentemente masculinas, digámoslo de paso – adjudicándoles rasgos propios de lo que podríamos considerar una versión secularizada de lo que otrora habían sido los sacerdotes, mártires y otras categorías afines.

En definitiva, se trata de una nueva modulación en la imagen del intelectual, la del ministro del espíritu en la modernidad. Para comprender mejor esta concepción casi hagiográfica de la biografía de los intelectuales-científicos, tal vez habría que remontarse al siglo XVIII, cuando la Academia Francesa comenzó a proponer, entre los temas para sus concursos, el elogio de los grandes hombres, uno de los ejes de la educación en la era de la Ilustración, heredado luego por el romanticismo. Estos *elogios* tenían la peculiaridad de substituir la figura del santo

72 “Análisis de libros y revistas”, *RF*, I, 1 (1915): 172.

por personajes laicos (Bénichou, 1999, 29), aunque pervivía el sentido moral atribuido a su rol.⁷³ Por otro lado, cabe señalar que las biografías de los hombres de ciencia proliferaron coetáneamente al incremento de las biografías y autobiografías con que los artistas crearon versiones literarias de sus *vidas de escritor*, una manifestación más de la institucionalización y autonomización de la práctica literaria, de orígenes románticos y llevada al extremo en movimientos como el modernismo, pródigo en diseñar *ideologías de artista* (Nouzeilles, 1997, 159).⁷⁴ Eso queda ilustrado, por ejemplo, en el caso tragicómico del joven que mencionamos en apartados anteriores, seducido por la fama de Verlaine y Oscar Wilde y que consideraba que la imagen de su *vida* era tanto o más importante que su *obra* para convertirse en una celebridad literaria.

Sintetizando, se ofrece en estas semblanzas incluidas en la *RF*, una imagen moralmente modélica pero propia de la modernidad –no la de un santo al estilo medieval o algo semejante–, y las biografías de estos *hombres representativos* de un ansiado florecimiento científico argentino, heroicizados en un registro monocorde, otorgan un medio para alcanzarlo, aunque no haya sido el único posible –Rubén Darío, por cierto, también pretendía hallar lo *heroico* en la vida moderna y lo había encontrado en la resistencia de la *forma* con que los poetas se enfren-

73 Además del caso francés, esta modulación en la tradición del *elogio* también se produjo en la cultura italiana, tan significativa para Ingenieros. El sesgo laicista, modernizador y nacionalista, que adoptaron los modos de la biografía y el elogio académico franceses al ser difundidos en la Italia del ochocientos, tiene un notable ejemplo en las palabras con que, en 1781, el ex-jesuita Giovanni Battista Roberti se negaba a escribir un elogio fúnebre dedicado a la figura de una piadosa princesa napolitana: “[L’elogio,] sublime composizione oratoria, non è per gli eroi dell’Evangelio, ma è consecrata agli eroi del patriotismo, agl’inventori nelle arti, agli scopritori nelle scienze, ai promotori del commercio, ai soldati, ai letterati, ma non mai ai santi” (Dionisotti, 1981, 421). Para una aproximación a otras estrategias de secularización en textos de Ingenieros, remitimos a Fernández 2013 c.

74 Véase también Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” en Altamirano y Sarlo, 1997, 167-168.

taban, desde la palabra, a ese mismo mundo moderno.⁷⁵ Pero está claro que para Ingenieros y el núcleo de colaboradores de la *RF*, es la ciencia, como saber y como práctica, la que puede ofrecer una plataforma cognitiva y moral apta para lidiar con los conflictos propios de la modernidad. Enfrentándose a las voces que consideraban que el desarrollo tecnológico había causado o, al menos, posibilitado, la tragedia de la guerra del 14, en la *RF* se presenta una visión de la ciencia como una actividad pacifista y moralmente educadora: “Conmemorar a un hombre de ciencia es clavar una bandera de paz en la historia. Nunca tan necesitados, como ahora, de amor”.⁷⁶

En líneas generales, puede decirse que la visión de la ciencia y los científicos en la *RF* es tributaria de ese proceso que, hacia el fin del siglo XIX, había convertido al hombre de ciencia en el genuino intérprete del devenir natural y social. Tal como lo explica Adriana Rodríguez Pésico,

...Desde campos más o menos específicos, aunque todavía de límites lábiles, el *sabio* traza los destinos comunitarios en el campo de la política, la fisiología y la sociedad. La construcción de esta figura supone procesos de despojamiento de rasgos humanos y su reemplazo por un relato hagiográfico, aunque actualizado con los postulados de la ciencia y tamizado por principios laicos y doctrinas liberales o socialistas. (Rodríguez Pésico, 2001, 238)

En resumidas cuentas, el científico, tal como es configurado en estas biografías, hereda en gran medida rasgos del escritor romántico que se habían convertido en *biografemas* del intelectual moderno desde lo que Paul Bènichou caracterizó como la “consagración del escritor”, producida gracias a la

75 Según leemos en las notas, también necrológicas, que publicó en *La Nación* y que pasaron a conformar gran parte del volumen *Los raros* (Darío, 1994, 21).

76 Víctor Mercante, “Los valores morales de Ameghino”, *RF*, VI, 6 (1917): 351.

secularización del orden social y la relativa autonomía de la esfera estética: Víctor Hugo era el ejemplo máximo de ese sacerdocio de un poder espiritual y laico que dignificaba la tarea literaria y le otorgaba una misión social. De ahí la vinculación entre poesía y utopías políticas, y la solidaridad entre modernismo y anarquismo, por ejemplo (Gramuglio, 1994; Rama, 1984, 111). Pero, como lo adelantamos, por influencia del positivismo, ese poder intelectual y la misión social correspondiente se desplazaron del *artista* al *científico*, aunque siempre manteniendo su actitud crítica y neutral respecto del poder, lo cual no era obstáculo para que pudiese dialogar con él gracias a su *saber* (Terán 1987, 1993 y 2000). Así, al menos, lo explica Françoise Perus,

...las funciones mismas de *hombres de letras* y *hombre público* parecían ir separándose. En todo caso, ya no bastaba con ser un escritor o pensador de prestigio para tener acceso, de manera casi automática, al pináculo de las funciones políticas. Era como si de repente el *progreso* requiriese mucho más *científicos* y *hombres positivos*, que escritores o artistas de renombre. En comparación con las perspectivas anteriores, estos últimos quedan pues *relegados*. (Perus, 1992, 40. Bastardilla de la autora)

Disputando con los intelectuales literarios el rol de *hombres públicos*, los científicos asumieron una suerte de función ideologizante en sintonía con la modernización. Pero cuánto le debía esta imagen *heroica* del hombre de ciencia a modalidades anteriores del liderazgo intelectual y moral es algo que apenas podemos vislumbrar en una declaración que Ingenieros le hace a su amigo Antonio Monteavaro en una carta que le remite desde Europa en 1912, tres años antes de fundar la *RF*:

Estoy en el camino de Damasco. Atravieso por una crisis de idealismo romántico cuyo desenlace para mi personalidad intelectual no sé prever. Lo único que me pesa es la edad, irreparable; el alma se me ha

regenerado totalmente. Ahora, ¿lo creerías?, me gustaría ser un apóstol o un santo de algún ideal...⁷⁷

Vemos, en consecuencia, cómo la finalidad de los artículos de la *RF* dedicados a biografiar personajes de la cultura – generalmente científicos– responde a la doble funcionalidad que se le asigna a la ciencia: el ser, por un lado, el medio más cierto de conocimiento del mundo y, por otro, la de ejemplificar, mediante la vida de los científicos, un repertorio de valores éticos que Ingenieros y varios colaboradores de la *RF* consideran necesarios y deseables para el desarrollo de una ciudadanía argentina moderna. Esta *misión* asignada a la tarea científica es tributaria de una operación biográfica de simplificación, que procura homologar *la vida* del hombre de ciencia con su *obra*, lo cual permite la construcción de linajes en torno de la herencia intelectual así como la unificación de las *vocaciones* individuales en una obra colectiva de edificación de la patria, proyecto que requiere la fijación de una suerte de panteón de *próceres* modernos y laicos que, como Florentino Ameghino, encarnan cierto carácter *heroico* en su incansable peregrinación, presentada en tono casi hagiográfico, en pos de la *verdad*.

77 Carta de Ingenieros a Antonio Monteavaro, fechada en Montreaux, 12/3/1912 y citada en Anibal Ponce, “Para una historia de Ingenieros”, *RF*, XII, 1 (1926): 39.

V

La biografía de un héroe... inaceptable.

Entre las cuestiones de índole biográfica que tentaron la pluma de Ingenieros, merece un apartado especial el *caso* de Juan Moreira, en el que Ingenieros se desplaza desde la ficción al documento y viceversa.

Recordemos que el *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez fue publicado inicialmente como folletín en *La Patria Argentina*, entre noviembre de 1879 y enero de 1880. En 1884, los hermanos Carlo, que tenían su espectáculo en el Politeama Argentino, lo llevaron al circo. En esa época, era habitual que el programa circense concluyese con una pantomima y para ello, los Carlo le pidieron a Eduardo Gutiérrez que transformara en pantomima su *Juan Moreira* y, como necesitaban a alguien que encarnase la figura protagónica, con el estilo de un gaucho, y que pudiese reproducir el lenguaje que la convención literaria ya le había atribuido, contrataron a José J. Podestá, payaso de la *troupe* circense de Cándido Herranz. Podestá representaba en el Circo Humberto I el papel del payaso *Pepino el 88*, con el cual había adquirido una rápida celebridad gracias a la introducción de recursos innovadores en su papel clownesco: los cantos y modales del criollo orillero y del carrero compadre. Fue así como Juan Moreira amplió su horizonte, pasando del folletín al circo criollo, y ganó la adhesión popular por su actitud rebelde y generosa, como lo ilustra el caso de un incauto espectador que saltó a la arena del circo para defenderlo del acoso de las ficticias partidas policiales que lo perseguían. Su primera representación *hablada* tuvo lugar en un circo de

Chivilcoy en 1886, también protagonizada por José Podestá, siguiendo esta vez un libreto inspirado en las líneas de acción de la novela, pero elaborado por el propio Podestá y sin intervención de Gutiérrez, diferenciándose así del texto original. Paulatinamente, la obra incluyó nuevos cuadros, otra música –la del pericón de la ópera criolla *Por María*– y otros personajes, como el mercachifle napolitano Cocoliche. La historia de Juan Moreira alcanzó asimismo su versión lírica, la ópera *Pampa*, de Arturo Berutti y Guido Borra, estrenada en 1897. Juan Moreira pasó además al sainete criollo, al universo radiofónico y, con bastante prontitud, al cine, pues la primera de las películas sobre este personaje fue filmada en 1913, dirigida por Mario Gallo e interpretada por Enrique Muiño (Larra, 1938, 148; Ludmer, 1994; Ludmer, 1999, 264, nota 3; Bonatti, 1978). Como señala Adolfo Prieto, para los receptores contemporáneos folletín / novela / drama conformaron un *continuum* que subsumió las distintas versiones literarias y dramáticas en un mismo fenómeno de recepción (Prieto, 1988, 60).

Respecto de Ingenieros, es fácil entender, dada su posición ideológica, lo cuestionable que resultaba para él este éxito masivo de Juan Moreira, por lo cual se esforzaría en desactivar una ética propugnada por el personaje y que juzgaba inaceptable. Buscando desacreditar esta creación literaria y sus efectos ideológicos y sociales, retrocedió hasta lo que consideraba el origen del problema: la biografía del personaje histórico. Esto le resultaba posible porque el folletín de Gutiérrez estaba escrito como una biografía contada por un periodista, lo que propiciaba ese pacto de lectura realista en el que Ingenieros se apoyaría para desacreditar al personaje literario. Como se ha señalado, la tradición literaria de la gauchesca siempre jugó con la dimensión biográfica, al punto de que el mismo *Martín Fierro* se presenta como una autobiografía oral del personaje (Ludmer, 1988, 111 – ss). Ahora bien, si los lectores / espectadores consumían el espectáculo dramático y el folletín –y, eventualmente, la ópera– como variantes de un mismo relato, Ingenieros agregó otros materiales para construir una versión diferente: los registros policíacos de las andanzas de Juan Moreira. Con ellos procuró

poner de relieve lo que veía como una falacia biográfica y denunciar cómo en el seno de instituciones modernas —el periodismo, la novela— había tenido lugar el nacimiento de una figura tan mitológica como retrógrada, si se la miraba desde los términos en que él estaba tratando de diseñar *la cultura argentina*.⁷⁸

Su preocupación era explicable porque para Ingenieros el periodismo era un discurso digno de cierta consideración: aunque no enteramente confiable, incluso exagerado o tendencioso ideológicamente, podía entrar en diálogo con la historiografía como una fuente que no debía despreciarse sin análisis. Por eso dice, en el libro *La locura en la Argentina*, hablando de la locura en la época de Rosas, que

Es verosímil que algunas personas sufrieran locuras
emotivas durante la tiranía [de Rosas]; cierta parte de la

78 Es constante, en el *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, la referencia a los testimonios y documentos que sostienen la veracidad de lo narrado. Así, el narrador hace frecuentes alusiones a sus fuentes de información: “Hemos hablado con los empleados de policía que han combatido con Moreira, inválidos todos”; “un hecho que no nos atreveríamos a narrar, si el señor Nicolás González, juez de paz en aquella época, no pudiera atestiguar este hecho novelesco, digno de los espíritus fuertes que figuraron en la Edad Media”, “Nos dice el asesino aquel [atrapado por Moreira], con quien hemos hablado sobre este incidente”, “episodio que nos ha sido relatado por el mismo protagonista [Moreira]”. Hasta el mismo Gutiérrez confiesa estar haciendo la “biografía” de Moreira y a tal punto se pone en juego la convención de veracidad en la narración periodístico-folletinesca que en una oportunidad, Gutiérrez, que publicaba en *La Patria Argentina* —diario mitrista, de oposición pero enmarcado en la corriente liberal dominante—, desafió a *El Nacional* para que desmintiera, si podía, los hechos por él narrados (Gutiérrez, 2006, I, 53 y 175; II, 116, 175 y 136). En cuanto a la documentación que menciona Ingenieros, Enrique García Velloso asegura haber compulsado los documentos de los procesos abiertos por la justicia bonaerense contra Moreira, gracias a que Ingenieros los había hecho copiar en el archivo de los tribunales de Mercedes. Según García Velloso, la obra de Gutiérrez no se ajusta a esos partes oficiales, excepto en lo concerniente al enfrentamiento final entre Moreira y la policía en el prostíbulo “La Estrella” (Enrique García Velloso. *Memorias de un hombre de teatro*. Bs. As., EUDEBA, 1960, 117, cit. en Ludmer 1999, 281).

verdad debe reconocerse a los relatos de Rivera Indarte, José Mármol y Eduardo Gutiérrez, aunque su carácter periodístico los coloca al margen de la historia propiamente dicha [...] [LA, 219]⁷⁹

En una conferencia pronunciada en 1910, cuyo resumen fue publicado en los *Anales de Psicología*, que él mismo dirigía, Ingenieros arremetió contra ese Juan Moreira que había nacido en las páginas de un periódico y que había devenido en un héroe popular:

El autor refirió las conclusiones de sus estudios sobre la personalidad legendaria de Juan Moreira, a cuyo efecto ha logrado reunir los diversos procesos criminales a que dieron lugar sus delitos.

Señaló primero las características psicológicas del Moreira creado por el novelista Gutiérrez y trasladado con tanto éxito al teatro. Recordó que el doctor Juan Agustín García ha señalado como caracteres del alma argentina en formación, el culto del coraje, el sentimiento de rebelión a las autoridades y la creencia nacionalista, traducida por un intenso criollismo. El Moreira de Gutiérrez respondía estrictamente a esos tres rasgos de la mentalidad popular, y ello explica la aceptación simbólica de su tipo como fiel exponente del alma popular.

El Dr. Ingenieros, con documentos en la mano, se propuso demostrar que la psicología del famoso criminal era bien distinta. Su filiación física lo muestra como un sujeto picado de viruelas, de ojos claros y mediana estatura; nunca llevó barba y el día de su muerte usaba pantalón. Era, de oficio, vago y mal entretenido. Sus numerosos asesinatos fueron alevosos y cobardes, muchos de ellos sin más fin que robar. Lejos de ser un rebelde a la autoridad, era mantenido

79 En la nota al pie nº 13, Ingenieros aclara que muchos de los locos que estaban en el Hospital de Hombres y que él mismo conoció, habían perdido el juicio en aquella época, lo cual convalidaba, en líneas generales, la opinión de Ramos Mejía al respecto.

por el comisario, el juez de paz, el alcalde y el comandante de guardias nacionales de Navarro, quienes lo tenían a su servicio con fines electorales, lo mismo que a otros delincuentes notorios. Nunca se le conocieron amigos, sino cómplices. En su biografía no se registra una sola página amorosa, ni siquiera la de *Vicenta*. Era poco amigo de las diversiones lícitas, jamás cantó en las pulperías, fue ladrón en el juego, no tuvo sentimientos religiosos y careció por completo del sentimiento de la nacionalidad, a punto de traficar sus cualidades sanguinarias al mejor postor electoral.

En suma, fue un amoral congénito, es decir, un delincuente nato, con las características impresas al tipo por el ambiente gaucho.

Tal sujeto no es, pues, un exponente de las cualidades psicológicas del criollo, sino más bien su antítesis. Es funesto para nuestra moral colectiva el culto de semejante personaje. Y, en fin, sería preferible educar en el pueblo el culto del valor en formas menos atávicas; hay más valor en el maestro que enseña, en el trabajador que produce, en el sabio que estudia y en la mujer que sabe ser madre, que en la fiera humana solamente adiestrada para saciarse en la sangre de sus semejantes (Ingenieros, 1911, 149 – 150).⁸⁰

Conviene destacar, en este fragmento, el recurso a los “documentos” –los “procesos criminales” citados– como evidencia empírica para la reconstrucción biográfica, a falta del testimonio del sujeto típico de los casos clínicos y más cerca, esta vez, del trabajo de la biografía histórica. Así, Ingenieros no sólo desmitifica hechos de la biografía moreirista sino que desluce su imagen física y moral al decir que no cantaba, no amaba, no creía, era funcional a las modalidades delictivas de la

⁸⁰ Los *Anales* eran publicados en Buenos Aires por la Sociedad de Psicología. La portada de la revista informa que los textos de ese número son trabajos correspondientes a las actividades del año 1910, realizadas bajo la presidencia del Dr. José Ingenieros. Una nota al pie aclara que lo publicado es un resumen de la comunicación oral.

política, no tenía ideales ni adhesiones nacionalistas de ningún tipo. El resumen se cierra con un diagnóstico al estilo de un caso clínico: “amoral congénito” –sentencia Ingenieros–, “delincuente nato” adaptado al ambiente gaucho.

Sin embargo, su argumentación ofrece un punto débil, porque sostiene que el pueblo argentino no debe rendirle culto a ese personaje, aunque paradójicamente demuestra que el Juan Moreira al que se le rinde culto no es el mismo que él está biografiando. De hecho, pone en evidencia que el público había establecido una afinidad entre el Moreira novelesco y el alma nacional, pero ese personaje novelesco, tal como Ingenieros lo describe, era una suerte de *Robin Hood criollo*. Si el Juan Moreira histórico encarnaba una forma de valor atávico y era una “fiera humana”, el Juan Moreira que generaba adhesión popular estaba más cerca de Martín Fierro: un buen hombre que se había *desgraciado*, que había perdido su tierra y su mujer y que había tenido que pactar con el poder político para sobrevivir, aunque finalmente también fuese traicionado. En síntesis, lo que se pone de relieve en la comunicación de Ingenieros es la diferencia entre el Juan Moreira histórico y el novelesco, la escasa identificación entre ambos –“se propuso demostrar que la psicología del famoso criminal era bien distinta”– y por eso no resulta del todo claro por qué Ingenieros ataca al personaje literario, si es tan distinto del personaje histórico, que aborrece. ¿Cuál es, entonces, el problema verdadero que Ingenieros encuentra en la figura de Juan Moreira? ¿Qué tienen en común el Juan Moreira histórico y el novelesco? Una pista aparece al final del resumen de la conferencia: ninguno de los dos trabaja.

Al respecto, consideremos que Ingenieros, buen discípulo de Sarmiento,⁸¹ sigue pensando el proyecto de la tan deseada

81 Ya mencionamos con anterioridad el carácter modélico que adquirió Sarmiento, en muchos aspectos, para Ingenieros. En el discurso sobre Ramos Mejía, el mismo Ingenieros se encarga de señalar cómo Ramos Mejía, de quien se consideraba discípulo directo, era producto de la renovación cultural y educativa propiciada por el sanjuanino.

modernización del país bajo el esquema *civilización / barbarie*. Pero la barbarie que para Sarmiento estaba en el campo, enfrentada a la civilización urbana, ha cambiado de signo: el factor que deslinda lo bárbaro de lo civilizado es ahora la *producción*, puesta al servicio del *progreso*. Ya no hay barbarie en el campo, si éste sirve al desarrollo económico y social de la nación. En cada uno de esos ambientes puede haber civilización y barbarie: la marginalidad que ha ido creciendo a la sombra de los suburbios de Buenos Aires es tan bárbara como el gaucho delincuente, y la civilización y el progreso pueden verse favorecidos tanto en el campo como en la ciudad, siempre que se trabaje. En definitiva, lo que realmente parece preocupar a Ingenieros es una suerte de *solidaridad de barbaries* que se está produciendo, y entrevé en la figura de Juan Moreira un símbolo de la barbarie rural –un gaucho violento, atávico y no trabajador –alentado por el éxito obtenido frente a un público masivo, urbano, pero también regresivo en cuanto a sus gustos.⁸²

Para Ingenieros, cuyo pensamiento, como dijimos, heredó la forma de la dicotomía sarmientina, varias dualidades –moral/inmoral, normal/patológico– finalizan explicándose como variaciones de una dicotomía fundamental: productor/parásito (Marí, 1981, 59-60). En eso, continúa el pensamiento de quienes, como Max Nordau, consideraban la incapacidad para el trabajo como una marca o síntoma de la *degeneración*. Precisamente, Nordau desestimaba la estética de los simbolistas esgrimiendo un argumento *ad hominem*, cuando señalaba que ninguno de los simbolistas tenía oficio conocido, porque esos “degenerados” eran tan incapaces de cumplir con

82 Vale aclarar aquí que hay, indudablemente, un abismo entre el Juan Moreira del circo y el de la versión operística, vagamente inspirada en la novela, idealizada y focalizada en el amor a Vicenta y la tierra. Es obvio que para Ingenieros el problema se da con el circuito popular, signado por el “intenso criollismo” mencionado en el resumen.

una ocupación regular como del aprendizaje metódico.⁸³ Y en el contexto del alienismo rioplatense, ya desde el siglo XIX, en las instituciones manicomiales, la capacidad de trabajar se consideraba directamente proporcional al grado de cordura (Vezetti, 1985, 44-ss, 75-ss). Respecto de la cuestión de la productividad, sostiene Noé Jitrik que

...a partir del gobierno de Avellaneda [...] al gaucho se le plantea la transformación burguesa del país del mismo modo que al estanciero. El gaucho tiene dos caminos: adaptarse y convertirse en peón o la directa criminalidad. Literariamente, esos dos caminos están señalados por José Hernández en *La vuelta de Martín Fiero* y Eduardo Gutiérrez en *Juan Moreira*. [...] (Jitrik, 1980, 43)

El segundo camino es inaceptable para Ingenieros, y por eso Juan Moreira –tanto el histórico como el novelesco– atacan en el corazón su proyecto de construcción de la nacionalidad. Muy claramente lo expone en su *Sociología argentina* cuando, analizando la relación entre partidos políticos e intereses económicos, puntualiza que así como “el Partido Federal fue la expresión política de las oligarquías feudales, el Partido Autonomista Nacional –PAN– representó políticamente análogos intereses durante su evolución hacia el régimen agropecuario” y señala como base económica del predominio del PAN las provincias feudales y agropecuarias. Eso explica, según él, cómo Julio Roca, hombre “dotado de gran sentido de las realidades prácticas”, había ocupado la presidencia dos veces: al erigirse en portavoz y representar los intereses “de la gran masa de la producción nacional, esencialmente agropecuaria.”⁸⁴ Ingenieros afirma que el PAN se sostenía en el

83 En sus propias palabras: “none of the Symbolists had any known occupation. These *degenerates* are no more capable of regularly fulfilling any duty than they are of methodical learning” (Nordau, 1993, 102).

84 José Ingenieros, *Sociología Argentina* en Ingenieros, 1962, tomo VI, 41. La cita pertenece al capítulo “La evolución sociológica argentina” que integra la

poder porque sistematizaba los intereses de la clase económica agropecuaria, ideológicamente conservadora, que se oponía a los partidos metropolitanos, portavoces de la burguesía capitalista y liberal. Estos últimos, aunque ideológicamente eran progresistas, no tenían muy en claro los intereses que representaban ni ofrecían programas definidos. Para Ingenieros, la producción de la riqueza está en la base de cualquier conformación identitaria y esto le permite definir al nacionalismo como “un fenómeno natural”:

Esta situación de hecho [producción y defensa de la riqueza] engendra en los pueblos y en los gobiernos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente, como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso creemos que la creciente capacidad económica de la nacionalidad argentina lleva en sí los factores que producirán su unidad de espíritu y de ideales, como el esqueleto da forma al cuerpo y actitud a la persona. (SA, 47-48) ⁸⁵

En su lectura, evidentemente, la economía está en la base de la identificación ideológica. En relación con esto, cabe acotar que frente a la transformación, en la primera década del siglo XX,

primera parte, homónima. Este capítulo, núcleo primitivo de todo el libro, fue leído en el Congreso Científico Internacional de Montevideo, 1901, como “El determinismo económico en la evolución americana” y a su vez es una reescritura de trabajos previos: “Los sistemas de producción en la evolución de las sociedades humanas” (*La Montaña*, Bs. As., 1897 y *La Escuela Positiva*, Corrientes, 1898), “De la barbarie al capitalismo” (*L’Humanité Nouvelle*, París, 1898 y *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Bs. As., 1899); “Política e Socialismo nell’Argentina” (*¡Avanti!*, Roma, 1905); “Les causes économiques de l’évolution argentine” (*Le Mouvement Socialiste*, París, 1906); “La evolución política argentina y sus bases económicas” (*La España Moderna*, Madrid, 1906). De aquí en más, haremos referencia a este libro como SA.

85 La cita pertenece al subtítulo “La función de la nacionalidad argentina en el continente sudamericano”, incluido en 1910 en la tercera edición de *La Evolución Sociológica Argentina* [1901]. Este capítulo se publicó en forma no autorizada por el autor en 1913, con el título *De la barbarie al imperialismo*.

de la imagen del inmigrante –que tras ser concebido inicialmente como agente de la prosperidad nacional pasó a ser visto como factor potencialmente antinacional e, incluso, antisocial, por sus vinculaciones con el anarquismo–, el gaucho se había convertido en una figura que condensaba varias funciones culturales, entre ellas, la de no ser ya “tema de evocación nostálgico, sino elemento activo de identificación”,⁸⁶ en una operación propiciada por la élite de *viejos criollos*. Sin embargo, es evidente que no es ésa la posición de Ingenieros, quien no está contra la inmigración y no la considera disolvente de por sí. Simultáneamente, hubo un momento, difícil de establecer pero vinculado al Centenario, en que la nación dejó de verse como una entidad signada por la futuridad y el progreso, y pasó a ubicarse en algún lugar del pasado, asociada con la tradición (Espósito, 1997, 64 nota 15). En ese sentido, la mentalidad de Ingenieros parece estar ubicada todavía en los proyectos del siglo XIX: el gaucho, signado por la improductividad, merece quedar en el pasado, como una forma transitoria del ciudadano argentino culto, blanco y laico, que daría forma a la nación y conquistaría el futuro.

Una visión menos monolítica de la figura de Juan Moreira puede encontrarse en Ramos Mejía, quien tiene una perspectiva más sutil del asunto. Por empezar, ve a Juan Moreira como un mito –lo cual lo distancia del sujeto real de la biografía cuya existencia empírica es tan importante para Ingenieros. Ramos habla del “gaucho malo” con la misma fascinación ambigua con que describe a Rosas en *Las neurosis de los hombres célebres en la Historia Argentina*, reconociendo la genialidad aun en aquellos personajes cuyo esquema ético y estético desaprueba. En sus propias palabras,

La creación del mito histórico y político es en muchísimos casos una función de utilidad y de defensa social.

86 Carlos Altamirano, “La fundación de la literatura argentina” en Altamirano y Sarlo, 1997, 205.

Y aquí, la silueta del inolvidable Juan Moreira baja precisamente a los puntos de la pluma, como impuesta por la oportunidad de su aplicación.

Aun cuando no fue creado con fin político alguno, sírvenos a maravilla, para mostrar cuál es el fácil dispositivo que tiene la imaginación popular para engendrarlo. Surgido de todas piezas en el breve espacio de una generación, fue llevado del humilde circo de payasos, hasta el aristocrático teatro lírico. Y si tal engendro, aun sin satisfacer necesidad social alguna, ha marchado tan de prisa, ¡cuál habrá sido la presteza de otros, que sin duda la llenaron, y que al llegar al presente, transformados en vivas tradiciones o en encarnación de ideas que ni remotamente conocieron, satisfacen el orgullo de partidos o de pueblos, que los consagran con su admiración y cariño! (Ramos Mejía, 1955, 47 – 48)

Para Ramos Mejía, Juan Moreira es un ejemplo, algo pobre e incompleto, del proceso de conformación de la imagen heroica en la mentalidad popular. No detecta ninguna función social en el personaje de Juan Moreira, a diferencia de Ingenieros, que sí vislumbra su peligrosa identificación con el “alma popular”. Pero Ramos Mejía, al menos, percibe su carácter de *construcción*, a diferencia de Ingenieros, que cae en un realismo mucho más ingenuo al propugnar la desmitificación del Juan Moreira del circo y del folletín apelando a la biografía del Juan Moreira histórico. En nuestro autor, no es sólo la improductividad de Juan Moreira lo que merece ser rechazado. En el mismo pasaje en que asocia la conformación de la identidad nacional con la productividad, deslinda el nacionalismo del “patrioterismo político que han explotado todos los tiranos *protectores de las razas americanas*, sin más propósito que apoyarse en las masas indígenas y mestizas para luchar contra ilustradas minorías de la raza blanca” (SA, 48).

Y si volvemos al resumen de la conferencia sobre Juan Moreira, veremos que, en definitiva, a partir de la cita de Juan Agustín García, Ingenieros discute un criterio de argentinidad, vinculado a cuestiones económicas, sociales y raciales, en

oposición a nociones como la expuesta por Ricardo Rojas en *Blasón de plata*. En efecto, para Ingenieros, el concepto de argentinidad de Rojas, basado en la exaltación de la tierra, el interior y las provincias, es ideológicamente reaccionario, y critica el *Blasón* en una carta abierta publicada en la *Revista de América*. En su opinión, la posibilidad del desarrollo argentino radica en la *modificación étnica* que podría aportar la inmigración europea a las *oligarquías hispanoindigenistas*, razón por la cual refuta la tesis de Rojas apelando en la polémica, incluso, al ataque *ad hominem*, al señalar el origen provinciano de Rojas para diferenciarlo de su propia estirpe de inmigrantes italianos.⁸⁷ Asimismo, Ingenieros considera que la mayor población europea que Argentina ostenta en relación con otros países hispanoamericanos le permitirá asumir un rol imperialista en el subcontinente. Según Gregorio Bermann, semejante utopía encontraría un eco mucho mayor que la propuesta de Rojas, en la medida en que retomaba ideas ya sembradas por Echeverría y Sarmiento (Bermann, 1926, 198 – 199).

Ciertamente, en las interpretaciones socio-históricas de Ingenieros parece escucharse un eco lejano de las doctrinas de Joseph Arthur de Gobineau, quien dictaminaba que

Los pueblos perecen porque se han degenerado, y no por otra causa. Esa es la desdicha que los hace definitivamente incapaces de sufrir el choque de los desastres que caen sobre ellos, y entonces, cuando ya no pueden soportar los golpes de la fortuna adversa y ponerse otra vez de pie luego de haberlos sufrido, ofrecen el espectáculo de sus sublimes agonías. Si mueren, es porque ya no poseen, para atravesar los

87 José Ingenieros, “Nacionalismo e indianismo: Carta a Ricardo Rojas”, *Revista de América*, II (1913): 185-194 citado en Stabb, 1969, 226. Cabe aclarar, por otro lado, que Ricardo Rojas e Ingenieros tuvieron un enfrentamiento cuando el primero comenzó a publicar la “Biblioteca argentina”, que se superponía con las ediciones de “La Cultura Argentina” planeadas por Ingenieros (Giusti, 1965, 175).

peligros de la vida, el mismo vigor que tenían sus antepasados; en una palabra, porque han *degenerado*. (Gobineau, 1973, 64)

Gobineau era fatalista. Había llegado a la conclusión de que la civilización estaba en decadencia porque el proceso de deterioro racial era irreversible: la hibridación de razas era irrefrenable y se perdía, más lenta o más rápidamente, el núcleo ario. Ingenieros, aunque suscribe cierto determinismo, confía en un ciclo de *mejoramiento* racial, pero la idealización de sujetos como Juan Moreira representa una amenaza para este proceso.⁸⁸ Por ello se complace en dar por sentada la *transitoriedad* del gaucho en la conformación de la nación, al leer la literatura –incluso la contemporánea– como un documento histórico:

Antes que [Sarmiento], Echeverría había introducido esos elementos nacionales en *La Cautiva*; después de él ellos reaparecieron en obras que durarán en nuestra literatura, en *Martín Fierro* de Hernández, en las *Novelas gauchescas* de Eduardo Gutiérrez, en la *Guerra Gaucha* de Lugones, en el drama *La Gringa* de Florencio Sánchez. Ellas harán persistir a través del

88 Según el relato de Gregorio Bermann, Ingenieros se mostraba sorprendido, en sus últimos años, por el progreso del Brasil, con su alto porcentaje de población indígena y negra, y esto le sugirió “reflexiones optimistas sobre las razas mestizas”. Asimismo, “saludó, feliz, el advenimiento del régimen socialista implantado en Yucatán por una población autóctona apenas teñida de sangre blanca”. Bermann atribuye estos cambios de opinión a la Guerra y a la nueva situación mundial que puso a la vista, y especula: “Al cabo [Ingenieros] hubiera terminado por modificar su concepción de la civilización americana.” Se advierte –en su opinión– este cambio de actitud en el hecho de que en 1910, recibió a Vasconcelos “con la misma actitud irónica y desconfiada con que el grupo literario uruguayo [lo] acogió [...] cuando expresaba su fe en las razas tropicales y mestizas, [pero] en 1922 no sólo lo recibió fraternalmente, sino que se convirtió en el portavoz de los problemas de la América Latina en términos que según el mismo Vasconcelos, tan distante de su manera, nadie hubiera podido superar en acierto, altura y coherencia” (Bermann, 1926, 198-199, 201).

tiempo la memoria idealizada de un estado social transitorio en la evolución argentina. (*SA*, 238)⁸⁹

Es obvio que Ingenieros se resiste a admitir –como lo hace Manuel Gálvez, aunque con marcado disgusto– el culto a Juan Moreira como un atributo más de la nacionalidad:

...De todos los gauchos célebres el que más admira el pueblo no es Santos Vega, gaucho poeta, ni Martín Fierro, gaucho bueno, sino Juan Moreira, gaucho agresivo y pendenciero. [...]

El moreirismo es el alma de nuestras democracias federales. Explica nuestras revoluciones, nuestras tendencias agresivas, y esa funesta lacra de nuestro pueblo, que se llama el *compadraje*. Dentro de todo argentino hay siempre un *compadre*, un Juan Moreira, así como dentro de todo español hay siempre un Don Quijote. (Gálvez, 2001, 197 – 198)

Muy por el contrario, en Ingenieros germina un nuevo utopismo, aunque nutrido en una matriz racista; la imagen de una Argentina como país líder de la región sudamericana, una suerte de *imperialismo pacifista* que se opondría al norteamericano y que describe en estos términos:

Dentro de veinte o cien años las consecuencias [de la inmigración europea] son fáciles de pronosticar. En el territorio argentino, emancipado hace un siglo por el pensamiento y la acción de mil o diez mil *euro-argentinos*, vivirá una raza compuesta por veinte o cien millones de blancos familiarizados con el baño y la lectura, símbolos de la civilización. En sus horas de recreo leerán las leyendas de las extinguidas razas indígenas y las historias de la mestizada raza colonial; y leerán también los poemas gauchescos de Martín Fierro

89 La cita pertenece al subtítulo “Las ideas sociológicas de Sarmiento” que integra la tercera parte de *SA*, “Los iniciadores de la sociología argentina” y fue incluido en la edición de 1918.

y Santos Vega o las novelas de Juan Moreira y Pastor Luna, renovadas ciertamente por otros escritores de raza europea, como lo fueron Hernández, Ascasubi y Gutiérrez. (*SA*, 263)⁹⁰

La colonización del país por inmigrantes europeos es la solución *científica* que él ve como única posibilidad de enfrentar al imperialismo, que también entiende, a su vez, como producto de inexorables leyes biológicas y económicas. Sobre esto último, afirma que “no puede evitarse con discursos o declamaciones” y que la única defensa de los países sudamericanos será “el desarrollo en su seno de grandes núcleos de raza blanca, capaces de equilibrar la influencia extracontinental” (*SA*, 48).⁹¹ En consecuencia, su visión de personajes como Juan Moreira no puede menos que ser negativa, al menos, si lo que se pretende es entronizarlos como modelo y esencia de *lo nacional*, una posibilidad que francamente lo espanta, a juzgar por este fragmento extraído de su comentario a *La Ciudad Indiana* de Juan Agustín García:

...esos sentimientos que dominan en *La Ciudad Indiana* no creemos puedan haberse incorporado de manera *permanente y definitiva* a nuestra psicología nacional: ello equivaldría a proclamar que, psicológicamente, seremos eternamente los legítimos herederos del culto del coraje, del desprecio a la ley, del pundonor criollo y de la declamación retórica sobre la futura grandeza del país. Confiemos en que la incorporación progresiva de nuevos elementos étnicos concurrirá, con la evolución

90 La cita pertenece a la cuarta parte de la *SA*, “La formación de una raza argentina”, inicialmente un trabajo leído en el Instituto Popular de Conferencias en 1915 y publicado en *La Prensa*, 3.IX. 1915 y en la *RF*, II, 6 (1915): 464 - 483. Fue incluido en la edición de la *SA* de 1918.

91 Esta cita pertenece al subtítulo “La función de la nacionalidad argentina en el continente sudamericano”, ya mencionado.

económica del país, a corregir esa suposición pesimista
[...] (SA, 75)⁹²

En síntesis, Ingenieros niega de plano la ecuación que equipara el moreirismo con el alma de la democracia argentina. En todo caso, si hay una identificación –ocasional– entre el personaje de Juan Moreira y el “alma popular”, se debe a que esta última, como todo sujeto, puede ser víctima, temporalmente, de una regresión atávica a ese “estado social transitorio” representado en la literatura gauchesca. Frente a esto, Ingenieros parece querer decirnos que ésa no es la esencia de la *psique* argentina, que puede – y debe – haber cura y *evolución*.

92 Cita correspondiente al subtítulo “La ciudad indiana”, que integra la segunda parte de SA, “Crítica sociológica”, y fue inicialmente publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Bs. As., en 1900.

VI

Autofiguras

De acuerdo con la definición del caso clínico que citamos en el primer apartado, esas formas de la narración biográfica se caracterizan por el anonimato de la vida que exponen a la luz. Sin embargo, hemos visto que eso no siempre se cumple, sobre todo cuando el *biografiado* es algún delincuente célebre o un sujeto histórico sometido a la disección del alienista. Asimismo, encontramos otra variación, al menos en los casos narrados por Ingenieros, en la presencia de una suerte de *pulsión autobiográfica* que horada la objetividad e impersonalidad típicas de estas formas textuales.

Esto se debe, en parte, a que Ingenieros constantemente introduce aclaraciones tendientes a validar la información en su carácter de médico interviniente y, en consecuencia, testigo de los casos clínicos narrados y va así ganando un protagonismo mucho más visible, como cuando afirma que “[t]odo el material científico que se analiza en esta obra ha sido personalmente observado por el autor en el servicio de Enfermedades Nerviosas de la Facultad de Medicina, de que fue nombrado jefe de clínica a fines de 1900” (HS, 13), o cuando agrega información del siguiente tenor, ya no relacionada con lo inherente al caso clínico sino con el circuito de prácticas del profesional médico, que exhibe su rol tanto de investigador como de docente: “Presentamos esta interesante enferma [de histeria] en una de las *lecciones clínicas*, del curso de Psicología Experimental dictado en la Facultad de Filosofía y Letras por el profesor Horacio G. Piñero” (HS, 41).

A su vez, la referencia al propio médico, observador y narrador del caso clínico, permite digresiones del orden de la deontología, así como logra establecer un distanciamiento, dentro del campo profesional, entre aquellos que conjugan ciencia y ética y los que violentan los procedimientos moralmente aceptables:

Es pernicioso provocar sugestivamente alucinaciones experimentales en las histéricas; por ese medio es fácil hacerles comer papas o esponjas, diciéndoles que son bombones, o hacerlas deleitar oliendo el imaginario perfume de rosas que emana de una alcachofa puesta en su mano. Son juegos poco serios y peligrosos, pues despiertan en la enferma la posibilidad de fenómenos alucinatorios, que ella misma no sospecha hasta entonces. *Ni en esta enferma, ni en otra alguna de nuestro servicio, hemos practicado ni permitido jamás la práctica de estas experiencias perjudiciales.* (HS, 42. Nuestra bastardilla)

Esta inclusión de núcleos narrativos que posibilitan reconstruir el itinerario de la conducta del médico, autoriza simultáneamente a completar –como vimos en apartados anteriores– la información no disponible con hipótesis generadas a partir de la experiencia y seriedad profesional. Por ejemplo, en el caso de una mujer que había sufrido un ataque cerebral con algunas complicaciones, a la escasa información obtenida en el examen clínico se suma el relato de los accidentes previos, hecho por terceros: “su esposo nos refirió que, cuatro años atrás, había sufrido un ataque análogo, quedando súbitamente paralizada del costado derecho y afásica”. También se agregan deducciones acerca del accionar de otros colegas, en una cadena de hipótesis bastante frágil: “Había sido examinada por el doctor Rabuffetti, domiciliado en las inmediaciones, quien le había recetado una bebida, *que suponemos* fuera bromuro de potasio; *presumimos*, por este dato, que diagnosticó hemiplejía histérica.” No obstante, Ingenieros considera que ese diagnóstico está incompleto y opina que otros síntomas de la enfermedad que él mismo ha

detectado son “muy dignos de ser publicados, no obstante no haber podido seguir y completar la observación de la enferma”, pues, ante la recomendación de hospitalizarla, su marido la había internado en el Hospital Francés, dado que la pareja era de esa nacionalidad. A pesar de no haber podido tratarla en las clínicas a las que tenía acceso, el celo profesional de Ingenieros se pone de manifiesto en aclaraciones como la siguiente, que exceden la dimensión del caso que realmente había podido observar: “Salió completamente curada, según nos comunicó un vecino a quien pedimos datos sobre ella, *no pudiendo verla personalmente*, pues su esposo cambió de domicilio durante la enfermedad” (HS, 50. Nuestras bastardillas). Ingenieros incluye el caso en su libro pese, entonces, a que el diagnóstico estaba incompleto –no pudo tratarla ni seguir su evolución porque la mujer fue atendida en otra clínica. Casi podríamos pensar que la única justificación de la incorporación de este relato es exhibir el funcionamiento del profesional de la medicina, altamente comprometido con su misión.

Pero éste no es el único relato que parece puesto al servicio no ya de la ilustración de la enfermedad sino de la conducta del galeno. En referencia al caso de una joven que había ido a su consultorio aduciendo que sudaba sangre, Ingenieros traslada al lector su propia desconfianza, mientras lo alecciona sobre la conducta a seguir con los histéricos: “Pudimos ratificar la verdad del hecho, advirtiendo que en casos tales nuestra norma de conducta *es la desconfianza sistemática*, pues sabemos que el afán de ser interesantes aguijonea a los histéricos” (HS, 105. Bastardilla del autor).

Asimismo, la información obtenida en la entrevista con el paciente se completa con observaciones efectuadas en otros contextos de la ciudad, como lo ilustran los relatos del marido y los vecinos de la señora francesa enferma. Otro ejemplo es el episodio protagonizado por una chica histérica, que tenía la idea fija de que su nariz era fea, sin que los comentarios de otras personas pudieran hacerla cambiar de opinión: “Rechaza terminantemente que pueda tratarse de autosugestión y se dice ofendida por los médicos, pues pretenden negar su deformación y afirman que son *ideas* suyas.” La situación, bastante extrema,

llega al punto de que “[e]l sentimiento de ridículo la domina: si saliera a la calle sin tul, todo el mundo se reiría de ella. Sin embargo, en esto hay exageración, pues una mañana, en compañía de un estudiante de medicina, la encontramos en la calle *sin tul* y aparentemente muy tranquila” (HS, 148. Bastardilla del autor). Pero quizás el pasaje más elocuente al respecto sea el que alude a las desviaciones de la conducta de la población negra y la *locura* o el estado de trance de las mujeres que hacían el *baile del santo*. Ingenieros apela aquí a una anécdota curiosa de su adolescencia que vale la pena citar completa:

Las mujeres que *bailaban el santo* solían enloquecerse, si ya no lo estaban a medias; eran, por lo general, las más ardorosas de temperamento y livianas de costumbres, siendo creencia general entre los negros que *tenían gancho* para hacerse desear de los blancos, según podía inferirse del hecho que solían tener hijos blanqueados. [...] En Buenos Aires alcanzaron los negros su mayor auge durante la tiranía de Rosas, quien los protegía para usarlos en el espionaje de los blancos; después han desaparecido esas ceremonias, junto con los negros, siendo tal vez uno de los últimos *bailes del santo* el que hemos presenciado en la adolescencia, por el año 1893.

Debimos este favor a una cocinera negra que sirvió algunos años en nuestra casa, *ablancándose* mucho sus ideas por hallarse entre personas exentas de toda superstición religiosa. Poco antes de la revolución de 1893, nos ofreció llevarnos a ver algo que *no había visto ningún blanco*. Fuimos a un edificio bajo que aún existe en la Avenida Alvear, donde solían reunirse negros a bailar, y nos encerró desde la tarde en una habitación contigua a la que sirvió por la noche para *bailar el santo*. Desde allí oímos todo y vimos algo de la ceremonia que hemos descripto, la que tenía por objeto curar a un negro loco *perseguido por los mandingas*. Posteriormente nos refirió que al enfermo lo habían llevado a la Convalecencia, pues *El Tata* no lo había curado, agregando despectivamente que los bailes

del santo eran *cosas de negros*. (LA, 182. Bastardillas del autor)

Es así como, en los casos clínicos, se puede leer entre líneas la biografía profesional del médico –investigador, clínico, profesor y, también, sociólogo e historiador–, un sujeto que inserta su labor de análisis y archivo en la historiografía de la ciencia nacional, cuando declara, en *La locura en la Argentina*, que ha juntado, por más de veinte años,

...cuantos datos y publicaciones llegaron a mis manos acerca de locos, alienistas y asilos en la Argentina; constituyen una verdadera historia de la psiquiatría en el país. Pensando que con mi muerte se perderían, sin la seguridad de que otro pueda reunirlos por segunda vez, me he decidido a ordenarlos en esta monografía, capítulo para la historia de la Ciencia Nacional. (“Advertencia” a LA, 169)

Evidentemente, el Ingenieros narrador y biógrafo, a partir del tipo discursivo de las historias clínicas, se aventura en interpretaciones de alcances sociales más amplios. Y los casos analizados muestran también, al trasluz, la biografía de un médico que ya desde la adolescencia sentía curiosidad por las desviaciones mentales y morales ocultas en la ciudad moderna.

Del mismo modo en que estos *casos* exhiben de soslayo la autobiografía del alienista, en otros libros de Ingenieros, la escritura de las vidas de otros deja percibir un eco, una imagen refleja de la figura del autor. Eso es muy visible en *Las doctrinas de Ameghino*, publicado en 1919, un libro que llegaba en momento oportuno porque ya cerca de la década del '20, el evolucionismo biológico perdería terreno aceleradamente en la Argentina, siguiendo con cierto retraso la regresión que había experimentado el darwinismo en los centros mundiales (Orione y Rocchi, 1986, 20). En este contexto, y a ocho años de la muerte del famoso paleontólogo, Ingenieros se proponía hacer un balance de su producción, ofrecerla en forma sintética al lector y asignar a la labor de Ameghino el lugar que, en su opinión, le cabía en la historia del transformismo.

Lo interesante para el problema que estudiamos no es tanto evaluar la precisión de la tarea divulgadora de Ingenieros respecto de las investigaciones del prestigioso naturalista sino esclarecer el tipo de lectura a que somete la vida del eminente paleontólogo. Desde esta perspectiva, cobra singular relevancia la nueva jerarquización de las doctrinas de Ameghino que Ingenieros procura establecer. Como es sabido, la tesis más resonante del primero era la que postulaba el origen sudamericano de la especie humana. En torno de ella habían combatido apologistas y detractores de Ameghino; era tan novedosa desde el punto de vista científico como revolucionaria desde un ángulo político, pues, como bien apunta Horacio Capel (1989), era una suerte de corolario científico de la independencia política latinoamericana y, en el entresiglos, era también una forma de entender la inmigración de millones de europeos hacia estas tierras como un retorno a los orígenes. Aunque más tarde esa tesis se mostraría insostenible, Ingenieros, atento a la presencia de prejuicios nacionalistas que enturbiaban, en su opinión, la tarea científica, se ocupa expresamente, en ese libro, de poner en primer plano la labor paleontológica de Ameghino, relativizando sus más frágiles teorías antropogénicas:

Conviene encauzar cierta admiración póstuma, prodigada con más entusiasmo que competencia. Los actuales apologistas de Ameghino –pues diez años antes de su muerte, aunque lo fundamental de su obra estaba ya publicado, *no llegábamos a una docena*– son injustos con sus doctrinas y pueden resultarle peligrosos ante la posteridad.

Injustos, porque anteponen sus hipótesis y descubrimientos antropogénicos a la enorme labor de geólogo y paleontólogo. Peligrosos, porque exaltan la parte más atrayente pero menos segura de sus doctrinas; repicando sobre lo poco dudoso y expuesto a

rectificación, exponen a que se olvide lo mucho seguro que constituye su gloria.⁹³

Ingenieros profundiza su defensa de Ameghino señalando los prejuicios nacionalistas que perjudican la justa comprensión de las teorías paleontológicas de Ameghino:

...todos sus enemigos callan sobre los méritos del paleontólogo y se ensañan con los errores del antropólogo. Por una ridícula vanidad colectiva, disfrazada de patriotismo, algunos admiran a Ameghino porque intentó poner en territorio argentino la cuna de la humanidad; por amor a la verdad y por respeto a la ciencia, nos parece necesario repetir que fue, ante todo y sobre todo, uno de los tres o cuatro grandes paleontólogos de fines del siglo XIX. (*DA*, 342)

Aun aceptando que Ingenieros pretende, fundamentalmente, hacer justicia con la memoria de Ameghino, podemos preguntarnos si no existen otros móviles en la escritura de este libro “de divulgación”. Pensamos que sí los hay y que su gran motor, como el de otros textos de Ingenieros que exponen el pensamiento de científicos y filósofos contemporáneos es, en última instancia, una suerte de pulsión autobiográfica. ¿Qué nos impulsa a hacer esta afirmación? Sencillamente que, al hablar de la vida de Ameghino, Ingenieros logra contornear su propia biografía intelectual, como un reflejo de la del sabio ilustre. En efecto, si pasamos revista a la clase de datos y características tomados en cuenta para configurar la imagen ejemplar del naturalista, advertimos que, en gran medida, Ingenieros parece hablar de sí mismo.

En primer término, es notable la forma en que ubica su propia actuación en el campo cultural rioplatense, a la sombra de la de Ameghino. En profusas notas al pie o en comentarios insertos en el cuerpo principal del texto, el mismo Ingenieros se

93 José Ingenieros, *Las doctrinas de Ameghino* en Ingenieros, 1962, tomo VIII, 239. Bastardilla nuestra. En adelante, *DA*.

ocupa de historiar su función de promotor y editor de la obra de Ameghino: nos informa que *Filogenia* y *La antigüedad del hombre en el Plata*, dos textos claves de Ameghino, habían sido reeditados en *La Cultura Argentina*, la colección fundada y dirigida por nuestro autor y Severo Vaccaro, en 1915 y 1918, respectivamente; la síntesis de la “Antropogenia” del naturalista había sido publicada por primera vez en la *RF*⁹⁴ y el artículo de Ameghino “Noción de Espacio y noción de Dios”, solicitado por una biblioteca de Chivilcoy que después no se animó a editarlo, fue también acogido en la *RF* en 1917, mediando la revisión de Alfredo Torcelli, el compilador de las obras completas del paleontólogo; por último, en la misma revista, se había dado a conocer, en 1918, *Origen y persistencia de la vida*, un escrito que lidiaba con el problema de la inmortalidad.

En síntesis, Ingenieros se muestra como un mecenas y albacea del legado de Ameghino, en vida del sabio y tras su muerte. Pero no se limita a consignar su función de amparo intelectual de la obra del sabio, sino que también destaca el rol de Julio Argentino Roca y Joaquín V. González en el reconocimiento institucional del naturalista.⁹⁵ Además de permitirnos reconstruir las redes intelectuales que vinculaban al médico-filósofo Ingenieros y al naturalista-filósofo Ameghino, esta información pone en evidencia, en la caracterización de la conducta, hábitos y lineamientos morales del segundo, una

94 Ameghino le había dado sus apuntes en 1910 para publicarlos en los *Anales de la Sociedad de Psicología* que Ingenieros dirigía. Como los *Anales* dejaron de publicarse cuando éste se fue del país durante la presidencia de Roque Sáenz Peña y Ameghino murió poco después, Ingenieros solicitó de Carlos Ameghino la revisión del manuscrito que adquirió, así, su forma definitiva para ser publicado en la *RF*.

95 Acerca de esto, nos dice que siendo presidente el primero y su ministro de Instrucción Pública el segundo, Ameghino fue nombrado para ocupar el cargo de director del Museo Nacional, un lugar hacia el que durante mucho tiempo le habían cerrado el paso Burmeister y sus discípulos. Ante esto cabe recordar que en su primer viaje a Europa, Ingenieros compartió paseos y actividades con el ex – presidente Roca y que Joaquín V. González, en 1906, había creado un Instituto de Criminología anexo a la Penitenciaría Nacional por sugerencia del mismo Ingenieros, al cual había nombrado director.

defensa de los valores que el primero siempre enarboló como ejes de su propia moral. Así, Ameghino se convierte en el exponente más acabado de esa vida ejemplar que predica el Ingenieros más idealista, pues en su opinión,

Grandes ejemplos morales necesita la juventud; el más educador es la vida de un sabio ilustre, consagrada entera a la investigación de la verdad. Pocos hombres de ciencia igualaron a Ameghino por la fe en sus ideales: ninguno podrá excederle por la austeridad con que los sirvió sin descanso. [...] Nadie consagró más completamente su vida a un ideal, buscando acercarse a la verdad por los caminos de la ciencia; nadie con más derecho que él habría podido usar el lema que inmortalizó el ginebrino: *Vitam impendere vero*. (DA, 229 – 231)⁹⁶

Por otro lado, en Ameghino, quien es presentado como un sabio precoz, se asocian el talento y la juventud, conjunción feliz que los contemporáneos destacaban en el mismo Ingenieros y que éste celebra, casi especularmente, en el paleontólogo:

En temprana edad, felizmente, pobló su cerebro de preocupaciones filosóficas; a los veinte años era ya transformista y supo empezar a tiempo. Ningún resultado grandioso cabe esperar de los hombres que a esa edad no poseen ideas generales: ellas pueden, sin duda, adquirirse más tarde, pero no hay ocasión de aplicarlas a un orden cualquiera de conocimientos [...] el sabio y el filósofo no tendrían tiempo de serlo sin una orientación temprana [...] (DA, 229)

⁹⁶ La referencia a Jean-Jacques Rousseau no es casual. Según Ponce, cuando Ingenieros llegó a Suiza, en su segundo viaje a Europa, que duró desde el año 1911 hasta 1914, Ginebra celebraba el segundo centenario de Rousseau y para Ponce, ese hecho, “en apariencia desvinculado tiene, sin embargo, una significación profunda: como que en esa época y en ese año comienza para Ingenieros la resurrección romántica que habría de caldear, muy pronto, las páginas vibrantes de *El Hombre Mediocre*.” Aníbal Ponce, “Para una historia de Ingenieros”, *RF*, XII, 1 (1926): 38.

Del mismo modo, elogia en Ameghino su “capacidad de trabajo” y su “riqueza imaginativa”, dos virtudes que para el médico-escritor son condiciones necesarias de la genialidad. A su vez, el laicismo de Ingenieros se ve hermanado con el antidogmatismo de Ameghino, y no desperdicia la ocasión de mencionar que

...El subreceptor de escuela [Ameghino] tenía temperamento combativo y gustaba de escribir bajo seudónimo en periódicos lugareños sobre tópicos algo inquietantes; famoso es un artículo suyo sobre la Virgen de Luján, tan poco galante para la leñosa imagen que nunca se lo perdonaron los que viven de su culto, ni aún después de fallecido el sabio [...] (DA, 232-233)

Para entender el grado de autobiografismo que se proyecta en esta referencia, bastará recordar que en *La Montaña*, el periódico socialista que Ingenieros había fundado y editado con Leopoldo Lugones en 1897, se denunciaba que las peregrinaciones al “Santuario Nacional” de Luján no buscaban otra cosa sino satisfacer “los apetitos” de “las niñas en celo” y sus novios, “jóvenes sifilíticos o tuberculosos”, o bien “lavar las manchas del cuero de los paquidermos burgueses”.⁹⁷

De acuerdo con lo expuesto en secciones anteriores, es característico de la producción de Ingenieros el permanente desplazamiento por diversos campos disciplinarios, especialmente las ciencias médico-biológicas, la sociología y la filosofía. Esto había llevado al psiquiatra Henry Maudsley, cuando tuvo ocasión de presentar el libro de Ingenieros *Le langage musical et ses problemes hysteriques* en la London Neurological and Mental Society, a sugerir: “Me parece que el doctor Ingenieros es un filósofo, obligado a escribir sobre asuntos médicos y psicológicos, por cuya causa sus temas le

97 José Ingegneros [sic], “Los reptiles burgueses” en Ingegneros y Lugones, 1996, 49-50. El artículo corresponde al n° 2 del año 1 del periódico, fechado el 26 Vendimiario del Año XXVI de la Comuna / 15 de abril de 1897.

resultan estrechos” (citado en Bagú, 1953, 103). Coincidentemente, el culto simultáneo de distintas disciplinas por parte de Ameghino es positivamente valorado por nuestro autor:

...la obra del sabio [...] contribuyó al desarrollo de cuatro grandes disciplinas conexas: la geología, la paleogeografía, la paleontología y la antropogenia. Accesoriamente, y como consecuencia natural de la complejidad de sus estudios, fue Ameghino un verdadero naturalista filósofo; su posición filosófica estaba ya inequívocamente definida cuando dio a luz su *Filogenia* (1884), mucho antes de que redactara su *Credo* (1906). (DA, 238-239)

Es probable que el punto clave de esta identificación entre Ameghino y su divulgador, Ingenieros, resida en sus posiciones filosóficas. Se ha dicho que ambos compartían una actitud que los diferenciaba del positivismo clásico: “una preocupación por los interrogantes últimos”, como explica José Luis Romero (1987, 87). Y en cuanto a la perspectiva final del devenir universal, la filiación socialista de Ingenieros impulsaba su adscripción al optimismo social propio de la ideología de izquierdas. Esto permite entender por qué considera pertinente anotar, en un texto de divulgación científica como el que nos ocupa, que la posición moral de Ameghino “fue netamente optimista” y que “sin salir de la Naturaleza, imaginó un Dios nacido de la Naturaleza misma: el Hombre perfeccionado de la humanidad futura” (DA, 354). Esta analogía se enuncia más claramente en este otro pasaje: “Léase este paciente trabajo como un homenaje al amigo y al compañero de ideas, ya que él aplicó en las disciplinas naturales el mismo *método genético* que nosotros aplicamos en las disciplinas morales” (DA, 239). ¿Y cuáles eran esas ideas compartidas con el “compañero” Ameghino? Básicamente, el sistema filosófico que se ha dado en llamar “monismo naturalista” y que ya comentamos precedentemente. A esto apuntan las siguientes afirmaciones de

Ingenieros, que parten de la exposición de las doctrinas de Ameghino para argumentar en favor de sus propias ideas:

...Todos los problemas filosóficos relativos al hombre varían radicalmente según se acepte o rechace el transformismo; las ciencias sociales y las ciencias morales son concebidas de modo opuesto por los que consideran al hombre como un ser natural en la evolución de las especies o por quienes le miran como un ser extranatural, de origen divino o misterioso.

Reintegrar al hombre en la Naturaleza o conservarlo fuera de ella, es el dilema fundamental de toda la filosofía. En el primer caso las llamadas *ciencias morales* deben estudiarse *necesariamente* como ciencias naturales y mediante el método genético; en el segundo, se puede seguir tratando sus problemas como si el hombre fuera un ser extranatural, producto del legendario barro animado por un divino sopló. (DA, 331-332)

Ingenieros debe salvar aquí un obstáculo: Ameghino hablaba de Dios. Para sortearlo, aduce que cuando el sabio naturalista mencionaba a la divinidad se refería a la Naturaleza, “como todos los filósofos panteístas”, y acto seguido explica la intrínseca relación entre ateísmo y panteísmo. Así, convierte explícitamente las especulaciones filosóficas de Ameghino en antecedentes de sus propios textos: *Hacia una moral sin dogmas* y *Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía* (DA, 349 nota 3).

En definitiva, vemos cómo, al reseñar la obra de Ameghino, Ingenieros procura construir un linaje o parentesco cultural, casi diríamos una *filogenia*, que enlace la figura de Ameghino con la suya propia, bajo el imperio de una voluntad de trabajo y una ética intelectuales, en el sentido más amplio del término y sobrepasando toda especialización disciplinaria. Algo similar a lo que ocurre en su presentación de la figura de Ramos Mejía, quien compartía rasgos con su discípulo Ingenieros, como la inclinación por las letras y una constante productividad. Precisamente destaca como uno de los grandes logros de Ramos

Mejía para la historia científica nacional, el haber combatido “el horror a la imprenta” que padecían los médicos de generaciones anteriores, permitiendo de este modo el desarrollo de la producción científica en las disciplinas médicas.⁹⁸ Por eso la escritura será vista como parte del trabajo productivo de Ramos Mejía:

Ramos Mejía – que era un productor – simpatizaba con todos los productores, era amigo de aplaudir y estimular, repitiendo que era mejor ocuparse en hacer obras propias que en deshacer las ajenas. Teniendo un agudísimo espíritu crítico, nunca escribió un artículo criticando un libro ajeno. [...]⁹⁹

En ese mismo artículo sobre Ramos Mejía, Ingenieros inserta pasajes dialógicos que reproducen sus encuentros con el maestro, además de las zonas narrativas y exegéticas dominantes. Su descripción del personaje recientemente desaparecido, alcanza los visos de un cuadro de época cuando incluye reseñas de las formas de sociabilidad en el Buenos Aires finisecular: reuniones con los poetas del grupo *La Syringa*, con el grupo promotor de la revista *Ideas*, con los modernistas que se nucleaban en torno a Rubén Darío y entre quienes estaba el bibliotecario del hospital de Ramos Mejía, Eugenio Díaz Romero, etc. Del mismo modo, hablando del biólogo y filósofo Felix Le Dantec, Ingenieros aprovecha la ocasión para introducir un juicio de valor sobre su propia obra:

Los que hayan leído a Le Dantec y mis *Principios de psicología* podrán apreciar algunas provechosas sugerencias que recogí en su obra para un capítulo de la mía que estudia *la energética biológica*, aunque advertirán la manera completamente diversa con que he planteado los fundamentos de la psicología.

98 José Ingenieros, “La personalidad intelectual de José María Ramos Mejía (1849 – 1914)”, *RF*, II, 4 (1915): 117.

99 José Ingenieros, *op. cit.*: 142.

No conozco dos docenas de profesores de esta materia con suficiente preparación para estimarlos; por eso declaro, con verdadero placer, que estimo tanto como mis mejores títulos académicos una opinión que sugeriré a Le Dantec, el conocer la edición francesa: *es la única obra de psicología general que he podido leer hasta el fin sin encontrar en ella dos autores que se contradicen alternativamente*. Ningún elogio, de los muchos que todos soportamos en nuestra carrera científica, vale para mí lo que esa apreciación escueta.¹⁰⁰

Otra forma de la autfiguración autoral se delinea en torno al tema de la simulación, comentado páginas arriba. Y es que Ingenieros no conceptúa todas las formas de simulación como perjudiciales o nocivas para el recto desenvolvimiento de la personalidad e, inclusive, vincula su propia imagen con algunas de esas formas. En una evidente autorreferencia, expone las características de los “simuladores fumistas”, a quienes define como “sujetos mentalmente superiores, hiperestésicos e hiperactivos, exuberantes de vida y de alegría”, con una notable “salud física, moral e intelectual” que se ocupan en “tomar el pelo a los tontivanos”. Estos “fumistas” o “fisgones” –entre los cuales se podría incluir a nuestro autor, famoso por las bromas pesadas que protagonizó en su época juvenil– no simulan para luchar por la vida “sino por tendencia natural”, por “placer intelectual”, sin un interés práctico a la vista. Por el contrario, argumenta, “el juego desinteresado es un derroche y revela superioridad” (*SLV*, 84-85). Como puede apreciarse, a diferencia de los delinquentes que simulan por necesidad adaptativa o de quienes lo hacen por debilidad de carácter, como el joven que quería convertirse en gran poeta por el mero hecho de adoptar una actitud antisocial, el fumista es una suerte de practicante de *l’art pour l’art*, un verdadero “artista de la simulación” que comparte con el *genio* la capacidad de distinguirse, en tanto individuo, de las masas indiferenciadas. Y ello es así porque el

100 José Ingenieros, “Le Dantec, biólogo y filósofo”, *RF*, VI, 5 (1917): 298.

fumista convierte la simulación en un ejercicio que posibilita la unificación de la naturaleza y la cultura, al haber evolucionado desde las formas biológicas del mimetismo hasta una modalidad del arte entendido en ese sentido anti-utilitario y autónomo que cifraría las más caras ambiciones de los modernistas. La *fumistería* sería entendida por nuestro autor, entonces, como otra forma del *aristocratismo* intelectual y moral.

Algo de eso se percibe en el “Elogio de la risa”, un texto incluido en la edición de sus crónicas de viaje titulada *Al margen de la ciencia*, donde enuncia una alabanza de los caracteres alegres y bromistas que no puede menos que leerse en clave especular, como una defensa de la actitud *fumista* propia del grupo bohemio *La Syringa*, una verdadera apología de la diversión elaborada mediante argumentos médicos y evolucionistas de este tipo:

Se es triste o alegre como se es anémico o pletórico, famélico o inapetente, ágil o torpe, bilioso o linfático [...] Es evidente que la risa intelectual constituye la etapa superior de la evolución de la risa humana, su más fino y acabado florecimiento: la gala más exquisita del espíritu [...] a medida que aumenta la superioridad de las razas acreciéntase la aptitud para reír [...]¹⁰¹

Su defensa del buen humor individual se convierte en una pequeña interpretación de la cultura cuando cifra en el “aburrimento” uno de los signos y males de la modernidad, llegando a proponer que se debe “prescribir y provocar la risa como estimulante de la salud”, “al viviente cementerio de neurasténicos aburridos que afean y amargan la existencia de las grandes ciudades” (Ingegnieros, 1908 a, 27).

101 “Elogio de la risa” en Ingegnieros, 1908, 15, 20 y 21. Esta crónica fue publicada, además, en *Archivos*, VII (enero – febrero de 1908): 99 – 111. Sobre las crónicas de viaje de José Ingenieros, sus ediciones y reediciones, remitimos a Fernández, 2012 b, especialmente el capítulo I, “Del periódico al libro”, 11 – 42.

A pesar de haberse incluido en la edición de 1908 de sus crónicas de viaje, este “Elogio de la risa” no fue, al decir de Aníbal Ponce, un producto genuino del primer viaje europeo de Ingenieros, que tuvo lugar durante los años 1905 – 1906.¹⁰² Pero si miramos el corpus completo de las crónicas de ese viaje, apreciaremos también allí la existencia de formas de la autofiguración autoral, sostenidas en elogios, semblanzas o siluetas de otras personalidades. Por ejemplo, en la nota titulada “Mi amigo Max” y dedicada a Max Nordau, que apareció el jueves 4 de enero de 1906 en la página 5 del diario *La Nación* de Buenos Aires. La firmaba José Ingenieros y es una de las más de treinta crónicas o correspondencias, cómo él las llama, que remitió desde Europa en ocasión de su primer viaje a ese continente, motivado por su participación en el V Congreso Internacional de Psicología. Si bien el congreso duró unos días y tuvo lugar en Roma, Ingenieros se quedó en Europa cerca de un año y medio, viajando, estudiando, publicando libros y enviando crónicas para *La Nación*, porque eso es lo que le había pedido Emilio Mitre, director del diario en aquellos tiempos. Entre el registro de eventos, espectáculos, ruinas célebres y universidades modernas que Ingenieros visitó durante su viaje, aparecen algunas crónicas dedicadas a delinear retratos o *siluetas*, como las denomina explícitamente nuestro viajero, de personajes famosos en el mundo de la ciencia, la política o el arte. De entre el corpus de sus notas de viaje, hay tres que están explícitamente consagradas a la presentación de personajes o figuras de la cultura europea: la ya mencionada sobre Nordau, “Siluetas” – publicada el 4 de febrero de 1906– y “Psicólogos franceses” – del 13 de octubre del mismo año. Como la mayoría de las crónicas de Ingenieros, éstas fueron recogidas en el libro *Al margen de la*

102 Aníbal Ponce aclara: “No haga mucho caso el lector a los lugares en que Ingenieros ha fechado *literariamente* algunos de estos artículos. El *Elogio de la risa*, por ejemplo, inspirado según dice por el recuerdo de Rabelais en las calles de Chinón, no es otra cosa que aquella “Apología” firmada en un principio con el seudónimo de Herminio Simmel [...]” en José Ingenieros, *Crónicas de viaje* en Ingenieros 1962, VIII, 83, nota 1.

ciencia, publicado en Buenos Aires por Lajouane en 1908 y reeditado en Valencia y Madrid en 1909.¹⁰³ Luego, en 1919, se hizo una edición en Buenos Aires, titulada *Crónicas de viaje*, que sin demasiadas variaciones es la que integra el octavo volumen de las obras completas de Ingenieros, que terminó de compilar su discípulo Aníbal Ponce según sus indicaciones. Cabe aclarar que las ediciones de 1919 y de las obras completas ya aparecen firmadas por Ingenieros y no por Ingegneros, pues para entonces nuestro autor ya había castellanizado su apellido.¹⁰⁴

Desde luego, podemos ubicar este tipo de crónicas sobre personajes de la cultura europea en una tradición, la del retrato, que tuvo célebres exponentes en las letras hispanoamericanas, como lo ha señalado Beatriz Colombi al rastrear los antecedentes de *Los raros* de Rubén Darío. Pero en este caso, hay algunas

103 En la advertencia a la 6a edición, fechada en 1919 e incluida en las obras completas, dice Ingenieros que además de la publicación en *La Nación*, sus crónicas “Cuatro veces han sido impresas en España, bajo dos títulos: *Italia* y *Al margen de la Ciencia*; con este último hizo una edición conjunta la casa Lajouane (Buenos Aires, 1908) [...]” (Ingenieros 1962, tomo VIII, 81). La edición valenciana de *Al margen de la ciencia*, incluye el mismo exordio que la argentina pero no están todas las crónicas, hay muchas ausencias, sobre todo de crónicas concernientes a Italia, lo cual se deba, probablemente, a que la misma editorial había publicado *Italia*. Así que hay dos libros homónimos o, para decirlo de otro modo, la edición argentina de *Al margen de la ciencia* unifica las crónicas publicadas en España como *Al margen de la ciencia* e *Italia*.

104 El ejercicio de recoger las crónicas periodísticas en libros no fue, como se sabe, privativo de Ingenieros sino, por el contrario, habitual entre los escritores del modernismo, como Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo o Manuel Ugarte, entre otros. Susana Rotker señala cómo se ha obliterado una de las direcciones de la relación prensa / libros: “el movimiento no era sólo desde los libros hacia los diarios —que reproducían o traducían fragmentos—, sino que también el periodismo empezó a ser una forma de construir la propia obra literaria” (Rotker, 2005, 147- 148). Asimismo, José Olivio Jiménez destaca el lugar peculiar de las notas o impresiones de viaje dentro del corpus de las crónicas del período modernista, que traducen lo que significaba para los hispanoamericanos “la ocasión de vivir actualmente su inveterada vocación de cosmopolitismo, de hacer su apasionada experiencia del mundo” (Jiménez, 1993, 547).

diferencias, porque Ingenieros se preocupa por diseñar su propia imagen como la de un “viajero estudioso” legitimado por su formación científica, aunque simultáneamente sus crónicas exhiben una enciclopedia literaria, clásica y moderna, realmente abrumadora. Quizás podamos encontrar más similitudes, por la diversidad de sujetos elegidos, con los textos que más tarde conformarían la serie de *Cabezas* de Rubén Darío, que incluirían figuras de la política, es decir, no estrictamente artísticas.¹⁰⁵ Y también es altamente probable que uno de los modelos de Ingenieros haya sido Enrique Gómez Carrillo, con libros como *Almas y cerebros*, máxime si se tiene en cuenta que Ingenieros parece polemizar con aquellos que denostaban al autor de *Degeneración*, como el español Clarín, quien había prologado el libro de Gómez Carrillo.¹⁰⁶

105 Aunque el libro, que en general recoge artículos publicados en la revista *Mundial* de París, es posterior a las crónicas de Ingenieros, algunos de los textos que lo integran son anteriores, como la “medalla ocasional” dedicada a Cánovas del Castillo y fechada en 1897 o “Castelar”, de 1899. También responde a esta tradición el libro póstumo de Roberto Payró, titulado, precisamente, *Siluetas*.

106 Con ciertas reservas, orientadas básicamente por un casticismo que duda de la originalidad y valor de las literaturas europeas, sobre todo de la francesa, Clarín prologa este libro de gusto tan “cosmopolita”. Entre esas reservas, se destaca su rechazo a la elección de Max Nordau como uno de los notables que Gómez Carrillo ha visitado: “Max Nordau no es un sabio, no es un filósofo, no es un artista; es uno de tantos publicistas que entienden un poco de muchas cosas, y de todas ellas hablan y escriben, aprovechando, para adquirir notoriedad, la armonía que existe entre su espíritu vulgar y de ideas superficiales, y el espíritu de la gran masa de lectores adocenados. [...]” (en Gómez Carrillo [1898], IX-X). Acusaciones como ésta son las que parece tener en mente Ingenieros cuando afirma que Nordau es muy discutido, “...como todo hombre que tiene talento original y cultura vastísima. Esto es lo mejor de su espíritu: la erudición completa, proyectada por igual en las ciencias, en las artes y en la vida, comparable con la que Carlyle atribuía a su *señor Teufelsdröckh*, que era un tesoro acaso irregular, pero inagotable como el del Rey Nibelungo, que no podían llevar doce vagones en doce días, al paso de tres jornadas por cada uno” (2009, 182). Y, más adelante: “Cuando publicó *Degeneración*, una multitud de malos poetas decadentes difundió la noticia de que Nordau era un *periodista*, a lo sumo *el más grande periodista*. Habría sido más fácil demostrar que su libro era exagerado y lleno de injusticias; pero prefirieron esparcir el

En primer lugar, es interesante notar quiénes son las figuras retratadas, además de Max Nordau. En la crónica titulada “Siluetas”, aparecen Charles Richet, el escultor Rodin, el abate Peillaube, Metchnikoff, don Jaime de Borbón, madame Fraya y Theodule Ribot. En “Psicólogos franceses” encontramos a Pierre Janet, Henri Binet, Georges Dumas y Henri Pieron. Al pasar al libro, esta serie de crónicas se reordena y agrupa de otro modo, como es usual en Ingenieros, a quien no se puede acusar de *congelar* para siempre sus escritos. Es notable el caso de la mencionada crónica periodística sobre Nordau, que llevaba como subtítulo “El libro futuro”, pues el joven médico ofrecía en ella un avance de las ideas sociológicas que, según decía, verían la luz en un próximo libro de Nordau. Esos párrafos no aparecen en la versión del libro –probablemente porque ya no tenían sentido como adelanto o primicia periodística– y entonces la entrevista con Nordau queda subsumida en otra crónica, titulada “Amigos y maestros”. A esa misma crónica van a parar los textos de “Siluetas” y “Psicólogos franceses”, con la excepción de los párrafos sobre el pretendiente carlista al trono de España, don Jaime de Borbón, que desaparecen del libro. Entonces, quitando a Madame Fraya y la inevitable visita al taller de Rodin, las siluetas que Ingenieros incluye en el libro se circunscriben a personajes destacados en las ciencias médicas y biológicas –entre las cuales incluye la psicología–, la filosofía o el pensamiento sociológico, es decir, los intereses intelectuales centrales para nuestro viajero, en esa época.

Antes de comentar algunos detalles de estas “siluetas”, nos interesa detenernos un momento en el género o tipología discursiva. Sabemos que la entrevista con personajes famosos es habitual entre las notas de viaje de la época, pero también resulta de interés la elección del término “siluetas”, de origen

epíteto injurioso, pues sabido es el desprecio que tienen por el periodismo ciertos poetas que se consideran refinados estilistas y no consiguen un puesto de repórter. Inútil es agregar que muchos ingenuos siguen repitiendo que Nordau solo es un periodista, sin haber leído uno solo de sus libros científicos o leyéndolos sin comprenderlos” (2009, 184).

claramente pictórico. Según la RAE, una silueta es el “Dibujo sacado siguiendo los contornos de la sombra de un objeto”, es decir, un retrato apenas delineado, sin todos sus detalles, como una sombra o un bosquejo.¹⁰⁷ Y de hecho, varias de estas crónicas se configuran como retratos inacabados o parciales, una visión momentánea, anecdótica, acerca de un personaje, cuyas ideas Ingenieros demuestra conocer porque lo ha leído y porque está al tanto de su actividad científica o artística, pero que nunca podría haber desentrañado en profundidad gracias a esas visitas fugaces que recrea para el lector. En consecuencia, el cronista completa o agrega información que pone en evidencia su propia dinámica intelectual y el personaje elegido en realidad funciona como una excusa o disparador para desarrollar el pensamiento del propio Ingenieros. Por ello, si hay una figura que se construye con bastante más detalles, profundidad e insistencia a lo largo de estas crónicas, es la suya propia, y aunque el lector no pueda conocer más que una anécdota pasajera de madame Fraya o asomarse apenas un momento al taller de Rodin, sí puede reconstruir, mediante una serie de indicios textuales, no ya la silueta, sino una verdadera etopeya del cronista, del propio José Ingenieros. Veamos algunos ejemplos para sostener lo que afirmamos.

En la presentación del personaje visitado, se destaca siempre un aspecto que justifica la elección: la afinidad intelectual. Dice, en el segundo párrafo de la crónica sobre Nordau:

107 Citemos, para ilustrar este punto, una descripción técnica del procedimiento: “En comparación con las tentativas artísticas para trazar el *retrato*, la producción de la silueta es una tarea meramente técnica. Durante el siglo XVIII, era una práctica corriente: se colocaba sobre un caballete un marco en el que se hallaba extendido un papel. Junto a éste se encontraba colocada la persona cuya silueta habría de trazarse y, a una cierta distancia, se disponía una fuente de luz puntual (una vela era suficiente). El dibujante trazaba, entonces, las líneas del contorno de la sombra sobre el papel. Se rellenaba la figura con tinta china, y el trabajo estaba terminado” (Goethe, 2010, 49, nota 35).

...Frecuentar a este hombre es uno de los mayores atractivos intelectuales que nos ha ofrecido París; cada visita es un regodeo y es una lección. Este juicio ¿es un simple exponente de afinidad intelectual? ¿Es un homenaje de discípulo? Ambas cosas pudieran ser, sin que la afinidad implique una pretensión de equivalencia y sin que el discipulado involucre modestias de glosista o imitador. La afinidad resulta de la orientación científica y del procedimiento intelectual [...] (Ingenieros, 2009, 181)

Es decir que estas personalidades sirven como figuras ejemplares de rasgos que de algún modo remiten a la figura autoral y al sujeto empírico José Ingenieros. Por ello destaca la “erudición completa, proyectada por igual en las ciencias, en las artes y en la vida” (2009, 182) de Max Nordau, una trilogía que parece un eco del título elegido por nuestro viajero para uno de los libros en que recopilaría algunas de sus crónicas: *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*. El elogio de Nordau como un trabajador constante, un estudioso sistemático, guiado por un pensamiento de corte experimental y científicista, no deja muchas dudas acerca de la empatía filosófica entre el anfitrión y el visitante, sobre todo cuando el último justifica la dureza de las críticas asestadas a otros intelectuales por el primero. Nuestro cronista entiende que la “aparente maldad” de Nordau no es más que “la maldad del médico severo que ha resuelto curar al enfermo y no transa con los caprichos del paciente y de su familia. ¿Ese médico odia, acaso, a su enfermo?” (2009, 183). A continuación, Ingenieros resume el anunciado “libro futuro”, acerca del sentido de la historia, que Nordau considera una disciplina menos desarrollada que las ciencias físicas y biológicas. Ingenieros aprovecha la exposición de Nordau para ofrecer sus propios reparos, conducentes a la entronización de la sociología como la verdadera “historia científica”, para luego identificarse con el autor que está reseñando y proponer al lector: “El público inteligente puede ponerse en acecho desde ahora y aguzar todos los recursos de su ingenio para cuando la obra asome en los escaparates. Pues, al final de cuentas, los escritores sólo servimos para blanco de su esgrima [...]” (2009, 187). En este pasaje, es evi-

dente que el libro futuro de Nordau resulta funcional para exponer las preferencias metodológicas y doctrinarias del propio Ingenieros, así como para incluirse, junto con el afamado autor de *Degeneración*, en el colectivo de los “escritores”.

Estas operaciones que en forma especular describen al cronista, tienen ejemplos notorios en las otras dos crónicas que mencionamos. Espigüemos algunos casos más: cuando habla del fisiólogo Charles Richet, que para esos tiempos había dado por creer en los fantasmas y las sesiones espiritistas, Ingenieros lo presenta como un “enfermo de misticismo senil” y, tras desarticular el burdo montaje de una sesión de espiritismo relatada por el crédulo Richet, anuncia que “un distinguido psicólogo de París publicará en breve un artículo, en una revista de Buenos Aires, demostrando el fraude sobre las propias fotografías de Richet” (Ingenieros, 2009, 197). Siguiendo nuestra intuición de que la revista en cuestión era alguna de las vinculadas al propio Ingenieros, no nos fue difícil localizar en los *Archivos*, un artículo llamado “Fantasmas y espíritus materializados. La mistificación al profesor Charles Richet”, firmado por el doctor Paul Valentin, de París, y publicado en 1906.¹⁰⁸ Es decir que la crónica de Ingenieros forma un continuo con sus publicaciones científicas y procura proyectarse en el campo cultural y editorial argentino, más específicamente, porteño.

Algo similar ocurre con las menciones a artistas como Schiaffino o Rodríguez Etchart, e incluso a Miguel Cané o Groussac, que afloran en su conversación con el ya por entonces anciano escultor, Auguste Rodin. En síntesis, todos los personajes visitados y retratados –o *silueteados*, si se nos permite la expresión– ejemplifican atributos que posibilitan la identificación con la figura del cronista. Por ejemplo, el científicismo –a pesar de su condición clerical– del abate Peillaube, profesor de Psicología en la Universidad Católica y director de la *Revue de Philosophie* o la vocación intelectual del microbiólogo ucraniano Elías Metchnikoff –el mismo que en 1908 ganaría el pre-

108 Paul Valentin, “Fantasmas y espíritus materializados. La mistificación al profesor Charles Richet”, *Archivos*, V (1906): 40-49.

mio Nobel de Medicina—, de quien Ingenieros destaca su opción por la especulación científica en desmedro de la práctica profesional, con la que bien hubiese podido ganar mucho dinero como “curandero legal y diplomado” (2009, 200). Incluso en la crónica sobre Don Jaime de Borbón, el hijo de Don Carlos, pretendiente al trono de España, suprimida en el libro posterior, hay un elogio al espíritu bromista, juvenil, y a la actitud de librepensador adoptada por “Su Alteza”. Hasta la silueta de Madame Fraya, que Ingenieros incluye para desprestigiar las verdades seudocientíficas de la quiromancia, le da pie para mencionar que la ha conocido en el té de la tarde ofrecido por Emilio Bouloz, hijo del fundador de la *Revue des deux Mondes*. Para concluir con esta enumeración, citemos los párrafos sobre Théodule Ribot con que termina “Siluetas” que son, en realidad, un elogio a Ingenieros y la ciencia nacional argentina:

...[Ribot] Sigue con simpatía el magro movimiento científico de nuestro país y tiene juicio exacto acerca de los hombres que cultivan las diversas ciencias que le interesan. Además de uno a quien no debemos nombrar, por cuyas obras manifestó mucha estima en recientes publicaciones, conoce a Ameghino, Piñero, Ramos Mejía, Mercante, de Veyga, Matienzo, Cabred, Bunge y Senet [...] (Ingenieros, 2009, 202-203)

Ribot también es mencionado en la crónica dedicada a los cuatro psicólogos franceses, pues era quien le informaba sobre las intimidades de la política universitaria local: “Nuestro amigo Th. Ribot, que nos ha referido estos entretelones mientras corregíamos pruebas en la librería de Alcan [...]” (Ingenieros, 2009, 294). Más adelante, el viajero elogia la revista de Psicología dirigida por Georges Dumas y señala que “su circulación es tan respetable que sus colaboradores habituales ganamos cinco francos por página [...]” (Ingenieros, 2009, 296). Es evidente que algo del prestigio científico de estos personajes se refleja en el joven Ingenieros, quien comparte editor con Ribot y se incluye entre los “colaboradores habituales” de la revista de Dumas.

En última instancia, también aquí tenemos esa versión en clave científica de los héroes culturales, en la línea de Carlyle, y la silueta de Ingenieros que se va contorneando, se convierte en un panegírico de la “inteligencia” y del “trabajo intelectual”, lo cual tendrá su correlato en los dos discursos con que se cierra el libro *Al margen de la ciencia*. Porque, efectivamente, en la edición en volumen las crónicas son seguidas por dos discursos. El primero, titulado “Plus Ultra”, es el que nuestro autor pronunció en 1904 en el banquete que se le había ofrecido al obtener el premio de la Academia de Medicina a la mejor obra científica publicada en el país, por su tesis de doctorado, *Simulación de la locura*. En este texto, ya se vislumbraba una Europa entendida como el lugar de la *consagración* intelectual y social, donde París aparecía como la sinécdoque de la cultura europea moderna:

Os invito a levantar la copa, augurando que en breve plazo, un argentino de mi generación sobrepase este éxito obtenido ante la Academia de Medicina de Buenos Aires, y pueda anunciar que ha conquistado, para nuestra intelectualidad, una recompensa honorífica de la Academia de Medicina de París. (Ingenieros, 1908 a, 422)

En total sintonía con este deseo, encontramos a continuación el discurso “Volviendo al terruño”, pronunciado en 1906, en el banquete que le fue ofrecido a Ingenieros para celebrar sus “triumfos científicos” en el Viejo Mundo, entre los cuales se contaba una mención honorífica de la Academia de París por su trabajo sobre el lenguaje musical y los problemas histéricos. En él, afirma Ingenieros: “La historia de la humanidad es la historia de su energía [...]” y agrega: “Invariable adepto de este culto, el balance de mis vagancias por Europa es sencillo y cabe en dos palabras: *he trabajado*” (Ingenieros, 1908 a, 424). Con esto cierra el círculo, al decir, ante los comensales erigidos en jueces:

...Al volver hoy ante vosotros, con vacilación de mensajero que rinde cuentas ante un severo tribunal de iguales, recuerdo que vuestra cordialidad formuló otrora un presagio y me hizo adelantos en moneda de estímulo y de aplauso. Sólo pude corresponderos con mi labor intelectual. Vosotros diréis si pagué justo y de buena ley, compartiendo con ancianos ilustres la presidencia de un congreso científico internacional, disertando en los centros más conspicuos de la cultura europea y obteniendo para la ciencia argentina una recompensa honorífica de la más eminente academia médica del mundo. [...] (Ingenieros, 1908 a, 425)¹⁰⁹

De acuerdo con lo presentado hasta aquí, creemos que no es difícil reconocer en las siluetas con que Ingenieros retrata a distintos personajes, otra de las estrategias tendientes a diseñar una *etopeya* que remite a la figura del autor. Entendemos la *etopeya* en el sentido clásico, retórico, del término, como esa figura de pensamiento *por desarrollo*, que consiste en la descripción de cualidades morales, conductas, vicios, virtudes, en definitiva, de aspectos no físicos de la descripción de un sujeto (Garavelli, 1988, 272; Miraux, 2005, 49). Es decir que, más allá de la mención a los desplazamientos espaciales o a los eventos presenciados en el curso de su periplo europeo y que constituyen la materia referencial dominante en estas crónicas, irrumpe en ellas una serie de rasgos atribuibles a una subjetividad que remite, a su vez, a la figura autoral de José Ingenieros. Esa *etopeya* se construye, básicamente, a partir de una serie de caracteres intelectuales y éticos que delinean una figura masculina anudada al nombre propio de *José Ingegnieros*,¹¹⁰ el firmante de estas cró-

109 Efectivamente, Ingenieros recibió un accésit otorgado por la Academia de Medicina de París por la obra *Le langage musical et ses troubles hystériques*, editada en París por Félix Alcan en 1906 (Bagú, 1953, 103). Para más detalles sobre sus crónicas de viaje, así como para acceder al texto completo de los discursos y homenajes en torno de estos eventos, remitimos a Fernández, 2012 b.

110 Para ese entonces, nuestro autor todavía firmaba con su apellido no castellanizado. La cuestión es interesante y merece un análisis en exclusiva, pero

nicas o correspondencias que adoptan, de acuerdo con el uso generalizado en la época, la forma de una carta dirigida al director del diario. Una de las formas de introducir esos caracteres es precisamente la silueta de personajes, que muchas veces se convierten en una suerte de dobles o de *vidas paralelas*, oficiando como ejemplos o modelos de cualidades positivamente valoradas por nuestro autor.

En todos los casos precedentes, encontramos, en los escritos de Ingenieros, una operatoria de *autofiguración* (Amícola, 2007, 14), mediante la cual fortalece su imagen como científico y escritor pero también como persona pública inserta en un campo cultural específico. Eso permite dilucidar el sentido del recurso a los modos diversos de la escritura biográfica, que resultan funcionales al diseño de un proyecto intelectual que se ofrece como alternativa viable para la modernización cultural. Lo biográfico alcanza entonces una dimensión estratégica, que se propaga desde la escritura científica de los casos clínicos hasta la especulación sociológica, desde la construcción de figuras ejemplares que promueve la *Revista de Filosofía* hasta las crónicas de viaje donde Ingenieros dialoga con las figuras a la moda de la cultura europea. Ese proyecto, que se enmarca en las propuestas de nuestro autor para dar forma a la *cultura argentina*, está signado por la visión de un futuro que, a pesar de visualizarse tan inevitable como optimista, requiere la orientación y el liderazgo de la figura del intelectual.

nos limitamos a señalar aquí que esa castellanización, que Ingenieros explicaba como un retorno al origen etimológico de su apellido, se condice, además, con su afán de identificarse con la nacionalidad argentina. Para estos y otros datos biográficos, sigue siendo de utilidad Bagú. Sobre la etopeya en otros textos de Ingenieros, Fernández 2014.

Bibliografía citada

- Abbagnano, Nicolás. 1964. *Historia de la Filosofía. Tomo III. Romanticismo y positivismo. Filosofía contemporánea*. Barcelona, Montaner y Simon.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio. 2000. “La biografía como género historiográfico. Algunas reflexiones sobre sus posibilidades actuales” en Benito Schmidt (organizador). *O biográfico. Perspectivas interdisciplinarias*. Santa Cruz do Sul, EDUNISC, 9 – 48.
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. 1997. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Bs. As., Ariel [1983].
- Ameghino, Florentino. 1915. *Filogenia. Principios de clasificación transformista basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas*. Textos revisados y corregidos por Alfredo Torcelli bajo la dirección de Carlos Ameghino. Buenos Aires, La Cultura Argentina [1884].
- Amícola, José. 2007. *Autobiografía como autofiguración. Estrategias discursivas del Yo y cuestiones de género*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. 1902 – 1913. Francisco de Veyga y José Ingenieros (directores). Buenos Aires.
- Arfuch, Leonor. 2002. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Bs. As., FCE.
- Bagú, Sergio. 1953. *Vida ejemplar de José Ingenieros*. Bs.As., El Ateneo [1936].
- Bajtín, M. M. 1999. *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI.
- Barrancos, Dora. 1996. *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores (1890-1930)*. Bs. As., Plus Ultra.
- Barrios Medina, Ariel. 2000. “Somos misioneros entre gentiles. Una perspectiva misionológica de la ciencia” en Marcelo Montserrat (compilador). *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Bs. As., Manantial, 145-155.
- Barthes, Roland. 1996. “Nota introductoria a *La Bestia Humana* de Émile Zola” [traducción de Gustavo y Sergio Cueto], *Paradoxa. Literatura / Filosofía*. X, 8: 119-122.
- Beer, Gillian. 1999. *Open fields. Science in Cultural Encounter*. New York, Oxford UP [1996].

- . 2000. *Darwin's Plots. Evolutionary Narrative in Darwin, George Eliot and Nineteenth-Century Fiction*. Cambridge, Cambridge UP [1983].
- Béguin, Albert. 1978. *El alma romántica y el sueño*. Madrid, FCE [1939].
- Bénichou, Paul. 1999. *The Consecration of the Writer, 1750-1830*. Translated by Mark Jensen. Lincoln / London, University of Nebraska Press [1973].
- Bermann, Gregorio. 1926. *José Ingenieros. El civilizador – El filósofo- El moralista – Lo que le debe nuestra generación*. Buenos Aires, M. Gleizer.
- Bernard, Claude. 1944. *Introducción al estudio de la medicina experimental*. Traducción de Nydia Lamarque. Bs.As., Losada [1865].
- Biagini, Hugo. 1981. “Reexamen del positivismo en la Argentina”, *Todo es Historia*. XV, 173: 22-25.
- . 1984. “Introducción” a Elena Ardissonne y otros. *La Revista de Filosofía (1915 – 1929). Estudio e índices analíticos*. Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires / Centro de Estudios Filosóficos, 5 – 13.
- Bonatti, María. 1978. “Juan Moreira en un contexto modernista”, *Revista Iberoamericana*. XLIV, 104 / 105: 557 – 567.
- Bourdieu, Pierre. 1991. “Estructuras, habitus, prácticas” en *El sentido de lo práctico*. Madrid, Taurus, 91 – 111.
- Bunge, Carlos Octavio. 1918. *Nuestra América (ensayo de psicología social)*. Bs. As., La Cultura argentina [1903].
- Calderone, Salvatore. 1982. “Moduli della biografia classica nella biografia cristiana” in *Mondo classico e cristianesimo*. Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 133-139.
- Capel, Horacio. 1989. “The History of Science and the History of the Scientific Disciplines. Goals and Branching of a Research Program in the History of Geography”, *GeoCrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*. XIV, 84 [en línea], <http://www.ub.es/geocrit/geo84.htm> [consulta efectuada el 7/ 11 / 2002].
- Carlyle, Tomás. 1951. *Los héroes*. Traducción de F. Gallach Palés. Bs. As., Espasa – Calpe.
- Colombi, Beatriz. 2004. “En torno a *Los raros*. Darío y su campaña intelectual en Buenos Aires” en Susana Zanetti (coordinadora). *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires 1892-1916*. Bs. As., EUDEBA, 61-82.

- Darío, Rubén. 1977. *Poesía*. Prólogo de Ángel Rama. Edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- . 1994. *Los raros seguido de otras crónicas literarias*. Estudio preliminar de Sonia Contardi. Bs.As., Losada [1896].
- . s/f. *Cabezas. Pensadores y artistas. Políticos*. Volumen XXII de las *Obras completas*. Madrid, Mundo Latino [disponible en línea] Internet Archive <http://ia600409.us.archive.org/20/items/obrascompletaspr22daruoft/obrascompletaspr22daruoft.pdf> [consulta efectuada el 7/5/2012].
- Darwin, Carlos. s/f. *Origen de las especies por medio de la selección natural o conservación de las razas en su lucha por la existencia*. Traducción de A. López White. 3 tomos. Valencia, Sempere [1857].
- Dionisotti, Carlo. 1981. “Biografía e iconografía” in Corrado Vivanti (a cura). *Storia d'Italia. Annali 4. Intellettuali e potere*. Torino, Einaudi, 415 – 426.
- Drago, Luis M. 1921. *Los hombres de presa*. Introducción de Francisco Ramos Mejía. Buenos Aires, La Cultura Argentina [1988].
- Dulong, Delphine. 1994. “Mourir en politique. Le discours politique des éloges funèbres”, *Revue française de science politique*. XLIV, 4: 629 – 646.
- Emerson, Ralph Waldo. 1943. *Hombres representativos. El humanista americano. El joven americano*. Bs. As., Losada.
- Espósito, Fabio. 1997. “El problema del idioma nacional: del Santos Vega a la Guerra Gaucha”, *Orbis tertius*. II, 4: 59 – 75.
- Fernández, Cristina Beatriz. 2005. “Las letras y las ciencias en la *Revista de Filosofía*: José Ingenieros y la construcción de la cultura argentina”, *Nexos*. Secretaría de Ciencias e Innovación Tecnológica de la Universidad Nacional de Mar del Plata, XII, 20: 17-21.
- . 2006 a. “De la utopía social a la utopía racial. Notas sobre el cientificismo evolucionista en José Ingenieros” en Leandro Catoggio y Gustavo Salerno (compiladores). *Horizontes y problemáticas de la utopía. Actas de las V Jornadas Nacionales Agora Philosophica “Utopía: Teoría y praxis”*. Mar del Plata, Biblioteca Virtual / Asociación Argentina de Investigaciones Éticas, 207-220 [disco compacto].

- . 2006 b. “¿Teorías científicas fuera de lugar? Algunas derivas del evolucionismo en el positivismo argentino”, *Hispanic Research Journal*. VII, 3: 223-236.
- . 2007. “De científicos y escritores. José Ingenieros y la construcción de la figura del intelectual”, en *Actas del Ier. Congreso Regional del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana “Nuevas cartografías críticas: problemas actuales de la Literatura Iberoamericana”*. Rosario, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana / Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario / Aula Ángel Rama / Centro Cultural y Colegio Internacional Parque de España / Embajada de Chile / Cátedra Libre de Literatura Chilena de la Universidad Nacional de La Plata / Secretaría de Cultura y Educación de la Municipalidad de Rosario / Fundación OSDE, 23 al 25 de junio de 2005 [en línea]
<http://www.geocities.com/aularama/ponencias/def/fernandezCB.pdf>
- . 2009. “Las historias de vida en José Ingenieros”, *Anclajes*. XIII, 13: 71 – 89.
- . 2012 a. “De amigos, maestros y otros personajes: las siluetas en las crónicas de viaje de José Ingenieros” en *Actas del VIII Congreso Internacional Orbis Tertius*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) / Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la UNLP / CONICET [en línea] <http://citclot.fahce.unlp.edu.ar/actas-2012>
- . 2012 b. *Hojas al pasar. Las crónicas europeas de José Ingenieros*. Córdoba, Buenavista.
- . 2012 c. *José Ingenieros y los saberes modernos*. Córdoba, CEA – UNC / Alción.
- . 2013 a. “Ciencia y secularización en el proyecto intelectual de José Ingenieros: la migración de un modelo cultural para la Argentina moderna” en *Actas del XXXV Congreso Internacional de Americanística*. Perugia, Centro Studi Americanistici “Circolo Amerindiano” Onlus / Universidad de Perugia [en prensa]
- . 2013 b. “Las biografías de hombres de ciencia en el proyecto intelectual de la *Revista de Filosofía*” en *Actas del Primer coloquio sobre publicaciones periódicas argentinas*. La Plata, IdIHCS – FAHCE [en prensa].

- . 2013 c. “Peregrinaciones laicas y modernas. Los congresos científicos en las crónicas de viaje de José Ingenieros” en Mónica Elsa Scarano y Graciela María Barbería (editoras). *Escenas y escenarios de la modernidad. Retóricas de la modernización urbana desde América Latina (fin del siglo XIX y siglo XX)*. Mar del Plata, Suárez, 49 – 78.
- . 2014. “Etopeya y autofiguración en las crónicas de viaje de José Ingenieros” en Francisco Delich (editor). *Subjetividades*. Córdoba, Comunicarte / Programa Multidisciplinario de Formación Continua para Doctores en Ciencias Sociales, Humanidades y Artes del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba [en prensa].
- Ferrater Mora, José. 1980. *Diccionario de Filosofía*. Madrid, Alianza.
- Ferri, Enrique. 1895. *Socialismo y ciencia positiva (Darwin – Spencer – Marx)*. Traducción de Roberto J. Payró. Buenos Aires, Imprenta de La Nación.
- Foffani, Enrique. 2010. “Literatura, Cultura, Secularización. Una introducción” en Enrique Foffani (editor) *Controversias de lo moderno: la secularización en la historia cultural latinoamericana*. Buenos Aires, Katatay, 11 – 32.
- Foucault, Michel. 1991. *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI.
- . 1996. *Genealogía del racismo*. Traducción de Alfredo Tzveibel. La Plata, Altamira [1975-1976].
- Fray Mocho (José S. Álvarez). 1961. *Obras completas*. Prólogo y notas de F. J. Solero. 2 tomos. Bs.As., Schapire.
- Gálvez, Manuel. 2001. *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*. Estudio preliminar de María Teresa Gramuglio. Bs. As., Taurus [1910].
- Garavelli, Bice Mortara. 1988. *Manual de retórica*. Madrid, Cátedra.
- Garraty, John. 1964. *The Nature of Biography*. New York / Toronto, Vintage Books [1957].
- Giusti, Roberto. 1965. *Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*. Buenos Aires, Losada.
- Glick, Thomas F. 1988. *Darwin y el darwinismo en el Uruguay y en América Latina*. Montevideo, Universidad de La República, Facultad de Humanidades y Ciencias.
- . 1992. “El impacto del darwinismo en la Europa mediterránea y Latinoamérica” en Antonio Lafuente y José Sala Catalá (editores). *Ciencia colonial en América*. Madrid, Alianza, 319 – 350.

- Gobineau, [Joseph Arthur, conde de]. 1973. *Escritos políticos*. Compilación e introducción de Michael Biddiss. México, Extemporáneos.
- Goethe, Johann Wolfgang von. 2010. *Las penas del joven Werther*. Traducción de Osvaldo y Esteban Bayer. Introducción de Jorge Warley. Notas de Miguel Vedda. Bs. As., Colihue.
- Gómez Carrillo, Enrique [1898]. *Almas y cerebros. Historias sentimentales, intimidaciones parisienses, etc.* Paris, Garnier [disponible en línea] Archivo Internet, <http://www.archive.org> [consulta efectuada el 7/5/2012]
- González, Horacio. 1999. *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Bs. As., Colihue.
- Gramuglio, María Teresa. 1994. “Lugones: la coronación imposible” en *Primer Congreso de Estudios Latinoamericanos. Homenaje a José Martí a los 100 años de “Nuestra América” y “Versos sencillos”*. La Plata, 12, 13 y 14 de setiembre de 1991. La Plata, Secretaría de Extensión, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, 293-307.
- . 1999. “Hacia una antología de *Sur*: Materiales para el debate” en Saúl Sosnowski (editor). *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*. Bs. As, Alianza, 249 – 260.
- Gutiérrez, Eduardo. 2006. *Juan Moreira*. 2 tomos. Prólogo de Marcos Mayer. Buenos Aires, Longseller.
- Hobsbawm, Eric. 1998. *La era del imperio, 1875-1914*. Bs. As., Crítica.
- Holmberg, Eduardo L. 1875. *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*. Bs.As., Imprenta de El Argentino.
- Ingenieros [sic], José. 1906. *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*. Valencia, Sempere.
- .1908 a. *Al margen de la ciencia*. Bs. As., Lajouane y Cía.
- . 1908 b. *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*. Valencia, Sempere.
- . 1909. *Al margen de la ciencia*. Valencia / Madrid, Sempere.
- y Leopoldo Lugones (redactores). 1996. *La Montaña. Periódico socialista revolucionario*. Edición de Oscar Terán. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes [1897].
- Ingenieros, José. 1911. “La psicología de *Juan Moreira*”, *Anales de Psicología*, II: 149 – 150.
- . 1919. *Crónicas de viaje (1905-1906). Elogio de la risa. Italia. Los psicólogos y la psicología. Al margen de la ciencia*.

- Dos discursos*. Bs. As., Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso y Cia.
- . 1962. *Obras completas*. 8 tomos. Edición de Aníbal Ponce. Bs. As., Mar Océano.
- . 2009. *Las crónicas de José Ingenieros en La Nación de Buenos Aires, 1905 – 1906*. Edición de Cristina Beatriz Fernández. Mar del Plata, Martín / UNMDP / ANPCyT [disponible también en línea] Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Mar del Plata, http://bibliol1.mdp.edu.ar/recursos/libro_jose_ingenieros/Cronicas_J_Ingenieros.pdf
- Jiménez, José Olivio. 1993. “El ensayo y la crónica del modernismo” en Luis Iñigo Madrigal (coordinador). *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II. Del neoclasicismo al modernismo*. Madrid, Cátedra, 537-548.
- Jitrik, Noé. 1980. *El mundo del ochenta*. Buenos Aires, CEAL [1968].
- Kamia, Delia [Delia Ingenieros]. 1968. “La Syringa” en VVAA. *Sociedades literarias argentinas (1864-1900). Trabajos, comunicaciones y conferencias*. Volumen IX. La Plata, Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 203 – 226.
- Klimovsky, Gregorio. 1995. *Las desventuras del conocimiento científico. Una introducción a la epistemología*. Bs.As., A-Z editora.
- Larra, Raúl. 1938. *Payró. El hombre y la obra*. Buenos Aires, Claridad.
- Levin, Harry. 1974. “Zola” en *El realismo francés (Stendhal, Balzac, Flaubert, Zola, Proust)*. Barcelona, Laia, 373-451.
- Levine, George. 1991. *Darwin and the Novelists. Patterns of Science in Victorian Fiction*. Chicago / London, Chicago UP [1988].
- Locke, David. 1992. *Science as Writing*. New Haven / London, Yale University Press.
- Lombroso, César. 1902. *El Delito. Sus causas y remedios*. Madrid, Victoriano Suárez.
- Ludmer, Josefina. 1988. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires, Sudamericana.
- . 1994. “Los escándalos de Juan Moreira” en Josefina Ludmer (compiladora). *Las culturas de fin de siglo en América Latina. Coloquio en Yale, 8 y 9 de abril de 1994*. Rosario, Beatriz Viterbo, 102 – 112.

- , 1999. *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires, Perfil.
- Mailhe, Alejandra. 2013. “Histeria y sugestión en Argentina y Brasil. Redes intelectuales y trama de ideas en la psiquiatría y en la criminología de entresiglos”, ponencia leída en las *XIV Jornadas Interescuelas de Historia*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.
- Marí, Enrique Eduardo. 1981. “José Ingenieros. El alienista, su loco y el delito”, *Todo es Historia*. XV, 173: 58-62.
- Miroux, Jean-Philippe. 2005. *La autobiografía: las escrituras del yo*. Traducción de Heber Cardoso. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Montserrat, Marcelo. 1993. *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*. Bs.As., CEAL.
- , 1995. “La recepción literaria de la ciencia en la Argentina: el caso darwiniano”, *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia*. 2, 3: 99-117.
- Nordau, Max. 1993. *Degeneration*. Translated by George Mosse. Lincoln / London, Nebraska UP [1892].
- Nouzeilles, Gabriela. 1997. “Narrar el cuerpo propio. Retórica modernista de la enfermedad”, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*. V, 9: 149 – 176.
- Orione, Julio y Fernando A. Rocchi. 1986. “El darwinismo en la Argentina”, *Todo es Historia*. XVIII, 228: 8-28.
- Payró, Roberto J. 1931. *Siluetas*. Bs. As., Librerías Anaconda.
- Perus, Françoise. 1992. *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*. México, Cuadernos del Centro, Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Veracruzana [1976].
- Picard, Roger. 1987. *El romanticismo social*. México / Bs. As., FCE [1947].
- Pick, Daniel. 1999. *Faces of Degeneration. A European Disorder, c. 1848-c. 1916*. Cambridge / New York / Melbourne, Cambridge UP [1989].
- Podgorny, Irina. 1997. “De la santidad laica del científico Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna”, *Entrepassados. Revista de Historia*. VI, 13: 37-61.
- Pozzi, Enrico. 1985. “Testo e genere del método biográfico” in Maria I. Maciotti (a cura). *Biografia, storia e società. L'uso delle storie di vita nelle scienze sociali*. Napoli, Liguori, 73-80.
- Prieto, Adolfo. 1988. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana.

- RAE. *Diccionario de la Real Academia Española* [en línea] www.rae.es
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte.
- Ramos Mejía, José María. 1936. *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*. Prólogo de José Ingenieros. Bs. As., Anaconda [1878-1882].
- . 1955. *Los simuladores del talento*. Bs. As., TOR [1904].
- Real de Azúa, Carlos. 1987. “Ambiente espiritual del 900” en *Escritos*. Montevideo, Arca, 145-165.
- Revista de Filosofía*. 1915 – 1929. José Ingenieros y Aníbal Ponce (directores). Buenos Aires.
- Riall, Lucy. 2010. “The Shallow End of History? The Substance and Future of Political Biography”, *Journal of Interdisciplinary History*. XL, 3: 375–397.
- Rodríguez Pérsico, Adriana. 2001. “Miradas de fin de siglo: los monstruos morales de Ramos Mejía” en Javier Lasarte Valcárcel (compilador). *Territorios intelectuales. Pensamiento y cultura en América Latina. Homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Caracas, La nave va, 237-255.
- Roig, Arturo Andrés. 1969. *Los krausistas argentinos*. Puebla, José M. Cajica.
- Romero, José Luis. 1987. *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. Bs. As., Biblioteca Actual [1965].
- Rossi, Luis Alejandro. 1999. “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina” en José Ingenieros y Aníbal Ponce (directores). *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación*. Prólogo y selección de textos de Luis Alejandro Rossi. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 13-64.
- Rotker, Susana. 2005. *La invención de la crónica*. México, FCE / Fundación para un nuevo periodismo iberoamericano.
- Russell, Bertrand. 1996. “Divorcio entre la ciencia y la cultura [1958]”, *El Correo de la UNESCO* (febrero): 50.
- Salessi, Jorge. 1994. “Identificaciones científicas y resistencias políticas” en Josefina Ludmer (compiladora). *Las culturas de fin de siglo en América Latina. Coloquio en Yale, 8 y 9 de abril de 1994*. Rosario, Beatriz Viterbo, 80 – 90.
- . 1995. *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*. Rosario, Beatriz Viterbo.

- Salto, Graciela Nélica. 1989. "El caso clínico: narración, moral y enfermedad", *Filología*. XXIV, 1-2: 259-274.
- . 2002. "El Cientificismo en la Literatura Argentina de fines del siglo XIX", *Ometeca*. 5/6: 189-199.
- . 2004. "De las escenas de colegio a las escenas de hospital: la trama higienista en narraciones, anécdotas y casos" en María Silvia Di Lisia y Graciela Nélica Salto (editoras). *Higienismo, educación y discurso en la Argentina (1870-1940)*. Santa Rosa, Editorial de la Universidad Nacional de La Pampa, 113 – 135.
- Sánchez, Florencio. 1966. *El caudillaje criminal en Sud América y otras páginas*. Bs. As., EUDEBA.
- Sarmiento, Domingo Faustino. 1948. *Obras completas de Sarmiento. I. Artículos críticos y literarios 1842-1845*. Bs. As., Luz del Día.
- . 1953. *Obras completas de Sarmiento. XLVI. Páginas literarias*. Bs. As., Luz del Día.
- . 2010. *Escritos y discursos necrológicos* [en línea] Proyecto Sarmiento. Obras completas en internet, www.proyectosarmiento.com.ar/trabajos.pdf/Escritos%20y%20Discursos%20Necrologicos.pdf [consulta efectuada el 4 de noviembre de 2013].
- Schmidt, Benito Bisso. 2000. "Luz e papel, realidade e imaginação: as biografias na história, no jornalismo, na literatura e no cinema" em Benito Schmidt (organizador). *O biográfico. Perspectivas interdisciplinares*. Santa Cruz do Sul, EDUNISC, 49 – 70.
- Schuster, Félix Gustavo. 1985. "El concepto de ciencia" en Hugo Biagini (compilador). *El movimiento positivista argentino*. Bs. As., Editorial de Belgrano, 321–332.
- Schwarz, Roberto. 1992. *Misplaced Ideas. Essays on Brazilian Culture*. Edited and with an Introduction by John Gledson. London / New York, Verso.
- Serna Arnáiz, Mercedes. 1994. "El positivismo latinoamericano. Positivismo y modernismo: encuentros y desencuentros", *Cuadernos Hispanoamericanos*. 529/530: 129-137.
- Soler, Ricaurte. 1968. *El positivismo argentino. Pensamiento filosófico y sociológico*. Bs. As., Paidós.
- Spencer, Herbert. s/f. *Creación y evolución*. Valencia, Sempere.
- Stabb, Martin S. 1969. *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890 – 1960*. Caracas, Monte Avila.

- Terán, Oscar. 1983. *América Latina: Positivismo y Nación*. México, Katún.
- . 1986. *En busca de la ideología argentina*. Bs. As., Catálogos.
- . 1987. *Positivismo y nación en la Argentina*. Bs. As., Puntosur.
- . 1993. “El payador de Lugones o la mente que mueve las moles”, *Punto de Vista*. 47: 43-46.
- . 2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. *Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires, FCE.
- Verón, Eliseo. 1987. *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Bs.As., Gedisa.
- Vezzetti, Hugo. 1985. *La locura en la Argentina*. Bs. As., Paidós.
- Weinberg, Gregorio. 1978. “Sobre la historia de la tradición científica latinoamericana”, *Interciencia*. III, 2: 72-78.
- . 1998. *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*. Bs. As. / México, FCE [1996].
- Zanetti, Susana. 2002. *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Zea, Leopoldo. 1980. *Pensamiento positivista latinoamericano*. 2 tomos. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Zimmermann, Eduardo. 1995. *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890 – 1916*. Bs. As., Sudamericana / Universidad de San Andrés.

